



LA JUSTICIA EN EL IMPUESTO

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS

EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID

POR

D. RAIMUNDO F. VILLAVERDE

EN LOS DÍAS 27 DE FEBRERO 6 Y 20 DE MARZO

Conferencia del 27 de febrero.



SEÑORES: Estas conferencias sobre la justicia en el impuesto no han de ser dignas desgraciadamente por su desempeño; pero lo son sin duda por su asunto, de la atención del Ateneo. El estudio que me propongo presentaros encierra un interés vivísimo y profundo, como lo encierran todos los problemas de la Hacienda pública, por necesidad relacionados de una parte con el bienestar general y de otra con el cumplimiento en la historia de los altos fines del Estado. Si ese interés, señores, no sé si mi aliado ó mi enemigo, es innegable, confío en que no revista evidencia menor para vosotros el carácter científico de los conocimientos financieros. Permitidme, no obstante, fortalecer vuestro convencimiento y apoyar el mío con algunas consideraciones acerca de esta tesis, que

sirvan de introducción á las que he de exponer después, ya que en tal sentido, os lo confieso, se pronunciaron principalmente mis inquietudes al aceptar de la junta directiva del Ateneo el encargo tan arduo como honroso de desenvolver en esta cátedra un asunto de Hacienda. No podía asaltarme el recelo de que vuestra atención profunda y cultivada encontrase árida una materia que lo es únicamente para la atención vulgar; pero temí en cambio que al menos en mis labios pudierais hallarla demasiado distante de los fundamentos de la ciencia pura. ¿Cómo negar con todo que asuntos de estudio, objetos de conocimiento, tan interesantes y vastos como el impuesto, el crédito público, los gastos del Estado, el presupuesto mismo, la contabilidad de la Hacienda y el movimiento del Tesoro forman un cuadro inmenso de fenómenos susceptibles de ser estudiados y regidos por métodos científicos? No lo han sido hasta el día con la constancia ó con el éxito necesarios para que la ciencia de la Hacienda pública pueda considerarse definitivamente formada; pero esta ciencia se elabora y cultiva con interés creciente desde el siglo anterior. Los economistas de entonces y los del siglo actual en nuestra Patria, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia, han solido exponer las principales teorías y examinar las más importantes cuestiones fiscales como un capítulo de la economía política en el tratado de los consumos públicos. Así continúan haciéndolo los economistas de nuestros días, aunque ya reconocen (1) la necesaria independencia de la economía pública ó de la ciencia de la Hacienda, que ha formado, tiempo hace, cuerpo separado y propio de doctrina, bajo la pluma de escritores tan ilustres y conocidos como los alemanes Rau (2),

(1) Mr. Paul Cauwés.—*Precis d'un cours d'Économie politique professé à la faculté de droit de Paris*, 1882, tomo II, pág. 351.

Mr. Alfred Jourdan, decano de la facultad de Derecho de Aix.—*Cours analytique d'Économie politique*, 1882, pág. 777.

(2) Principios de la ciencia de la Hacienda, (*Grundsätze der Finanzwissenschaft*), 1859, cuarta edición, y Lecciones de la ciencia de la Hacienda, (*Lehrbuch der Finanzwissenschaft*), comentadas por el Dr. Adolfo Wagner,

Stein (1) y Jakob (2); el inglés Mac-Culloch (3), el italiano Marescotti (4), los franceses Marqués d'Audiffret (5), Garnier (6), Esquirou de Parieu (7), du Puynode (8), y Leroy Beaulieu (9); nuestros compatriotas Pastor, Conte y Toledano (10), y otros que no cito por no fatigar vuestra atención, autores todos de tratados más ó menos completos y generales de la ciencia del fisco, cultivada además en numerosísimas é interesantes monografías, cuyo caudal aumenta diariamente. Es justo reconocer á Alemania la prioridad en la formación independiente y en la enseñanza del orden de conocimientos á que aludo. Ya en 1727 Federico Guillermo I de Prusia hizo entrar la ciencia *cameval* en el cuadro de estudios de las Universidades de *Halle* y de *Francfort* sobre el *Oder*.

Los nombres que he citado, á los cuales es fuerza añadir el de Adam Smith, el de David Ricardo, el más ilustre de sus discípulos; el de Juan Bautista Say, jefe de la escuela francesa, y el de nuestro Flórez Estrada, economistas que, si bien como parte, sección ó capítulo de sus tratados, han expuesto con extensión y profundidad la teoría del impuesto, la del crédito y la de los gastos públicos: tales nombres, decía,

profesor en la Universidad de Berlín, 1872.—Rau dedicó á la Hacienda pública el tomo 3.º de sus Lecciones ó tratado de economía política (*Lehrbuch der politischen economie*), 1826-1832; quinta edición, 1851.

(1) Lecciones de la ciencia de la Hacienda (*Lehrbuch von Finanzwissenschaft*, 1871.

(2) Ciencia financiera de los Estados, (*Staats-finanzwissenschaft*), 1821-1837.

(3) *Treatise on the principles and practical influence of taxation and the funding system*, 1845.

(4) *Le Finanze organismi finanziari dello Stato*, 1867,

(5) *Systeme financier de la France*, 1863-70.

(6) *Traité de Finances*, 1858-1883.

(7) *Traité des impots*, segunda edición, 1866.

(8) *De la Monnaie, du Credit et de l'Impot*, 1863.

(9) *Traité de la science des finances*, 1877-1880.

(10) La ciencia de la contribución y La filosofía del crédito, Examen de la Hacienda pública de España, Curso de instituciones de Hacienda pública de España.

bastan para demostrar que la ciencia de la Hacienda nació y aun vive bajo la dependencia y al amparo de la antigua Economía política; ó, para hablar en términos que á nadie hieran, de la Economía política ortodoxa. Pudo nacer así, y sería ingratitud desconocerlo, libre de la influencia de errores antiguos combatidos con gloria en el siglo XVIII por los fisiócratas y por los economistas sus sucesores; aprovechó además los adelantos y progresos, fruto fecundo de la doctrina individualista, así en la defensa esforzada y brillante de la propiedad y del capital como en la protesta no menos eficaz y activa contra la reglamentación exagerada y la excesiva intervención de los Gobiernos en la producción, en la distribución y en el consumo de la riqueza; pero también padeció y todavía padece del concepto inexacto y estrecho del Estado que profesa la escuela de Mánchester, de su optimismo y desmedida confianza en la obra espontánea de las leyes naturales y por fin de los métodos exclusivamente deductivos é idealistas á que se entregó la escuela desde 1850 con Bastiat en Francia y después en España, apartándose no poco del antiguo ejemplo y de la ya olvidada inspiración de Smith. Es el Estado para esos economistas un productor más, productor de seguridad, consumidor de impuestos á quien la lógica de tal doctrina llevaría á someter á la ley común de la concurrencia, como abiertamente ha reconocido Molinari (1), pretendiendo, contra el testimonio de la historia contemporánea, que el derecho de secesión, incompatible con todo espíritu nacional y toda idea de patria, se abre ó se abría no sé qué caminos, por fortuna imaginarios, en el mundo. No miran en la sociedad cuantos siguen con tan estrecha tendencia al autor de las *Armonías económicas*, sino la unión más ó menos populosa y rica de individuos, formada para cumplir, á impulsos de la iniciativa particular y mediante asociaciones libres, fines individuales bajo la garantía del Estado, á quien no dejan otra misión que

(1) *Cours d'Économie politique*, segunda edición, 1863, tomo II, página 531.

la de poner paz entre esos fines, impidiendo que ninguno de ellos turbe la esfera de acción de los demás. Esta noción limitada y errónea de la sociedad y del Estado y aquel no menos equivocado y más peligroso optimismo cosmopolita, gérmenes de errores en el propio campo de los estudios económicos, han trascendido con mayor daño al de los estudios financieros. No puede ya hoy pedir inspiración para sus nuevos adelantos la naciente ciencia de la Hacienda pública á esa dirección del pensamiento que parece agotada.

¿Mas la recibirá acaso de las doctrinas de aquel otro grupo considerable de economistas que en Alemania hace diez ú once años levantó en ruidosa protesta contra la escuela ortodoxa, la bandera de la *política social*? Me refiero, bien lo advertís, á Adolfo Wagner, el catedrático de la Universidad de Berlín, iniciador de ese cisma científico; á Gustavo Schmoller, profesor de la Universidad de Strasburgo; á Loudwig-Joseph Brentano, de la de Breslau; á los eminentes autores del *Manual de Economía política* (1) publicado en Tubinga bajo la dirección del profesor Schoenberg, á Nasse, á Rümelin, á Meitzen y á tantos otros llamados neoeconomistas desde un campo, neosocialistas desde otro, socialistas de la cátedra en el lenguaje usual de la polémica, desde que Oppenheim les lanzó ese dictado en los debates del Parlamento alemán. Un escritor ilustre, cuyas publicaciones nos son á todos familiares, Mr. Emile de Laveleye, el sabio profesor de Economía política de la Universidad de Lieja, pertenece hoy también al socialismo de la cátedra.

Parecen apercebidos sus defensores á vengar al Estado del desdén de los economistas ortodoxos. Les censuran no sin fundamento el frecuente abuso de la deducción que ellos pretenden reemplazar con métodos de observación é inductivos, proclaman el elemento nacional contra el cosmopolita en las bases de su nueva ciencia y su nueva política económicas, acusan á la antigua, que denominan la *Escuela*, de desconocer, cegada por el optimismo característico del siglo XVIII en

(1) 882. *Handbueh der politischen Oekonomie.*

el cual nació, que el Estado es un instrumento necesario de progreso; la motejan de individualista y abstracta, y aspiran á sustituir á sus teorías otras que califican de realistas á histórico-éticas, cambiando de miras fundamentales sobre la naturaleza de la sociedad y de la ciencia económica; pero esta doctrina de los catedráticos alemanes, cuya excision con la doctrina de Mánchester, á pesar del empeño que han puesto en atenuarla economistas muy distinguidos, es mayor cada día; exagera á su vez con error las funciones del Estado, convirtiéndole en agente de distribución económica por medio del impuesto: es verdaderamente socialista aun en los más moderados de sus defensores, no ya en Wagner, su fundador y maestro, que ha excedido las fórmulas limitadas de la cooperación y la asistencia hasta tocar en sus obras las fronteras del colectivismo: no puede en suma tal tendencia científica, extraviada en opuesto sentido, dar tampoco á los estudios fiscales la dirección eficaz y salvadora que demandan; antes bien, ha influído desventajosamente en ellos y en los hábitos y preocupaciones de los Gobiernos y de las Asambleas, fomentando el aumento de los gastos públicos y desnaturalizando los fines del impuesto á poder de la teoría invasora que hoy se conoce con el nombre de socialismo de Estado.

Menos aún, cabe en mi sentir, que se constituya la ciencia de la fortuna pública, como ninguna otra ciencia social, bajo los principios ni bajo los métodos del positivismo materialista contemporáneo, que ha contado, sin embargo, en su seno financieros como Bagehot, y cuenta economistas como Shäffle (1). Es indudable para los que conocéis mis convicciones que yo, soldado fiel del pabellón espiritualista, no he de tener por posible ni menos por laudable el empeño de construir por métodos inductivos y experimentales, prescindiendo de toda creencia *à priori*, la ciencia entera del hombre y de la sociedad. No es en la sociología así concebida, sino en aquella poderosa síntesis de las ciencias morales y

(1) Está consagrada á la Economía política una parte considerable del libro que, bajo el título de *Construcción y vida ó anatomía y fisiología del cuerpo social*, ha publicado Alberto Fr. Shäffle en 1881.

políticas que entrevió para un porvenir lejano el ilustre y desgraciado Pellegrino Rossi, donde pide puesto la ciencia de la Hacienda, parte al fin de la ciencia del Estado, llamada entretanto á formarse y á adelantar por métodos sin duda complejos y en gran parte inductivos, pero no basados exclusivamente en la experimentación, los cuales, aun admitidos como aplicables á las ciencias políticas, serían lentísimos hasta la impotencia, no ya para descubrir leyes y demostrar verdades, sino aun para construir teorías y doctrinas, si fuesen sinceros.

Otra escuela menos batalladora y ruidosa al presente que las positivistas, pero de influencia harto más fecunda y duradera, á mi juicio, en el adelanto de los estudios sociales y con especialidad de todas las ramas y aspectos del derecho público y de la pública economía, ha demostrado profunda y cumplidamente la deficiencia del concepto del Estado, de sus funciones y necesidades, y por tanto de los servicios generales y del impuesto que profesan los economistas ortodoxos. Hablo de la escuela espiritualista-orgánica que cultivó, y aún felizmente cultiva la moderna filosofía del derecho. Á ella pertenecieron Enrique Ahrens, cuyas obras tanto se han divulgado entre nosotros; Roberto Mohl, Trendelenburg y tantos otros; á ella pertenece, para no citar más nombres, Gaspar Blüntschi, el eminente jurisconsulto suizo que ha ilustrado dos patrias, profesor de derecho hoy, como lo fué Mohl en su tiempo, de la Universidad de Heidelberg. El Estado, según esta doctrina, tiene sin duda por primera y principal misión la de declarar, cumplir y hacer cumplir el derecho; pero coopera además á la obra social fomentando el progreso por cuantos medios de carácter general y común dan de sí los adelantos humanos. El gran principio de la solidaridad nacional, necesario fundamento de la teoría del impuesto, ha sido realzado y desenvuelto por la escuela á que ahora rápidamente aludo, de acuerdo con las más de las antiguas escuelas espiritualistas, como no lo fué ni pudo serlo dentro de su concepción de la sociedad y del Estado, por el individualismo radical. Esos escritores definen la ciencia financiera en sus dos ramas, derecho y política, como la

teoría de las operaciones é instituciones mediante las cuales el Estado cuida de sus bienes materiales para conseguir su fin (1); consideran comprendidos en la economía pública y sujetos al poder financiero ó fiscal: 1.º la administración de la fortuna del Estado, su hacienda, la gestión de los caudales públicos; 2.º las instituciones económicas de interés general ó bien las condiciones esenciales de la prosperidad pública (2); aspiran, por último, á dar una dirección ética á estos estudios preparando la formación de un derecho económico nacional como nueva ciencia entre las conocidas oficialmente en la Nación vecina y en la nuestra con el nombre de morales y políticas.

Esta tendencia á fundar las ciencias económicas sobre bases jurídicas es la que deseaba señalar preferentemente á vuestra atención como resultado de mis primeras consideraciones. Ella puede templarse en todas las corrientes espiritualistas del pensamiento, y es, entretanto, indudable que domina hoy ó pugna por dominar todas sus direcciones. Los socialistas de la cátedra la siguen y aun aceptan no pocas de las doctrinas de la escuela que la inició, y es tal su influjo, que no pueden ya sustraerse á él los mismos economistas radicales. En el prólogo de una de sus obras más interesantes sostiene Mr. Paul Leroy Beaulieu que casi todas las doctrinas aceptadas en Economía política acerca de la distribución de las riquezas, necesitan rehacerse ó cuando menos rectificarse (3), y el libro entero conduce á esa conclusión con efecto. El distinguido profesor encargado de la cátedra de Economía política en la facultad de derecho de París, Mr. Paul Cauwés, se rebela en el suyo (4) contra la escuela ingle-

(1) Ahrens.—*Enciclopedia jurídica*, versión directa del alemán por los señores D. Francisco Giner, D. Gumersindo Azcárate y D. Augusto G. Linares, 1878, tomo I, pág. 192.

(2) Blüntschi.—*El Derecho público general*, traducción francesa de monsieur Armand Riedmatten, 1881, pág. 320.

(3) *Essai sur la repartition des richesses et sur la tendance à une moindre inégalité des conditions*, 1881 y 1883.

(4) *Precis du cours de Économie politique professé à la faculté de droit de Paris. Deuxieme edition*, 1881, 1882.

sa, la escuela de Smith, de Mill y de Ricardo, y proclama la necesidad de sujetar también á revisión aquellas otras partes de la ciencia destinadas á estudiar los problemas de la producción y del consumo. Aún más, el *Journal des économistes* ha dado hospitalidad hace bien poco (1), y hospitalidad de honor, á la lección inaugural pronunciada en la escuela libre de las ciencias políticas por Mr. Emile Cheysson, trabajo en el cual palpita el nuevo espíritu á que aludo, hasta el punto de defenderse en él la moderada y racional intervención del legislador en el mundo económico, con este texto del curso de filosofía positiva de Augusto Comte: «la disposición á no admitir otro grado de orden que el que por sí mismo se establece, equivale en la práctica social á una suerte de dimisión solemne de la ciencia.»

Bajo esa aspiración á dar á los estudios económicos y fiscales bases jurídicas, debe formarse en mi dictamen la ciencia de la Hacienda pública. Es su objeto conocer y constituir los medios materiales que el Estado necesita para cumplir sus fines sin daño, antes bien, con impulso del progreso económico de la sociedad y con el menor y más equitativo sacrificio de la fortuna privada de los ciudadanos.

Acaso alguien pretenda, no ciertamente aquí, que tal y tan interesado estudio es arte y no ciencia, conjunto de procedimientos y no sistema de principios. Nadie habla en el Ateneo como hace hablar Molière al maestro de filosofía en su inmortal comedia *Le Bourgeois gentilhomme*: «me parece demasiado impertinente que deis tan sin pudor el nombre de ciencia á cosas que no merecen ni el de arte.» Todo arte de aplicación al gobierno de los hechos sociales vive bajo una ó varias ciencias. ¿A cuántas no pone en contribución el primero de todos, la política, ese arte delicado y difícil de la paz y del progreso públicos? Es indudable, como dije al principio, que la ciencia de la Hacienda no está definitivamente formada, pero fuera de las indagaciones científicas con que se elabora y adelanta en nuestros días fuera de los

(1) Diciembre de 1882.

principios y verdades que constituyen su caudal ya adquirido, no hay sino arbitrariedad, empirismo y rutina.

Es tiempo, señores, de poner fin á esta fatigosa introducción llegando al objeto limitado y especial de mi estudio. Entre los medios materiales de existencia que á la Hacienda pública pide el Estado, ninguno, ni el crédito mismo, aventaja en importancia al impuesto.

Es el impuesto la cuota ó parte de la riqueza individual que á cada ciudadano exige el Estado para el gasto de los servicios públicos.

No es precio ni remuneración de esos servicios mismos, idea estrecha é inexacta que, como tendré ocasión de demostrar, no resiste el análisis: no es prima de seguridad, concepto limitadísimo que niega otras funciones importantes del Estado; no es tampoco instrumento de una mejor distribución económica de la riqueza, como pretenden los socialistas de la cátedra; es la contribución á los gastos del Estado, si empleamos el verbo latino contribuir, de donde la voz contribución viene, en el sentido que le es propio, según el Diccionario, dar y pagar juntamente con otros la parte que á cada uno le toca en algún gasto común.

Toda definición tendenciosa del impuesto que invada ó prejuzgue el concepto del Estado, debe rechazarse. Bajo ese concepto, é influída por él constantemente, se forma la ciencia de la Hacienda; mas por lo mismo no puede supeditarlo á sus propias y privativas indagaciones; no posee en su campo, si bien se le limita, dentro del vastísimo de las ciencias políticas y sociales, elementos para definir ni para modificar aquella noción por otras de esas ciencias definidas.

Es mi objeto, como sabéis, examinar uno solo de los varios aspectos del impuesto, su justicia, el más importante á no dudarlo de todos. El impuesto debe ser, como viene repitiéndose de antiguo, productivo y seguro para el Estado, cierto, conocido y cómodo para el contribuyente, económico y fácil en su percepción para el Tesoro, compatible con el desarrollo del ahorro nacional, favorable al progreso de la producción y de todas las fuerzas económicas del País; pero

debe principalmente estar distribuído con justicia, sin que aventaje á ésta en interés y transcendencia ninguna de sus otras condiciones. No es cierto que el arte de un canciller del *exchéquer* se cifre, como ha dicho Sir Cornwall Lewis, en sacar el máximum de recursos con el mínimum de descontento. No es seguramente más aceptable el consejo, tan sabido, de los arbitristas franceses, desplumar la gallina sin que píce demasiado. La teoría entera del impuesto se mueve entre estas dos reglas fundamentales: debe distribuirse con justicia entre los contribuyentes; debe ser suficientemente productivo para satisfacer las necesidades del Estado.

Mirado el impuesto como deuda común de todos los ciudadanos con la patria, según le definía el famoso mensaje de la Asamblea Constituyente á los franceses, su justicia se presenta clara en el aspecto conmutativo. Puesta así la cuestión, puede admitirse la reciprocidad entre el sacrificio exigido al País y la garantía del orden social y el cumplimiento de la obra colectiva que tiene por misión el Estado. De aquí arranca la razón jurídica de ser del impuesto, el cual, como condición material de existencia del Estado, participa de su alta é innegable legitimidad.

Mas no es en la práctica una deuda colectiva, y al fraccionarse para revestir su forma propia de deuda individual, surge esta grave y oscura cuestión de su justicia distributiva. ¿Qué condiciones ha de reunir el impuesto para ser justo? Se ofrece como la primera de todas, su generalidad. Si no es el impuesto en su forma, deuda colectiva; es por su naturaleza, para seguir copiando la frase de Mirabeau en el memorable documento citado, deuda común á todos los ciudadanos. La igualdad ante el impuesto, aspiración constante del estado llano, trabajosamente sofocada en otros siglos contra exenciones, inmunidades y privilegios no sin legitimidad histórica, pero ya sin sentido, fué una de las conquistas del espíritu moderno en la noche inmortal del 4 de agosto de 1789.

Á la noción antigua del tributo, á la noción feudal de los siglos medios y de los primeros siglos de la edad moderna, que ya en el XVII necesitaba defender ante Richelieu, el Arzobispo de Sens, recordándole que por antiguo uso el pueblo

contribuía con sus bienes, la nobleza con su sangre y el clero con sus oraciones; ha reemplazado universalmente el principio de la igualdad, alcanzando á todos los ciudadanos sin excepciones en ningún sentido, única doctrina compatible con la organización y necesidades de las naciones en nuestros días, única justa, porque basta pertenecer á la sociedad para hallarse en la obligación de contribuir al sostenimiento del Estado.

¿Mas en qué medida? Así como del concepto moderno del impuesto se deduce el principio de su generalidad, de este principio brota el de su proporcionalidad no menos naturalmente. Adam Smith consiguió enunciarle con una fórmula que se ha hecho clásica. Los ciudadanos, dijo, deben contribuir al sostenimiento del Gobierno, cada uno en proporción á sus facultades (*ability*), ó bien, en proporción á la renta de que gozan bajo la protección del Estado. La idea no era nueva en Inglaterra ni en el continente. Smith pudo tomarla de la ley de pobres, publicada en el año 43 del reinado de Isabel (1), que imponía á las parroquias la obligación de subvenir á las necesidades de los indigentes *according to their ability*, en proporción á sus haberes. En Francia el ilustre jurisconsulto Domat había escrito, un siglo antes de Smith, que las cargas del Estado miran á las personas, y cada uno debe contribuir á ellas en proporción á sus bienes. No hay nación en la que no sea fácil hallar antecedentes mucho más remotos al principio, hoy vulgar, de la proporcionalidad de los impuestos. Él, como el de igualdad, palpita de muy antiguo en las peticiones del estado llano á los Monarcas, y no menos que en las Cortes de Briviesca de 1388, á causa de los apuros del Erario de D. Juan I, se mandó repartir por haciendas, *en vigorosa proporción á sus valores*, una contribución de que no se eximió á los hidalgos ni aun á los eclesiásticos, ni á persona alguna de cualquiera condición que fuese. Tal fué el famoso servicio de las doblas, destinado á pagar al Duque de Lancáster las sumas ofrecidas en las

(1) 1601.

capitulaciones de Troncoso al concertar la paz con los ingleses (1).

Mas con ser indudablemente antigua, por su sencillez y su justicia, la idea de la proporcionalidad de los impuestos, no se formuló con el carácter de principio fundamental que alcanza en las Constituciones modernas, hasta fines del siglo anterior. En 1776 la había desenvuelto, como he dicho, Adam Smith en su célebre obra, sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones. El principio expresado con innegable claridad por Smith exige, con todo, análisis y estudio. Sería superficial llamarle sencillo. No habló exclusivamente, al formularlo el padre de la Economía política, de proporcionalidad entre el impuesto y las facultades; señaló además, como origen de éstas, la renta gozada bajo la protección del Estado, y de aquí que sus discípulos hayan exagerado el sentido del último extremo de la regla clásica, desarrollando la doctrina de la relación conmutativa entre el sacrificio pedido al contribuyente y las ventajas sociales, ó sean los servicios que le presta el Estado. Enfrente de ese aspecto de la justicia en el impuesto apareció otro, el de la pretendida igualdad de todos en el sacrificio, oponiendo á la teoría del impuesto proporcional la del impuesto progresivo.

Me desembarazaré primero brevemente del examen de esta última doctrina, tantas veces expuesta y juzgada que abusaría sin duda de vuestra atención si me detuviese en su crítica. No cuenta en su apoyo, aunque se haya pretendido lo contrario, la autoridad de Smith, pero sí la de Say. La escuela individualista, sin embargo, ha demostrado con brillantez y plenitud que aun bajo el punto de vista económico, es inadmisibles. Ineficaz el impuesto progresivo en la tendencia ilusoria que persigue, si se contiene y limita como desean los economistas que lo defienden, irritante y funesto hasta absorber ó expulsar las fortunas, si se desarrolla con alguna lógica; combate el ahorro, el capital, la asociación y el progreso económico, en cuyo seno lo superfluo de hoy es lo necesario de

(1) Mariana, libro XVIII, cap. XII.—Lafuente, capítulo XIX, libro III.

mañana. Bajo el aspecto fiscal, jamás ha tenido importancia; las grandes rentas son excepcionales y raras, más raras y excepcionales cada día, y su conjunto significa poco al lado de la suma de las medianas y pequeñas fortunas que constituyen el más copioso origen de renta para el Estado. No halla fundamento serio ante la ciencia, ni fórmula aplicable bajo la justicia. El impuesto no tiene por objeto un sacrificio, aunque lo tenga, en mayor ó menor medida, por resultado; no es una pena, es la participación en los gastos públicos: esa teoría de la igualdad, ilusoria é imposible en el sacrificio, es impropia de su naturaleza, y no por otra causa la doctrina del impuesto progresivo que ha engendrado, carece de valor práctico y de rigor científico, y resulta incompatible con toda organización del Estado y toda distribución de la riqueza que no respondan á la utopía socialista.

Tampoco en cambio puede tenerse por exacta la teoría que funda la proporcionalidad y por tanto la justicia del impuesto en una relación de equivalencia entre el sacrificio que el Estado exige al contribuyente y los servicios que le presta. No es racionalmente posible apreciar ni aun concebir la parte que toca á cada ciudadano en las ventajas sociales. Probaríanlo hasta la evidencia las numerosas y contradictorias opiniones de filósofos y economistas si por ventura tesis de tal claridad necesitara probarse. Sostienen algunos que la protección del Estado es por su esencia igual para todos. John Stuart Mill, y con él otros escritores, la consideran mayor para el pobre y el desvalido que para el poderoso: suponedla retirada, dicen, y el débil sentirá su ausencia más que el fuerte: los menos capaces de defenderse y ayudarse deberían pagar más porque reciben mayor servicio. No es la seguridad en sus dos fases de policía del orden público y administración de justicia la única misión que cumple el Estado. A despecho del ideal individualista, ya organizando, ya facilitando la obra común, realiza otros fines y desempeña otros servicios como el de instrucción pública, el de sanidad, el de beneficencia, en los cuales bien puede sostenerse que es mayor y más efectiva la participación de las clases desvalidas que la de las clases acomodadas: se ha dicho que del fomento de la

agricultura y de la industria, de la construcción y del entretenimiento de las obras públicas se aprovechan más los que trabajan en la creación de capitales que los que disfrutan fortunas ya formadas: hay servicios sociales como la representación diplomática y la defensa nacional por el ejército y la armada, cuyo carácter colectivo parece innegable: en los gastos de la organización política, administrativa y fiscal el supuesto y la dificultad se confunden: hay por fin obligaciones como la Deuda pública y las dotaciones y cargas de justicia que no son servicios presentes, sino el pago de servicios que gozaron las generaciones pasadas, legado de la historia, que representa á la vez triunfos y errores, glorias y desgracias, pero que no es lícito repudiar, como lo exigiría el rigor de la doctrina que combato. La cuenta individual de cada ciudadano en el provecho de los servicios públicos es, no ya difícil ni oscura, que eso sólo no sería causa bastante para abandonarla, sino imposible ante la razón. Como la teoría de la igualdad en el sacrificio conduce al sueño peligroso de la nivelación de condiciones, lleva esta otra de la remuneración proporcional del servicio del Estado, según demuestran los últimos tratadistas, al expediente imperfecto y empírico de la especialidad de los impuestos.

El problema de la proporcionalidad es, como dije al plantearlo, de justicia distributiva, no de justicia conmutativa. Un hacendista ilustre, á quien he de citar más de una vez, Mr. Esquirou de Parieu, pretende reunir las dos doctrinas que sucesiva y sumariamente he examinado en esa idea intermedia y sencilla, consignada en las Constituciones políticas que proporciona el impuesto á los bienes ó haberes de los ciudadanos, viendo en estos bienes, al propio tiempo que la única base posible para apreciar el sacrificio de los contribuyentes, el objeto más real y positivo de la protección del Estado. De este modo la fortuna particular viene á ser la medida teóricamente más justa de la contribución á las cargas generales. Ese es, sin duda, el sentido genuino de la regla de Smith; pero no hay por qué justificarle, combinando dos teorías erróneas, la una deducida de una estrecha concepción del Estado, la otra fundada en una equivocada idea de la sociedad.

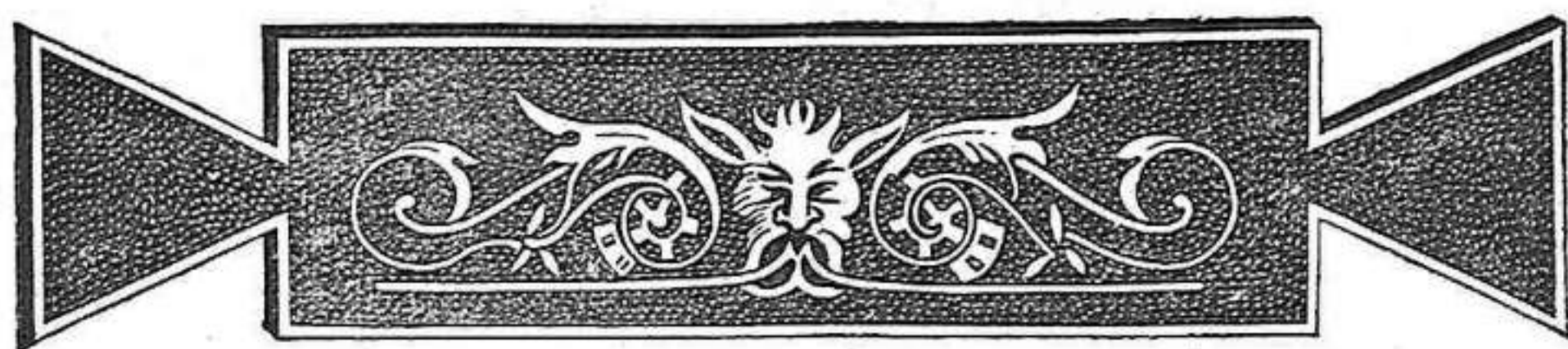
Así las obligaciones del Estado por sus servicios presentes y anuales como las que le impone su historia, todas las cargas públicas en suma deben pesar sobre todos los ciudadanos, porque todos son responsables de los actos de esa entidad colectiva que preside la obra social. La verdad en la distribución de los servicios del Estado es que son siempre generales, que directa ó indirectamente alcanzan y aprovechan á todos, y por todos, sin excepción, debe ser sostenida la institución que los presta. La justicia distributiva del impuesto no puede fundarse sino en el principio de la solidaridad nacional, de la solidaridad entre las clases en la sociedad, de la solidaridad entre las generaciones en la historia. Las naciones se labran su suerte y responden de ella. Con las exenciones tributarias desaparecieron los privilegios políticos, y hoy la llamada impropriamente universalidad del sufragio en unos pueblos, la extensión en otros del principio electivo, ponen en manos de la generalidad el gobierno y la dirección del Estado. No copiaré la inconsecuencia jurídica de los que piden el voto igual y el impuesto progresivo, caminando, como dice Blüntschli, á dar á las masas que nada tienen la omnipotencia sobre los que poseen; pero así como creo que la distribución los derechos políticos exige del legislador alguna mayor ciencia que la de contar las cabezas, entiendo que la distribución de las cargas sociales necesita reconocer por base un criterio de justicia.

Cuál sea éste en armonía con las observaciones antes presentadas resulta claramente del examen de los términos de la cuestión. Se trata de dotar al Estado de los medios materiales que necesita para cumplir sus fines. No son tales medios los únicos que su existencia pide, y es evidente que al modo que los demás deben éstos presentarse con arreglo á su peculiar naturaleza. Basta ver que consisten en una parte ó cuota de la riqueza de cada uno para convenir en que la proporcionalidad, no con el servicio recibido, no con el sacrificio ajeno, sino con la fortuna propia, se impone como solución á la vez jurídica y matemática del problema. Los ciudadanos subvienen al sostenimiento del Estado bajo la regla universal de derecho que rige aun en el orden privado toda

contribución á gastos comunes y á obligaciones iguales, la proporcionalidad con los propios medios. Tal es el principio moderno, tal la fórmula fundamental de la justicia en el impuesto.

Mas esa fórmula tan trabajosamente elaborada en la historia, tan discutida, á pesar de su aparente sencillez, por las escuelas, ¿es absoluta, inflexible y perfecta? ¿Es, por otro lado, positiva y práctica, ó lo que es lo mismo, existe bajo el principio teórico que encierra un organismo fiscal capaz de realizarla? Surgen de aquí los problemas referentes á la forma única ó múltiple, directa ó indirecta del impuesto, á su base, á su incidencia, que examinaré bajo el punto de vista de la justicia tributaria en las conferencias sucesivas.





EL ARTE EN ANDALUCÍA ⁽¹⁾

I.

DESTINADAS parecen las fértiles comarcas de Andalucía á ser en todos tiempos teatro de sucesos de grandísima significacion y no escasa monta en la historia nacional. Bañada aquella parte de la Península ibérica por las aguas de dos mares, situada geográficamente para servir como de nexo entre el mundo oriental y el trasatlántico, dividida del resto del hispano territorio por ancha barrera de altas y tajadas sierras, dilatándose hácia el Sur hasta participar del ardoroso clima del Africa, con ríos que templan la sequedad de los vientos que suelen azotarla, guardando en sus entrañas copiosas venas de metales preciosos; engalanándose con una vegetacion fecundísima, donde viven, con los musgos y líquenes de las altitudes alpestres, las plantas y árboles tropicales; llena de luz intensa, de contrastes sorprendentes y de armonías grandiosas, la tierra andaluza, si bien se considera, ofrece ancho campo y favorables elementos á la dilatacion de la actividad humana, cuyas

(1) Este artículo es parte de un libro que sobre el «Arte en España» viene hace años preparando y escribiendo el Sr. Tubino, á cuya buena amistad y galantería debemos el poder ofrecer hoy las primicias del mismo á nuestros ilustrados lectores.—(N. de la R.)

más nobles manifestaciones favorece y premia con abundantes recompensas.

Prescindiendo de los primitivos oscuros tiempos en que las costas meridionales de la Bética vieron llegar sobre rústicas canoas las tribus asiáticas que se dirigían hacia el Occidente, atraídas por misteriosos incentivos; olvidando el movimiento social suscitado entre los de Tartessó en épocas legendarias, el esplendor de las colonias fenicias y las factorías cartaginesas—canales por donde se enriquece la cultura ibérica,—registran los fastos andaluces otros hechos que comprueban á maravilla nuestra doctrina.

Ya en las postrimerías del mundo antiguo ocurre un suceso que marca época en la historia nacional, obteniendo decisiva influencia en los ulteriores destinos de la porción más civilizada de Europa. La batalla de Munda—que á ella nos referimos, y en la cual se decide la contienda entre César y Pompeyo—es principio de una serie de mudanzas de que dan cuenta, por propio derecho, la historia de Andalucía, mudanzas que hubieron de producir considerables resultados en la economía de la sociedad española-lusitana. Sucumbe Roma bajo la pereza germánica; tras ella ríndese España, y testigo de la irrupción de los pueblos septentrionales, que en mucho alteran su peculiar manera de ser en la totalidad de sus relaciones, ve quebrantarse la monarquía visigoda, menguada por causas que traían su corriente de lejos, concluyendo á orilla del Guadalete, donde asiáticos y africanos levantan un nuevo y robusto imperio.

Rehechos los godos, dan en Covadonga comienzo á la obra patriótica y civilizadora de la reconquista, que llena con sus trances centenares de años; mas no se reñirá el duelo definitivo en León, ni en Burgos, ni en Zaragoza, ni en Toledo, sino en las Navas de Tolosa, del lado allá del Almuradal, en las vertientes andaluzas de Sierra Morena. Como torrente engrosado por las aguas que la tempestad acumuló en las alturas, así bajan los castellanos por las cuestas de Jaén y el Carpio; ríndese hoy Córdoba—la Meca de Occidente,—mañana Sevilla, luego Jerez y Málaga; Granada, al fin, donde termina la cruzada de los siete siglos.

Alumbró el sol ardiente de Andalucía los últimos días del califato, y las brisas del Darro llevaron sobre sus alas hasta los oídos de Isabel I el melancólico suspiro del contristado moro, que se despedía para siempre de su gentil Alhambra.

Ordénase en Andalucía la primera expedición que el atrevido genovés conduce en busca de un continente ignorado; andaluces han de ser los que le siguen, y de las costas béticas parten los frágiles vasos que los contienen; convirtiendo aquéllas muy luego en emporio de un activo comercio que ha de ligar por tiempo al nuevo con el antiguo mundo, cambiando radicalmente las condiciones económicas y sociales del pueblo ibérico.

Cuando en España se extrema el predominio de la teocracia, vigorizado por influencias exóticas, Andalucía contempla la expulsión de los moriscos, que representan la parte de su población más útil y laboriosa. Hecho complejo y de contrarios aspectos, alcanza el triste privilegio de herir la industria y la agricultura con mortales golpes, despoblando extensas comarcas, concurriendo con las persecuciones religiosas á modificar, en mal concepto, y á pervertir el carácter tolerante de nuestras costumbres é instituciones.

Cifra, para el patriotismo, el único ardid usado por Inglaterra al arrebatarnos Gibraltar, la suma de males que nos proporciona la influencia francesa, imponiéndonos una dinastía, y la batalla de Bailén, que abre el círculo de reveses cerrado en Santa Elena, es la victoria más eficaz por sus efectos morales de cuantas registra la guerra contra el llamado capitán del siglo.

En nuestros días presenciaron los andaluces dos sucesos, cuya gravedad fuera inútil encarecer siendo patente: la insurrección del ejército expedicionario de América con las consecuencias políticas de que fué origen, y el pronunciamiento constitucional de Riego en el pueblo de las Cabezas. Hasta la batalla de Alcolea, lucha á la vez caballeresca y fratricida, en que de un lado y otro combaten nobles sentimientos, verifícase á las puertas de Córdoba, no lejos de donde tantos encuentros sangrientos tuvieron cristianos y musulmanes.

II.

Ni es nuestro intento referir estas coincidencias históricas á otra virtud que no sea la combinación de accidentes fortuitos, favorecidos quizá por la geografía, ni queremos que se les atribuya mayor valía de la que realmente entrañan. Cuadra á nuestro sistema de crítica, al examinar las facultades estéticas de un pueblo y sus manifestaciones, inquirir no sólo el medio físico donde aquéllas se producen y los antecedentes etnográficos de la raza en donde se dan, mas también conocer el influjo que sobre el propio genio y el temperamento indígena ejercieron las complicaciones históricas, abarcadas en la múltiple variedad de sus diversos giros. Sin este análisis figúrasenos por extremo difícil conservar el estudio de las obras de arte en la altura que piden los progresos científicos, quilatando en justicia la parte que en el crecimiento de la civilización corresponda al objeto de nuestras investigaciones.

En nuestro sentir, toda la florescencia artística abarca tres principales elementos: el geográfico, el étnico y el histórico. No son indiferentes la constitución geológica del suelo, la distancia al Ecuador, el grado medio de calórico esparcido por la atmósfera, la transparencia ó pesadez de ésta, las plantas que cubren llanuras y montes, con los frutos que rinden; la calidad de las aguas y la manera como se realizan los fenómenos meteorológicos, cuando se trata de hallar la clave que explique los períodos más singulares de la historia artística, cual fuera descamino prescindir de los antecedentes genealógicos que labraron la complexión fisiológica del pueblo cuya actividad se estudia, y de los hechos del orden religioso, civil y político, que forjaron su temperamento y las instituciones que le rigen.

Criterio novísimo el antropológico, que así denominamos al que reclama estas particularidades, apártase de toda idea preconcebida, siquiera la autorice el proceso dialéctico me-

nos recusable; ateniéndose á la observación analítica, para luego elevarse, con auxilio de la imaginación, hasta la síntesis abstracta, sin realidad fuera de lo propiamente subjetivo. Concierta este método la esfera de lo sensible con la puramente ideal; reconoce la vida propia y los fueros de la razón; entiende que ésta gira necesariamente en el círculo inquebrantable de los hechos externos, percibidos y observados con el indispensable auxilio de los sentidos, y admitiendo lo inmanente, duda á lo menos de la eficacia del trascendentalismo.

Explícate por tal modo la relatividad de las humanas afirmaciones. Lejos de colocarse la crítica antropológica en la intransigencia de un principio absoluto, vaciado en el molde de una gratuita lucubración puramente metafísica, que no comprobó la experiencia mejor regida, refiere los modos de la actividad á las causas contingentes que se concertaron para ordenarlos, buscando la explicación de los fenómenos en la naturaleza y en el hombre, en el tiempo y en el espacio.

Hé aquí por qué, humanizando el arte, estudia sus fases con ese triple criterio, la geografía, la raza y la historia, dándose cuenta llanamente de sus caídas y triunfos, de sus obras y de sus mudanzas, de sus antecedentes en cada ciclo, y de sus consecuencias en períodos ulteriores. Y entiende que no surge de repente en una nacionalidad un florecimiento artístico, como no nace un artista á la gloriosa vida del genio, sin que le preceda considerable número de parciales primogénitos. Si cada síntesis artística resume innumerable copia de esfuerzos y tentativas; si nunca se dió en la humana actividad efecto sin causa, como en la naturaleza tampoco hubo de conocerse el salto; si lo que se denomina una escuela pictórica carece de límites concretos, oscilando entre dos penumbras que la relacionan con la total serie de los hechos estéticos, no es menos evidente que el maestro, afirmándose, cual guía de sus contemporáneos, hubo de afirmarse antes, y por generaciones sucesivas, bajo la relación de novador atrevido, que, con mayor ó menor insensatez, negaba lo más alto y respetado de la época en que vivía.

Ni arguye este aserto, como alguien parece que entendió

al leerlo por primera vez y en reducidas cláusulas expuesto en un escrito nuestro (1), que neguemos al genio la originalidad y espontaneidad que forman sus más nobles atributos. No inventa el genio, dijimos entonces; no inventa, repetimos hoy, que, asistidos de la experiencia y de la meditación reflexiva, escribimos la frase nuevamente. Si en los hombres las facultades mentales se determinaron, ampliaron, diversificaron y robustecieron en divergentes direcciones, paulatina y suavemente, desde la capacidad rudimentaria de sentir, hasta los más elevados limbos de la imaginación; si el talento, según que le admiramos en los pueblos adultos, resume la secular elaboración de las razas y de la naturaleza bajo relaciones concertadas, lo que se nombra un maestro en la esfera del arte, ni destruye nuestra doctrina, ni halla explicación cumplida fuera de sus cláusulas.

Dotado el genio de aptitudes favorables, no comunes en sus contemporáneos, que prepararon á la larga accidentes, coincidencias, sucesos y circunstancias contenidas en su naturaleza y en su educación, siente intuiciones pasmosas que comienzan por colocarle en un nivel más alto del que ocupan las vulgaridades; percibe allí gérmenes similares, efluvios ténues, depositados por las generaciones que fueron en la atmósfera moral de su tiempo, sin que lograsen percibirlos las complexiones más groseras; inflámase á su contacto el propio fuego, y recogiendo y acercando moléculas disgregadas, corrientes perdidas, al parecer, en el Océano de la vida práctica, esfuerzos individuales y sin éxito, barruntos un día tildados de excesivos, utopías condenadas, sacrificios malgastados y baldíos, silenciosas y nobilísimas empresas, funde el conjunto en la turquesa de sus exclusivas facultades, y sellando el producto con la marca de su talento, viértelo al exterior, enriquecido ya con los rasgos de lo original y lo espontáneo. Así se explica cómo la obra de arte fué

(1) El laborioso D. Francisco Giner, catedrático de la Universidad central, entonces estudiante de la granadina, en un artículo sobre *Don Quijote y la estafeta de Urganda*. No he tenido nunca ocasión de ocuparme de la docta crítica de mi amigo.

por siglos expresión genuina, acabada y sustancial del modo de ser de los pueblos; que en ella, como en centro inevitable, convergen, traídas y condensadas por los hombres mayores, todas sus glorias y flaquezas, todo su pasado y su presente, con sus recuerdos, esperanzas, sentimientos y deseos, con sus lágrimas y alegrías, con el cúmulo inmenso, en fin, de cuantas relaciones formaban su civilización.

III.

Apoyándonos en estas bases y aplicando el método enunciado al estudio concreto del arte andaluz, en sus más granadas producciones, no sería difícil descubrir su carácter filosófico y sus circunstancias científicas, ni fijar su significación indubitable en el concierto de la cultura ibérica. Pero este análisis aun flaquearía, si antes no determinásemos la idea que de aquél hubimos de forjarnos, en su doble relación con el espacio y con el tiempo.

En cuanto á lo primero, entendemos por arte andaluz el que florece en la región comprendida entre la cordillera Mariánica y las costas del Océano y del Mediterráneo, teniendo por límites laterales, de una parte, las Alpujaras, y de la otra, las derivaciones del mismo sistema mariánico, que forman las cuencas del Guadiana y del Odiel. Tocante á lo segundo, abarca nuestro estudio desde la reconquista de Córdoba y Sevilla, hasta el comedio del siglo XVIII, dividiendo ese período de tiempo de esta manera:

Siglos XIII y XIV. Pintura y escultura anónimas. Tradiciones bizantino-románticas. Carácter híbrido de la obra artística. Carece de propia manera que la diferencie del resto del arte patrio. Elementos que se asocian para formar el medio donde ha de crecer la cultura andaluza. Comercio entre castellanos y mahometanos. Su influencia.

Siglo XV. Van Eyck en Andalucía. Predominio del elemento occidental en cuanto á las artes plásticas. Apuntan

las aficiones clásicas de los andaluces. Culto que entre los doctos recibe el ideal antiguo, visto en la poesía y en la erudición. Latinistas clásicos. Su influencia sobre el genio andaluz. Crisis intelectual. Preponderancia política de Sevilla. Rendición de Granada.

Siglo XVI. Descubrimiento de la América. Prosperidad material de las metrópolis andaluzas. Esplendor que Sevilla alcanza. Relaciones entre Andalucía é Italia y con los Estados del Sudoeste europeo. Artistas extranjeros en Andalucía. Vuelo que toman los institutos religiosos. Andaluces en Italia. Doble corriente neo-clásica y romántica. Florecimiento literario y arqueológico. Su influjo sobre la producción artística. Formúlanse las escuelas. Significación de Vargas y de Pablo de Céspedes. Principios estéticos y críticos del segundo. Enseñanzas del primero.

Siglo XVII. Apogeo del arte andaluz. Las escuelas se determinan; adquiere la pintura andaluza carácter propio. Apreciación del estilo andaluz en cuanto al tecnicismo. Exámen de la producción pictórica como síntesis y tendencia en lo pertinente á la idea. Al lirismo en la esfera poética corresponde el naturalismo en la plástica y en lo pintoresco. Disciplina á que sujeta el genio andaluz el renacimiento italiano. Realismo é idealidad. Alto sentido religioso humano del arte andaluz. El elemento patético. La pintura de la Virgen, usual en Andalucía. Doble tendencia realista ideal y místico-filosófica. Alonso Cano y Murillo, Zurbarán y Valdés Leal. ¿Hasta dónde influyó el genio andaluz en Velázquez? Organización de la enseñanza. Protección relativa de cofradías, órdenes monásticas, próceres y cabildos. Prosperidad de la pintura. Circunstancias de la escultura. Su porvenir. Exageraciones literarias: Anticípanse éstas en Andalucía á la decadencia artística.

Siglo XVIII. Crisis general de la cultura. Retardada en España. Iníciase en Andalucía. No produce los dislates que en otras regiones. Cambia el ideal. Predominio del pietismo. Aménguase de una manera notable la importancia de las capitales andaluzas. Centralización política y administrativa.

Efectos del mal gusto literario y de la represión teocrática. Últimos discípulos de Murillo. Imitadores secundarios. Ninguno alcanza á Tovar, que cierra el ciclo de los maestros hispalenses. Resumen.

IV.

En ninguna otra región de la Península son tan extensas, constantes y prolongadas como en Andalucía las relaciones entre la gente española y los semitas. Si las comarcas andaluzas son las primeras que desde antes del siglo VIII se ven frecuentadas por los mahometanos, no es menos cierto que éstos se conservaron señores en una parte de aquel territorio, cuando el resto de la Península la había vuelto al yugo cristiano, y que aun después de la toma de Granada, quedó en Andalucía el elemento asiático-africano bajo el nombre de morisco, no extirpado ciertamente de raíz ni aun mediante las disposiciones adoptadas por Felipe II, que secundó muy luego su heredero Felipe III.

Debió influir grandemente este comercio de sentimientos, ideas y costumbres en los castellanos, que se subdividían en dos clases al terminar la reconquista. Procedía una de las provincias centrales del Reino, constituyéndola jefes nobiliarios, soldados de fortuna á quienes sus proezas distinguieron del común de las gentes, y cuyos servicios premiaban los Reyes otorgándoles terrenos, castillos y privilegios. Arrastraban tras sí estos adalides otros pobladores que en torno suyo constituían pequeños núcleos de vida pública donde se conservaba con bastante pureza el tipo tradicional del carácter y temperamento español y de la cultura hispano-cristiana. Representaban la otra los mozárabes, ó sean los españoles que durante la lucha vivieron sometidos al imperio político del Islam, conservando su autonomía en ciertos límites al amparo de la tolerancia musulmana. Lazo de unión el mozárabe entre el elemento que llamaríamos indígena y el exótico, participaba de rasgos en ambos comunes, y era por

lo tanto medio fecundo para que ambas razas se compenetrasen, llegando á ofrecer con el tiempo una variedad propiamente caracterizada.

A medida que crecía la reconquista de Andalucía, quedábanse rezagados en las ciudades y territorios sometidos numerosos musulmanes, á quienes se designó con el epíteto de mudéjares ó medio árabes, quienes, en unión de los judíos, constituían á su vez el elemento puramente oriental y semítico, que se unía al romántico representado por los castellanos: mozárabes y judíos primero, y luego moriscos sólo, componían el fondo de la sociedad bético-extremeña, señalándose localidades donde la gente castellana estaba representada únicamente por el freire de la orden dominadora y por algunos religiosos y soldados.

Fíjese el lector en estos antecedentes, que en mucho habrán de esclarecerle el vuelo del progreso social en Andalucía, en período de tiempo relativamente corto, su propia índole y sus dobles y fortísimas tendencias. Cuando el catolicismo ha extremado su influencia en las comarcas béticas, y las diferencias étnicas se han fundido, cuando la antigua lucha hasta en sus últimas consecuencias; cesando sólo hay andaluces á quienes rigen dos ideas poderosas, religión y patria, la raza ó variedad que resulta muéstrase con tales atributos, que no es difícil clasificarla y distinguirla del resto de los españoles.

Tienen los andaluces, del godo la arrogancia, el sentimiento de la personal dignidad por extremo desarrollado, y el conato individualista; del latino, el instinto dominador y autocrático, la sed de lo infinito y la pasión de lo absoluto; pero estas opuestas cualidades que de lejos se modifican en la norma de la sociedad hispano-cristiana, experimentan nuevas mudanzas bajo el poder de la corriente asiático-africana que las penetra, envuelve y transforma.

Así como en la naturaleza el principio de selección produce que los organismos menos perfectos sucumban en el combate por la vida, dejando libre el campo á los seres mejor dotados, y las variedades vegetales ó animales se engendran unas de otras, utilizando cualidades siempre favorables

y adaptándose á las nuevas externas condiciones de existencia en que se hallan colocadas, del mismo modo en la lucha social vencen y predominan los tipos más granados, las tendencias más enérgicas, lo que más se acomoda á la particular idiosincrasia de los individuos y al medio ambiente en que éstos viven.

Cúmplese en Andalucía esta ley en todas sus partes, y consiguientemente la cultura que la distingue resume las líneas fisionómicas más notables de los pueblos que concurrieron á engendrarla. Ni será posible desconocer las huellas de éstos en los modos superiores de la actividad, en aquello que los individuos producen como más subjetivo y espontáneo. La poesía y las artes plásticas y figurativas acusan claramente la conjunción de los dos principios que batallan en Europa, el clásico y el romántico, el asiático y el occidental, lo relativo y lo absoluto, siempre asociándose y coordinándose bajo una superior unidad: el monoteísmo.

Véase explicado por tal camino cómo Andalucía ofrece el fenómeno del realismo pictórico más discernible, junto á la idealidad mística más noble y pura. Ejemplo: la *Santa Isabel*, de Murillo, y como son posibles en aquella zona los alardes sensualistas de Alonso Cano y la humorística filosófica excentricidad de Valdés, Murillo y Zurbarán, polos del arte andaluz, se completan mutuamente: son las concepciones visión traslucida de la realidad, contemplada á través del espiritualismo católico, la plácida beatitud de la gracia como el cristiano la concibe, vigorizando el cuerpo humano el armónico equilibrio de las físicas perfecciones y de los atributos y virtudes morales más altos.

En su línea, toda debida distinción respetada, la Virgen murillesca, como producción artística, tiene su equivalente en la Venus griega: el tipo más noble del arte helénico es indudablemente Afrodita saliendo de las aguas, desnuda, espléndidamente hermosa, realizando la suma aspiración de la mayor belleza plástica. Exprime el artista griego en su estatua el sustancial principio antropomórfico, que anima aquella civilización. Todo lo refiere el ateniense al hombre; con el filósofo dice que este es patrón supremo para medir el

mundo de las cosas, y con el oráculo délfico repite el fecundo é inmortal: «conócete á tí mismo.»

Fijado el modelo sobre cimientos indestructibles, las demás concepciones equivalen á desdoblamientos: Apolo, Antinoo, Juno y Diana, el mismo Júpiter, responden al tipo primordial, representando simples modos de la concepción bella más encumbrada. Dirígese la tendencia superior del arte griego al contrapeso de las partes físicas, al equilibrio de las fuerzas y de los movimientos, á la gracia en las actitudes y á la dignidad corpórea: es la consagración más alta de la doctrina naturalista.

¡Coincidencia peregrina!

También el arte andaluz gira en torno de un principio único: la pureza del pensamiento y de la vida encarnándose en un cuerpo, ó mejor aún, la suma belleza moral, exteriorizándose bajo el ritmo de una naturaleza sensible, amorosa, transparente y entusiasta, bajo los rasgos de un sér femenino, imaginado en el cielo, aunque visto antes en la tierra. Alonso Cano, con la *Virgen de Belén*, maravilloso simulacro que ninguna otra paleta sobrepujó, y Murillo, con sus Vírgenes, fijan el carácter típico del arte andaluz, que enriquecen ventajas desconocidas del antiguo. A la expresión moral asociase ahora lo patético, al sentimiento individualista del griego, la noción del cosmopolitismo religioso que predica el Evangelio. Antes que la mujer, es María la madre, es la ternura, es el inefable augusto sentimiento, por los antiguos ignorado, de la piedad; es la benevolencia, la abnegación y el puro amor que realiza milagros, y con múltiples formas inunda de gozos y alegrías la vida, cuyos rigores modera y dulcifica. Vivió María para el pintor andaluz la vida real, pero á la vez ofrécese como la Madre del Redentor, el amparo del menesteroso, la mediadora eficaz entre la justicia del Omnipotente y la suplicante contrición del pecito.

Estudiéense todas las escuelas, así nacionales como extranjeras, todos los florecimientos de la pintura, todos los maestros; en ninguna parte se hallará la unidad del arte que se descubre en Andalucía, como no hay tampoco en la totalidad de la historia del plástico nada que empareje con la unidad

de la escultura helénica. Explícate el hecho reconociendo que en el África y en Andalucía se dan condiciones y circunstancias harto semejantes; calculando que el arte griego y el andaluz representan verdaderas síntesis, afirmaciones enérgicas, grandes períodos de fe y de creencias; teniendo presente, en fin, que en ambas comarcas domina un principio exclusivo, una inspiración única, que rige las diversas direcciones de la actividad.

No triunfan en Andalucía las multiformes tendencias del Renacimiento greco-romano, como en Italia, donde aparecen seguidas de violentas tempestades, contradicciones profundas é inmensas flaquezas, ni tampoco á orillas del Betis el arte alcanzará el tono de una protesta, cual en Holanda, del espíritu burgués, irritado por la hinchazón aristocrática de la cultura romano-florentina.

V.

Poniendo punto ahora á este raciocinio para continuarlo en sazón, cúmplenos reseñar, al correrse la pluma, el estado del arte en Andalucía antes de que alumbre el siglo XVI.

Al realizarse la Reconquista, según antes indicamos, suelen hallar los cristianos, incrustados en el organismo musulmán, núcleos de antiguos correligionarios que conservan la fe de sus mayores, siquiera el contacto islamita la haya modificado grandemente. Fáltanos espacio y vagar para exponer la economía íntima de la grey mozárabe, ni, por otra parte, se necesita gran esfuerzo para que el lector alcance cuál sería su condición tras siete siglos de inmediato y usual contacto con los dominadores.

Toleróse á los cristianos sometidos el tener templos, oratorios y hospitales regidos por propia clerecía; á donde acudían, ora según que las prácticas litúrgicas lo demandaban, ya guiados por la mayor piedad ó con los reveses de la fortuna; y es fama que existía imagen tan venerada en algún punto, cuanto de Castilla bajaban devotos y romeros, ganosos

de orar ante ella y de darle gracias por las mercedes recibidas, implorando en otros casos su auxilio en próximas y ciertas tribulaciones. Ostenta Sevilla una pintura mural, propia-mente de este género; consérvanse otras análogas en su recinto, y sus anales artísticos entrañan reminiscencias de más de una, destruída durante el transcurso de los siglos.

Y como observación pertinente, que concurre á confirmar las anteriores afirmaciones, conviene decir que todas las pinturas decorativas de la época mozárabe, todos los simulacros provenientes de los siglos XIV y XV, que aún se conocen en Andalucía, con levisimas excepciones, ofrecen á los ojos del cristiano la imagen de la Virgen; tan cierta es nuestra observación, cuanto que hasta las estatuas más arcaicas, conservadas en Sevilla, muestran la misma singular coincidencia. Existen en la metrópoli andaluza, por lo menos, tres figuras de bulto, referidas por la crítica al arte anterior á la décimaquinta centuria; llámase una *la Virgen de las Batallas*; lleva otra el nombre de *Virgen de los Reyes*, y la tercera se conoce bajo otra advocación, que en este instante no hace al caso recordar.

Y en lo pertinente á la pintura, la *Virgen del Coral*, que existió en la iglesia de San Ildefonso; *Nuestra Señora de la Antigua*, reverenciada en el suntuoso templo metropolitano, y la *Virgen de Rocamador*, que aún decora los muros de San Lorenzo, son los únicos ejemplares pictóricos mozárabes, según todas las probabilidades, ó por lo menos anteriores al siglo XV, que han llegado hasta nuestros días.

Otro tanto se nota fuera de Sevilla: ó el arte pictórico no existe, ó el fin de sus productos es honrar la religión mariana. Si Sanlúcar y Córdoba, entre otras ciudades, tienen pinturas análogas á las hispalenses, Granada guarda con aprecio su *Virgen de las Mercedes*, y lo raro en Andalucía es, tratándose de iglesias antiguas, no descubrir la misma veneranda efigie reproducida con más ó menos acierto y fidelidad.

Ni se entienda que ya reconquistado el territorio andaluz y alboreando el Renacimiento, abandonan los pintores el tipo que les inspira. Goza la misma basílica sevillana de bellas vírgenes, no menos interesantes para nuestro estudio

que los antes citados, y también se señalan otras en la parroquia de Santa Ana (Triana), templo riquísimo que guarda preciosos monumentos artísticos.

Sin que sea nuestro empeño más que bosquejar una doctrina cuyos desarrollos darían exorbitantes dimensiones á nuestro ensayo, fijemos como punto de partida de nuestras interiores pesquisas el carácter místico, suave, armónico é idealista que desde sus principios determina al arte andaluz. Todas las pinturas y esculturas mencionadas, cuál más, cuál menos, responden al modelo bizantino-romántico, por el que entendemos la tradición latina y el principio occidental germánico, borgoñón ó flamenco, que en España se asocian en íntimo consorcio.

Durante largo período de tiempo cobraron nombre y autoridad en la Península los artistas procedentes de las regiones septentrionales. Fuera violento desconocer su influjo, cuando antójase visible, ni asentar que la venida de Van Dyck á Andalucía pasó desapercibida, conociéndose allí tablas con partes muy análogas á las que determinan su estilo claramente. Mientras impera la ojiva ó el goticismo, para usar un término más usual, la pintura es simple elemento complementario de la decoración arquitectónica. Aventájala la escultura, que más se asemeja á las obras del alarife, si ya no es que el latomo y el escultor se reúnen en un mismo individuo. Encerrado el simulacro plástico ó pintoresco en las líneas menguadas rectas y seguidas de abajo arriba de la arquitectura ojival, apremiado por las exigencias materiales de la construcción, adherido ó adosado al muro ó al retablo, no adquiere por entonces la amplitud y alteza que había de proporcionarle la reforma neoclásica, dando personalidad lo mismo al lienzo que á la estatua.

Empero es justo reconocer á la vez que la sequedad hierática del arte occidental hubo de moderarse gracias á la enseñanza suministrada por las primitivas escuelas pictóricas de la Umbría y del país lombardo, disciplina que se ingiere en la actividad española mediante la estrecha correspondencia en que están los Estados de Italia y de Aragón desde el siglo XIII. Aquel discreto movimiento hacia la rea-

lidad naturalista, contenido en la órbita cristiana, que cifran los Guido de Siena, los Giotto, los Cimabue y los Masaccio, halla eco en las cortes aragonesa y castellana traído por los Torrents, los Fort, los Cesilles, los Starnina y los Dellos, recibíendosele con tal favor, que no ha terminado el siglo XV cuando el cordobés Bartolomé Berdejo pinta, con la data de 1490, una *Piedad* que, por su ejecución y su primoroso dibujo, diríase propia de época mucho más docta y avanzada.

Ni es menos exacto que durante ese mismo período, el arte en Andalucía, por lo que hace á la forma, carece de carácter propio, limitándose á seguir los altibajos de la doble tendencia alemana é itálica, señoreada de la Península. Común es también el móvil que inspira á los artistas, lo mismo á orillas del Betis, que en Valencia, Zaragoza, Toledo y Cataluña, puesto que el cristianismo, visto en sus creaciones más atractivas, rige casi siempre las facultades estéticas.

Llegará, no obstante, el día en que las escuelas españolas —en el sentido histórico y geográfico más que técnico— correrán á dilatarse por los horizontes que ante ellas abre el renacimiento greco-romano, mientras en Andalucía la fiebre neoclásica no producirá ni un solo ejemplo contrario á las conveniencias del catolicismo.

Recordamos, antes de estudiar esta nueva fase del arte andaluz, cómo al concluir el siglo XV, considerando aquél tanto en la plástica como en la pintura y la miniatura, acusa imitación y falta de iniciativa, siquiera se noten grandes adelantos en la manera de concebir los asuntos y en el modo de sentir la ornamentación. Los códices litúrgicos que custodia la Biblioteca Colombina, con tanto acierto descritos por un crítico distinguido (1), muestran los progresos del arte bello en la metrópoli andaluza desde el siglo XIV al XV, arte que se conserva siempre dentro de la esfera moral cristiana, sin que jamás contraríe sus intereses. Cualidad mu-

(1) Nuestro amigo el Sr. D. Claudio Boutelou en el *Museo español de antigüedades*.

cho menos que secundaria en ésta que alcanzará mayor significación cuando en las sucesivas centurias el arte italiano promueva escandalosas é inexplicables profanaciones, á que sabrá limitarse el genio andaluz en el goce ya de sus mejores cualidades.

VI.

Con el siglo XVI comienza para Andalucía la más venturosa de sus edades. Sometida Granada, trasládase al dominio castellano los pingües territorios que constituyen su reino, y las preciosidades arquitectónicas y decorativas de la Alhambra, que se suman á las conservadas en la mezquita cordobesa y en el alcázar sevillano, donde Pedro I puso á contribución la fantasía arábica para que creara aquel inimitable y primoroso estilo mudéjar, cuya belleza y bizarría exceden á todo humano encarecimiento. Descubierta el Nuevo Mundo, afluye á los puertos andaluces el oro que en sus entrañas guarda, traído por las flotas castellanas; acuden á Sevilla comerciantes y artistas, aventureros y poetas, doctores y soldados; es la ciudad hispalense emporio de las transacciones mercantiles, y su casa de contratación la reguladora de los mercados del mundo. Ríndenle parias Barcelona, Génova y Venecia, con las ciudades de Holanda, y las cotizaciones de aquella Lonja ponen la ley en todos los mercados.

La resonancia de esta prosperidad en la esfera del arte no puede ser más efectiva. No sólo vienen á Sevilla artistas italianos, si que también sucede que á su río llegan naves salidas de los puertos del Tirreno y del Adriático, trayendo entre sus mercancías preciosos lienzos y esculturas. Miguel Florentino y Forriggiano fijan su domicilio á la sombra de la Giralda, siendo egregios representantes del florecimiento neoclásico que ilustra la corte de los Médicis, Labra, Florentino, el suntuoso Mausoleo de Tendilla, modela su compatriota valentísimas estatuas que pondrán en la memoria de los inteligentes las maravillas del cincel griego; importan

Julio y Alejandro el grotesco extraído de las soterradas termas de Tito, estudiado en las tumbas de la «Vía Appia» y de la pirámide mortuoria de Cestius junto á la puerta Ostiense. Al par los Arfes propagan los adelantos de la geometría, que tanto ha de influir en el dibujo; hallan las aficiones arqueológicas cultivadores diligentes en Sevilla, Córdoba, Lucena y Granada; el clasicismo enamora y priva en los círculos literarios, y Pedro Delgado, escultor de Sevilla, con su colega el granadino Machuca, recorren la Italia, de donde regresan ricos en técnicos conocimientos.

Cambiaron radicalmente las tendencias del arte: desapareció la inmovilidad latino-romántica, y se aproxima un período de visible transición donde reñirán encarnizadas luchas los principios más antitéticos, pues para que el conflicto sea más ruidoso, también moran en Andalucía maestros borgoñones, flamencos y alemanes.

Vigaray, célebre estatuario; Micer Cristóbal Alemán, que propaga la imaginaria; Pedro Campaña y Francisco Frutet, con Hernando Sturmio, representan las escuelas occidentales más ó menos alteradas por la creciente preponderancia del Renacimiento. Y cerca de ellos bulle una tropa de artistas secundarios, cuya personalidad, sin embargo, no puede ni debe desdeñarse. Nicolás Francisco Pisano, uno de los primeros maestros que anunció en Andalucía la Reforma; Juan Flamenco, Juan Jacobo, Juan Bernal, Juan Vivan, Micer Antonio Florentin, Bernardino, de la Gelandia ó Zelandia; Arnao, de Flandes; Carlos, de Bruxes; Arbasia y Pérez, de Aleccio, con otros que no citamos, concurren á robustecer las falanges que, diseminándose por Andalucía y atraídas por próceres, cofradías, iglesias y comunidades, elevan el culto del arte bello á alturas esplendorosas.

Aquella arquitectura que había dejado en las iglesias mudéjares fabricadas á raíz de la reconquista de Sevilla bellísimos modelos que después con la ojiva labró templos tan suntuosos como la catedral bética, mostraríase ahora no menos inspirada en la fábrica plateresca.

Ni es menos considerable el brillo de la estatuaria que se mejora bajo la iniciativa de los escultores antes citados, y

también de Berruguete, que trabaja en Granada, de Fernández de Guadalupe y de Juan B. Vázquez, con otros que hacen presentir los triunfos de los Canos, Rojas, Martínez, Montañés, Roldanes y Cornejos. Separada del muro con propia vida, siguiendo la discreta imitación de la naturaleza, la escultura dará origen en el cielo andaluz á primorosas concepciones, aunque lastime el reconocer que el medio en que alienta no le es siempre favorable.

Si es indudable que la estatua ha adquirido la expresión moral de que carecía en Grecia; si ahora se ha completado el movimiento de los músculos con el batallar de los afectos, y al equilibrio puramente fisiológico y anatómico ha sucedido el superior concierto de las facultades más altas y de las virtudes, no es menos obvio que la conveniencia religiosa, rechazando el desnudo, había de reducir la esfera de la plástica, impidiéndola utilizar sus más eficaces medios de expresión y éxito. Tan esto es así, cuanto que la crítica ha reconocido que si la escultura verdaderamente mística y litúrgica—no la que produce el cincel de Miguel Angel, que es escandalosa composición del pensamiento cristiano y de las formas politeistas—obtiene lauros en días gloriosos para el arte, muy luego viene á mengua, concluyendo por perderse en el caos de la más funesta decadencia.

Y no imaginamos, como alguien pensó con poca ó ninguna caridad, que sea responsable el catolicismo de semejante resultado: religión idealista, encaminada á levantar las almas hacia lo puramente abstracto, obró lógicamente contrariando las acometidas sensuales de la plástica. No es el cuerpo con sus cotidianas exigencias lo que el cristianismo enaltece, cual hizo el helenismo; antes bien, quiere reducir la parte física á la menor actividad posible, para que el ánimo se espacie y crezca tanto que consiga domeñarla. Cuando el Buonarrata esculpe el *Jesús* de la Minerva, que parece, más que el fundador de una doctrina de austeridad y templanza, el *Apolo* ó el *Meleagro* de la mitología, olvídense por completo del cristianismo, cual se olvida de la índole del arte litúrgico al cincelar el gigantesco *Moisés* de San Pedro *in Vincoli*.

Pide la escultura cristiana otras condiciones: los crucifijos demacrados, ennegrecidos, cubiertos de heridas que manan sangre, de dislocaciones en los músculos y de fracturas en la piel; esas efigies del Nazareno, espirante en un mar de angustias y dolores; esos ascetas que, como el *San Jerónimo* de Torreggiano, se quebrantan el pecho con la dura piedra, exponiendo su cuerpo á las inclemencias de la atmósfera, son, en nuestro sentir, la escultura que verdaderamente encaja en el espíritu cristiano. Y á esto añadir débese, que el arte, en su relación litúrgica, ó ha de ser docente, ó no se concibe. De aquí el extremar los medios expresivos, y el predominio de la estatuaria policroma, que nunca podrá parangonarse con el mármol de Páros y del Pentélico, conservado en su nítida blancura, que transformó el genio en simulacro peregrino de un héroe ó de una divinidad.

Podrán labrarse y se labrarán, con efecto, estatuas bellas, donde los miembros aparezcan cubiertos con apropiadas vestiduras: como de mérito y primorosas pueden citarse las *Parcas*, del Partenón; la *Diana Acrotera*, de Oplonte; la *Diana* y el *Demóstenes*, del Vaticano, y el *Orador*, del Museo de Nápoles, y otras muchas: el descuido, sin embargo, es la propensión mayor del arte escultórico. Así lo han demostrado los artistas más conspicuos de nuestros tiempos, desde Solger hasta Thorwaldsen, desde Ranch y Kirs hasta Cánova y Lucardi. Antepuso Grecia muy á menudo las líneas graciosas del contorno humano, visto en todo su esplendor el modelado suave de los músculos, al artificio de los ropajes: *Græca res es nihil velare*—dijo Plinio,—sintetizando en una sola frase el carácter predominante en el arte helénico, aunque no lo sintetizara; polo opuesto del cristianismo, que suprime la realidad para vivir, mayormente en los fúlgidos espacios de la abstracción.

Cortando el hilo de este raciocinio, que ampliamente desarrollaremos en otro estudio, ocasión es de reconocer que la escultura andaluza-litúrgica, ante todo, obtiene legítimos triunfos, especialmente con Martínez Montañés, cuyas obras resumen cualidades de mérito reconocido.

Digimos antes que el arte andaluz había entrado, con la

venida de hábiles maestros extranjeros, en un período crítico y de transición, de donde podría salir vigoroso y superior lleno de grandes alientos y esperanzas, ó sin vida ni futuros medros.

Dos hombres superiores nacen entonces con la misión de decidir la contienda. El sevillano Vargas y el cordobés Pablo de Céspedes echan en la balanza sus facultades técnicas, sus instintos, su voluntad y sus talentos, contribuyendo poderosamente á encauzar las corrientes indígenas, llevándolas en la dirección más adecuada al noble fin que se han trazado. Representará Vargas la directa tradición rafaelesca, que llega al Betis en cuanto á la pureza y gracia del dibujo y del contorno y á la viveza de los colores, sin menoscabo de monta, mientras Céspedes cifra el múltiple, el enciclopédico, el armónico espíritu neoclásico regido por la cláusula religiosa, que acude á dar condiciones eruditas, amplitud, alteza, elevación, ritmo y unidad á un acto que oscila entre contrapuestos incentivos. Cuando muere el primero, llega el segundo al colmo de sus facultades, y uno y otro son como dos mensajeros que se suceden en su camino haciendo de manera que la comunicación no quede interrumpida. Muéstranos Vargas como un precursor; Céspedes organizará las cosas de manera que produzcan los resultados apetecidos, dando á menudo calor y autoridad á la doctrina con el honrado ejemplo.

Es el Racionero poderosa influencia en el período que media entre la muerte de Vargas—1568—y el apogeo de Roelas—1603. Enseñan las pinturas de Villegas, Marmolejo, Antonio Arfian, Alonso Vázquez y del mismo Roelas en su primera época, las vacilaciones y flaquezas del arte, que reflejando la lucha sostenida en su organismo, titubea en sus fines hasta afirmarse al postre con las partes y cualidades que habrán de distinguirlo. Vargas, con sus frescos y sus tablas, vituperaba finamente los errores de sus contemporáneos; faltándole energía y ardimiento, ó mejor dicho, no estando dispuesto el campo para recibir la reforma, su significación, aunque grande, queda reducida en la órbita de una iniciación.

Condena Céspedes el Renacimiento; dice y prescribe cómo

deben aceptarse sus leyes por el artista andaluz, y con su doctrina y ejemplo establece la base científica y filosófica sobre que descansará la obra total de sus compatriotas en todo el siglo XVII, relacionándola mediante un concepto único y superior, que será á la vez ocasión de sus mayores lauros, é inevitable causa complementaria de la precoz ruina del arte en aquella zona.

Desde que Céspedes florece, comienzan á alborear las escuelas pictóricas andaluzas, aunque no implica esta determinación, más geográfica que otra cosa, la disparidad del pensamiento exteriorizado en los lienzos, ni tampoco esenciales contradicciones en la manera de sentir la belleza y de expresarla. Es el arte uno, en Andalucía, como lo es la literatura y la cultura; sólo que esta armonía y compenetración no mata la personalidad del individuo; antes pretende, dejando á salvo su albedrío, dar temperamento al conjunto, relacionando los aislados esfuerzos en una idea madre, en un ideal supremo y suma aspiración, de que no se apartarán nunca los andaluces.

Si el lector recuerda lo que casi al comenzar digimos, sobre la circunstancia de no encontrarse, entre los testimonios que hasta nosotros llegaron, de la escultura y pintura anónimas, ó de los tiempos vecinos á la reconquista, más que simulacros de la Virgen, columbrará el sello supremo que pretendemos descubrir en el arte andaluz, cuando habiendo granjeado copiosos y recios medios de vida, disputa la palma á los de otras comarcas, rivalizando con ellos y aun superándolos en ventajas mucho menos que secundarias. Favorece el crecimiento de la prosperidad económica que alcanza Andalucía desde el comedio de la centuria décimasexta hasta fines de la siguiente, los esfuerzos de los artistas, y las tareas científicas y literarias de una parte, que en Sevilla, Córdoba y Granada se prosiguen con ardor, y de la otra el ahinco religioso y el esplendor del culto que se subsigue en la primera de estas ciudades, no sin razón llamada la Roma del Mediodía, representan estímulos ó enseñanzas que impulsan al artista ó le contienen, ejerciendo sobre sus facultades eficacísima tutela.

No se comprende la popularidad del genio artístico sino cuando concuerda con su época: hijo de las circunstancias de la educación que recibe, de los elementos fisiológicos y psicológicos que en él se conciertan, del medio moral en que vive, del aire que respira, del alimento que le nutre, del sol que vivifica su sangre, traduce el artista en cuadros ó estatuas cuando espontáneamente los produce, y no es vulgar medianía, que tras la imitación de lo ajeno se arrastran las ideas más dominantes en su época, las esperanzas devotas de las almas ávidas de lo misterioso y de lo absoluto, las pasiones enérgicas de las muchedumbres, las flaquezas del sentimiento y los destellos de la fantasía. Traduce más: traduce el cielo donde se espacia su ánimo, el panorama que en derredor suyo se extiende, con sus tempestades ó sus calmas, sus limpios horizontes ó sus pesadas brumas, y hallan eco en el parto que engendraron la sensibilidad y el talento, todas las ternuras y asperezas de la vida, todas las resonancias sociales, todos los conceptos que vigorizan la cultura del pueblo á que pertenece.

Figuraos á Miguel Angel en la catedral ojiva, bajo las bóvedas de Strasburgo ó de Westminster, será un contra sentido; colocad á Murillo á orillas del Támesis ó del Escalda, resultará inexplicable; retrotraed á Hogarth, á Tenier, y si que-reis al mismo Overbeck, á los tiempos de Buffalmaco y de Lucas Krauach; ¡qué absurdo! El genio que se adelanta está expuesto á no ser comprendido; el trasnochado excita, á lo sumo, artificial entusiasmo; el arcaísmo, lo mismo en pintura que en gramática, es la negación de la existencia y del progreso. Referid cada maestro á su siglo y á su nacionalidad, y notaréis cómo nada queda sin explicación. Ved al monje, sumergido en la gótica estancia, consumiendo su vida en la ejecución de una miniatura ó de una orla; al alarife asociándose en gildas y confrerías para labrar esas filigranas del goticismo que acaudalan templos y palacios; contemplad á los imagineros y estofadores ilustrando vidrieras, embelleciendo dípticos y estatuitas, construyendo retablos que la piedad reclama, y sin violencia descubriréis el fondo sobre que campea su energía. Llenará la atmósfera social el espíritu

cristiano; será la casa del Señor recinto donde arde, como ardía en el Prytáneo, el fuego santo que alimenta la existencia social en sus varias esferas; representará la teocracia la más alta jerarquía; falanges bélicas correrán al Oriente á rescatar el Santo Sepulcro de las infieles manos que lo profanan, y tras aquéllos quedarán el señero y almenado castillo, encerrando entre sus cubos las melancolías de las doncellas enamoradas de los andantes paladines; el trovador, que, laud en mano y daga al cinto, recorre valles y montañas buscando quien escuche sus cántigas; el siervo de la gleba, que gime amarrado al terruño, sin dignidad ni albedrío; el austero cenobita, que predice castigos y fulmina excomuniones; la mística virgen aprisionada en los horrores del claustro, pidiendo al celestial esposo energía y resignación, cuando en las plácidas noches primaverales siente las caricias de la naturaleza, que le envía sus perfumadas esencias, y percibe el canto de las aves, mensajeras del puro amor y de la dicha... la Edad Media, en fin, con su teología y sus misterios, con sus poéticos cuadros y sus repugnantes violencias.

Hé aquí el arte y la sociedad correspondiéndose, siendo aquél símbolo de ésta, afirmación y síntesis que sólo se da en épocas creyentes y de reposo, no en momentos críticos, cuando la duda asalta las almas y el desfallecimiento invade los corazones. Así habrá de comprobarlo el estudio general del arte andaluz en el siglo XVII, que emprenderemos en otro artículo.

FRANCISCO M. TUBINO.





NECROLOGÍA

DON GONZALO DE MURGA Y MUGARTEGUI.

CONCLUSIÓN (1).

LA narración del viaje por Andalucía es más curiosa y entretenida, por las picantes alusiones á personas que figuran en la literatura ó en la política contemporánea, revueltas con los héroes legendarios y con los tipos de la plebe. Puede colocarse en la clasificación de las memorias íntimas que tanto escasean en nuestra literatura y que tan útiles son al conocimiento de las costumbres. Murga describe las habitaciones, mobiliario, luces, escaleras y hasta hace estudio comparativo de las campanillas y de aquellos aposentos reservados que ahora tienen cabida en el sistema decimal por la numeración. Observa con lástima la desaparición de trajes provinciales, que el algodón y el fieltro van uniformando; por rareza encuentra un zara güelle en Murcia, y vanamente busca pañolones, calañés, patillas de chuleta, flores en el moño, marsellés remendado de colores en Andalucía; ni siquiera las calesas con los mozos notables por la *filohipia* con que las conducían, existen. ¡Qué variación, qué cambio en el intervalo de treinta años,

(1) Véase la pág. 187 de este tomo.

en ferias, ventorrillos y aguaduchos! el hongo y la boína van cubriendo las cabezas de los hombres del pueblo por do quiera.

A propósito enseña que no es la *boína* originaria de Vizcaya, como vulgarmente se estima. Vino de Escocia con el nombre que allí tiene; se aclimató en el ultra-pirineo y lo pasó, sustituyendo á los *chanos*, las monteras, los pañuelos aturbantados y los sombreros que él conoció en la infancia.

Saltando hojas á capricho, véase cómo pinta á los compañeros que la suerte le depara en el viaje.

«*Salida de Madrid.* Tomo el billete, escojo wagón. Temo que voy á ir solo. Me engaño. Invasión de bárbaros del Norte: entre ellos viene uno que quiere hablar francés, y que padece de *strabismus horridus*, es decir, que lastima el mirarlo, pues mientras con un ojo sigue la marcha del ejército inglés por el Afghanistán, con el otro inspecciona las pesquerías de lobos en la costa occidental patagónica. Desde luego podemos llamarlo Mister Beescough. Viene, al parecer, de empresario de una carretada de institutrices alemanas é irlandesas, todas ellas de poco pelo. La Gran Bretaña se apodera del wagón. Suena la trompa, y rápido se desliza el tren.

»*Pinto.* Célebre por su fábrica de chocolate, de poco cacao y mucha bellota, según los murmuradores, y por su torre de la Reina, que si se refiere á D.^a Blanca de Borbón, como aseguran, me hace sospechar si esta interesante señora tomaría abono de encerrona para todas las fortalezas que se alzaban en los reinos de su escamado y desamorado esposo. Mr. Beescough se encasqueta un gorro azul anilina *scotch fashion*.

»Breve parada en un descampado para que la máquina tome agua. Las hijas de las islas británicas bajan á hacerlas.»

En otro trayecto va en compañía de un español dormilón y de un francés de Metz, «que viajan *pour son agrément* y para consolarse de las vicisitudes de su patria, que ha pasado al dominio del Emperador Guillermo. Tiene las nueve cuartas, ha corrido la Italia, el Egipto, *Tunis, l'Algerie* y ahora *l'Espagne*; y sin embargo, *pas de consolation, il a perdu sa patrie, il a perdu sa nationalite!* Destapo una botellita de oloroso, doy una copa al español y otra al francés, y ¡oh mágico efec-

to! el francés cree divisar su patria perdida y el español cesa de dormir. Se entabla una conversación triangular en francés, y para coronar la fiesta se abre la segunda botella. En resumen, el francés, tan había hallado su patria, que clamaba aunque fuera por una nacionalidad de cuarta clase en la tierra que daba aquel vino, mientras que el español había perdido de tal manera la suya que en vez de apearse antes de Antequera, no lo hizo hasta llegar á la Peña de los Enamorados, y aun allí no lo hubiera hecho á no verme arrojar el último casco vacío.»

Más afortunado, otra vez se sienta al lado de un X barbudo y hablador, y enfrente de Elena y Enriqueta.

«Enriqueta parece bien con su saya negra, verde mantón y blanca nube; tiene un pie precioso (*oculi mei*). Elena es de pelaje indefinido, pero bueno; pie muy bonito, calzado como se merece. Es andaluza y viene de Pamplona. Simpatizamos. Me ofrecen una salchicha, con la que infestan el coche. ¡Parece mentira que una boca tan bonita coma cosa tan hedionda! Amanece con mucho fresco y con los caloríferos fríos, porque, según la científica y minuciosa explicación de un empleado del ferrocarril, el agua de los últimos caloríferos, como es ya la del fondo de la caldera, nunca puede estar tan caliente como la de la superficie. Elena se despierta con dos soles que ni los dobles de Flammarión.

»*Menjíbar*. Invasión de viajeros tuertos. Menjíbar indudablemente produce tuertos. Tuertos por babor, tuertos por estribor, y además en la portezuela un tuerto forastero con un gran cinto erizado de navajas enormes y toscos puñales, productos de la industria de la tierra. Cada tuerto dirige su único y exclusivo ojo á Elena, como VV. pueden suponer.»

También bosqueja los comensales en las fondas, aplicándoles, desde el momento, nombre adecuado á la figura ó traje, y calculando, con no menos prontitud, la vida y milagros de cada uno, por lo que les oye. Sirvan estos ejemplos del hotel de los Siete Suelos, en Granada:

«Mr. Andthe, nacido en Boston, la Athenas americana, hace más de un año que no se separa de la Alhambra; se dedica á pasear, y dice que habla francés y español. De lo pri-

mero da testimonio, expresando que *Di Bosc som de premió joviton del Espayn*, que yo calculo quería decir, *Les Basques sont les premiers habitans de l'Espagne*. En cuanto á lo segundo no cabe duda porque *los peteneros* son su canción favorita, y tararea:

» *Ya te dicha que no voyo
á la misa que ya va;
ya noveza, tú novezo,
ninia de mi carrasooó.
Ya noveza, tú novezo,
ni estamos con devociooó.*

» Mis Cantabile, á la que *tourne les feuilles*, el bostoniano cuando canta, es una joven sajona, de pelo negro, corto, partido por la mitad; traje negro, con mangas abullonadas, y cara de *phoca australis*, pero no desagradable.

» Enfrente se sienta la personificación del anticuario de Walter Scott, que viaja en busca de curiosidades, así como otros dos hermanos que tiene, lo hacen respectivamente en busca de pinturas y de mariposas. Ha recorrido minuciosamente la América del Norte y casi toda la Europa; está decidido á recorrer las cuatro partes del mundo, y en su *residencia*, á orillas del Loch Laghan, tiene un gran museo, en el que, entre un sin fin de preciosidades, se encuentran, por supuesto con su correspondiente auténtica, la mitad de la cuchara con que Marco Antonio comió sopas de ajo, la víspera de la batalla de Accio; tres clavos de una de las herraduras del caballo de Atila, y la peladilla de arroyo con que los suyos saludaron á Motezuma, por haber entrado en tratos con frailes y letrados.

» Una pareja hermosa sigue. El es nada menos que S. A. el Príncipe Karl de Butterwurzelberg-Trinkenwaldenbungen, heredero frustrado de su papá el Príncipe de id. id., á quien Bismark, en compensación de un vasto territorio de casi diez millones de milímetros cuadrados de que lo había desposeído á orillas del Báltico, hubiera ofrecido un flamante reinecillo expresamente *confeccionado* para él con unas cuantas tajadas de república hispano-americana, si nuestro pariente ó semi-

pariente Benito, que no estaba en escena y á quien nadie había dado vela para aquel entierro, no hubiera salido con la pata de gallo de fusilar á Max, deshaciendo así todas las combinaciones del gran Canciller, y lo que es peor, dejándolo envuelto en Príncipes cesantes incolocables. Ella es, ni un punto más, ni un punto menos que S. A. la Princesa María, Margarita, Sofía, Luisa, Amalia, Carolina, Augusta de Rothenklippenhoff-Brandenweinenbruk, hija del ilustre *marcgrave* de Kirschenwassersthalstein, uno de los más denodados campeones de las libertades del Deutschland.

»Esta pareja ha seguido las huellas del Príncipe de Gales en su excursión indo-económica, y aún lo ha excedido corriéndose al Sur hasta la *Terra australis incognita* de Quirós, país menos propicio aún que América, para Príncipes reinantes ó reinadores; ha perseguido la gacela en las nevadas crestas de las montañas de Nepal; ha desviado con tiro certero el salto terrible del anuloso tigre en la sofocante espesura de los llanos de Bengala; se ha codeado con los cocodrilos sagrados en las cenagosas aguas del religioso Ganges; ha escalado los más altos monumentos de la soberbia Delhi, y siempre en pos de nuevas emociones, pasando á la patria de los eucaliptos, ha sorprendido al rabudo Kangarú en las orillas del Murray; ha bordeado en la anchurosa y borrascosa George Street de Sidney y ha residido en un lindo *cottage* del Woolloomoolloo, de donde con rumbo á Hamburgo por las pirámides de Egipto y la Alhambra, ha dado en la fonda de los Siete Suelos, en la cual se lamenta de que habiendo venido á ver *the sigts of Granada*, se lo impidan el frío y la lluvia de consuno.

»El Príncipe está enamorado de su mujer, y hace bien; habla italiano castellanizado; la Princesa inglés salpicado de italiano, y un servidor de VV. un misto incalificable con gran dosis de alemán que excita la hilaridad de la Princesa. Me pidén noticias de Jerez, de cuya batalla y de cuyo vino tienen noticias, y con cuya memoria se relamen. El Príncipe casi envidia la suerte de los vencidos godos á quienes se figura casco en mano ahogando la vergüenza de su derrota en jerezano licor y se burla de la poca *potabilidad* del Duque

de Clarence, que fué á ahogarse en un simple tonel de malvasía...

»Me ha contado que esta mañana, estando asomado á la ventana, se acercó uno de los muchos chiquillos vagabundos que hacen continua guardia á la fonda y le pidió un *xabeco*, á lo que el Príncipe, que es enemigo de la molesta manía de pedir, contestó, extendiendo la mano, *¿eh perché tu stesso non me donnas á me un ciabecco?* No había concluído la palabra, cuando saliendo veloz de harapiento bolsillo y describiendo rápido parabólica trayectoria un conocido moruno, de bronceada tez, en que se dibujaba la simbólica estrella de Cartago, cayó en la extendida palma del admirado Príncipe. Yo, al escuchar la relación de este rasgo de hidalguía castellana, dije al Príncipe: *Eccovi, eccovi un tratto della galantería del pópulo spagnuolo!*

»Entran recién llegados que componen una trinidad: marido joven con facha de brocha de betún graso; mujer de cierta edad con aspecto de *lantucá* cerrado, y secretario ó mayordomo con aire de mariscal de población. *Brocha botánica* y *lantucá cerrado* han venido de la Habana con Martínez Campos. *Brocha botánica* no es licenciado de Cuba (lo creo; de lo que debe ser licenciado es de bodega). Viajan por *destruirse*. A él no se la pega nadie; porque él no es como esos licenciados... (Yo creo que me tiene por sospechoso, y que eso lo dice por si acaso. De lo que él debe tener cuidado es de no entrar ni por broma en ningún salón de limpia botas, porque si entra, de seguro lo meten en algún tarro de betún.)»

Más adelante añade:

«¡Mi ojo marino no me había engañado! Conocen los mozos al mariscal, que efectivamente es de población, y que después de haber ejercido y de haberse perfeccionado en la gramática parda, en la cual mereció la nota de sobresaliente por las academias más célebres, se retiró á una fonda de Sevilla donde desempeña las funciones de *courrier*, y donde los señores de Brocha le han tomado para que los guie é ilumine por este caos de *tomadores* y *timadores*. Gana tres duros diarios, casa y mesa; sirve de intérprete, batidor y escampavía;

desempeña las funciones de consejero, preceptor y secretario, y en caso necesario serviría lo mismo para sacarles una muela como para herrarlos á fuego.

»El señor de Brocha es algo bruto; ¡tampoco me había equivocado! Tiene no sé cuántos miles de duros de renta; viene de una ciudad de la Habana que no saben los camareños cómo se llama; siguiendo los consejos de sus paisanos, así que ha llegado á Cádiz ha tomado el tren de Sevilla, donde le han proporcionado ese *courrier* (es el término fonético), al cual envía por delante á prepararles alojamiento, y avisarles si hay moros en la costa, entendiendo por moro todo el que hable castellano y no jure que Filipinas está en la Habana. Viaja por deslumbrar á los hijos de *Belay-er-Rumí*, que ya sabe que así llamaban á D. Pelayo, su antepasado, los antepasados de los que fundaron la Alhambra; le gusta la sociedad extranjera, especialmente la de los *mericanos*, lo cual no obsta para que su exclusivo lenguaje se parezca bastante al gallego con algunas salpicaduras de agí, malamga y quimbombó. Piensa edificar un palacio morisco á orillas del Eu, Avia ó Sella.

»Madama Brocha no siempre fué *en-tout-cas plissé*; tuvo también su época en que hubiéramos podido llamarla *ombrelle épanouie*; hija única de un discípulo de Esculapio, que ejercía su arte en una de esas *vivas*, creció cándida como la azucena, suave como la malva, fresca como la lechuga; desechó el amoroso afán de varios mancebos de botica, porque sus pensamientos se elevaban muy por encima de la tintura de mirra y del extracto de orozuz; y cuando descabezaba ya el sexto lustro, encontró su media naranja en D. Cirilo, persona formal, alta, delgada y avellanada, que con su luciente levita prieta de alpaca, su jipijapa de increíble precio, y sobre todo sus zapatos de ante con cintas verdes, era el sueño y quitasueño de cuanta doncella atrasada y viuda no conforme, paseaba las asturianas vegas.

»D. Cirilo, que yo calculo que tenía alguna tienda mista allá por la Vuelta de Abajo, era un acérrimo defensor de la integridad nacional, que dejando allí á su socio, había venido á reconocer el terreno y á conocer á sus pocos parientes, que

se multiplicaban con su presencia y á quienes fácilmente convenció de que en la *Mérida* que él conocía no se daba el árbol de los fideos, y que de la caña no salía directamente la azúcar partida en cuadrados, pero á quienes le fué imposible persuadir de que un *habanero*, que era, como con gran satisfacción de él lo llamaban, no fuese capaz de sacar una onza de oro siempre que le diese la gana de hacerlo, metiendo el índice y pulgar derechos en el bolsillo del chaleco. Aburrido de esto, lió los trastos, recogió su mujer, y acompañado de su sobrino, mozo peludo por fuera y mantecoso por dentro, que sabía que las cuatro reglas consistían en sumar y multiplicar lo propio y restar y dividir lo del prójimo, se embarcó en la *Coruña* y dió con todo ello en el muelle de Caballería, de donde pasó á una vega de las inmediaciones de Pinar del Río, y después de iniciar á su sobrino en múltiples negocios, tuvo á bien pasar á mejor vida dejando todos los activos y pasivos á D.^a Paulina, quien luego de llorado suficientemente olvidó lo seco y avellanado del difunto por lo aguacatoso del sobrino vivo, que aunque zafio y tosco, era de la madera de que se hacen los marqueses, en uno de los cuales pensaba verlo convertido antes de mucho, aunque no fuese más que por dar en los hocicos á cierta gente de su pueblo.»

De estos esbozos hay abundancia en las memorias, sobresaliendo los de gitanos, *mozos cruos* y otra gente de calidad que Murga se complacía en hacer hablar largo, utilizando los antagonismos ó rivalidades de pueblo á pueblo, de que ha sacado gran partido, aplicando á la historia de cada uno lo que por la particular de los individuos puede conjeturarse. El personal de comedor y cocina no se escapa tampoco á su investigación, cuyo resultado de utilidad general es la experiencia de que en todas las fondas se ejecutan *ritornellos* sobre el conocido tema *Aux Pommes de Terre* ó el de *merluzzo*, merluza, *merlan*, pescada y pescadilla.

Nota con indignación la *aprietomanía* ó temor de no encontrar superficie en el planeta, que parece haberse apoderado de la generación presente. En todas partes gana partidarios el sistema de concentración y superposición que condena á

vivos y muertos á estrecharse y acomodarse sin luz, sin aire, sin árboles, abstracción hecha de los tubos capilares llamados patios, de algunos cipreses más ó menos martirizados y geométricos, y de tiestos de *evónimus* necesitados de *hiervo Bravais*. Del contagio no se han librado siquiera los eremitas de Córdoba, que allí en la Sierra tienen la ocurrencia de hacerse enterrar en nichos. Así mientras los españoles caminamos al ideal de los caseros, de llegar á componer un alfajor municipal, se construyen habitaciones como la que ocupó en el Hotel Victoria, de Málaga, que era del tenor siguiente:

«Entro por la noche en mi camarote; reina en la casa silencio sepulcral; sin embargo, oigo á mi lado unos *ruídos* análogos á los que sobresaltaron á D. Quijote en la madrugada de la aventura de los batanes; registro debajo de la cama, la cómoda y hasta el cajón de la mesa de noche, todo inútilmente; empiezo á creer que hay duendes, cuando unos extentóreos ronquidos me dan á conocer que no hay más duende que mi vecino, cuyos pensamientos estoy en disposición de oír, gracias á las propiedades acústicas del tabique que nos separa, lo cual no deja de ser divertido. Por la mañana temprano, el de la derecha, que por lo visto se va, me entera de los caprichos de Juliana, del parto de Juana, del noviazgo de Perico, de la camisa que le falta, todas cosas muy interesantes, y cuando después de mucho taconeo, ruido y conversación, creía yo haber entrado en un período de calma, una animada discusión me precisa á ponerme inmediatamente de punta y á pensar en mudarme, puesto que aquello es vivir en la oreja de Dionisio. Tiento el tabique por mi cuarto; es tabla empapelada; voy al que fué de mi vecino el doble roncador, el tabique es de lienzo igualmente empapelado; de manera que entre la tabla y el lienzo queda una especie de caja sonora que hace que lo de un cuarto se oiga en el otro mejor que si no hubiera nada intermedio. Ahí ven VV.; si el inventor universal, el sordo Edison, que pasó tantos años antes que la casualidad de ponerse á tentar la copa del sombrero le inspirase la idea del teléfono, hubiese sido aficionado á las pasas y se hubiese dado una vuelta por Málaga y los camarotes de su Victoria hotel, la huma-

nidad no hubiese estado privada tanto tiempo del provechoso invento.»

En la necesidad de abreviar, resumo el juicio que hace de las poblaciones.

Córdoba sobresale por la extremada policía domiciliaria; todo parece recién pintado, recién encalado y recién aljofifado; no le exceden los *dorfs* de Amsterdán.

Sevilla tiene lindos patios: no hay en Madrid jardines parecidos desde que el *elephas primigenius* dejó de pasearse por los bosques de *equiseta gigantea* que cubrían la actual plaza de Oriente.

Jerez salta de limpio, en lo particular, de un modo inconcebible para los nueve décimos de los castellanos españoles. Es tierra del vino, de los caballos y de las mujeres, tres cosas que, según los moros, pierden á los hombres. La descripción de las bodegas y de la Cartuja es digna de mención.

Cádiz decae: las calles tienen puestos nombres distintos de los que les dan sus habitantes, sin duda por embromar á los forasteros: las tiendas de montañés no son sombra de lo que fueron, aunque continúa sirviéndose en ellas *cabritiya*, *pesca-diya*, *cañaiya*, *rosquiya* y *manzaniya* sobre mantel propio para pescar camarones, con tenedores y cuchillos que en los efectos compiten con la espada de Bernardo. En cambio en lo que fué Apolo ¡qué de *veloses*, de *gases*, de *cafeses*, y de *jembras meneando los pieses!*

San Fernando ha prosperado. Hay gran mejora en el piso, sobre todo en la calle del Rosario; aquel rosario que debía tener cincuenta dieces sin las letanías.

En Medina Sidonia reseña la casa y la hospitalidad del Dr. Thebussem, sin echar en saco roto la huerta de Segarra, vulgo Cigarra.

Siguiendo al Puerto, Sanlúcar, Loja, Antequera, Alora, los Gaitanes, ve lo que nadie ha visto, refiere lo que nadie ha relatado; la mar de historias y chascarrillos, digresiones geológicas, pedreas de muchachos, cuentos de moros, recuerdos de cierto D. Ramón que no tenía pelo de nada sino de su peluquín; de un rubio de la ciudad por donde sale el sol; de un poeta y ex-ministro catalán; del gran Kan-Obbás, alter-

nando con los nacionales los extranjeros que los periódicos sancan á colación. Hallándose en la ciudad del TANTO MONTA en los días en que se verificó el último cónclave, inserta en los apuntes:

«Leo que el Cardenal Pecci tiene aspecto imponente y paréceme que los romanos no dejan de ser chuscos, pues que al saber la exaltación al Pontificado, murmuraban: *Non volevate del PANEBIANCO eccovi dunque dei PECCI;*» que es como si aquí dijéramos: «No queríais *pan blanco* ¿eh? pues tomad *melocotones.*»

Á las mujeres ofrece merecido y galantísimo homenaje, y por no repetirlo, pone en cabeza de capítulo la siguiente advertencia:

«Así como en el *Anuario de la Dirección de Hidrografía*, siempre que se trata de longitudes se suponen contadas desde San Fernando, mientras expresamente no se diga otra cosa, así en esta tierra y sus alrededores siempre que se hable de *jembras* de quince á cuarenta, es decir, que estén en la edad de tomar las armas, se ha de entender que son aceptables si terminantemente no se expresa lo contrario, porque es de notar que, tratándose de andaluzas, la no admisible es *rara avis natans in gurgite vasto.*»

De todo esto tengo que prescindir, pasando de largo, por tomar como muestra final algo de lo que refiere de Granada, por donde de lo demás se juzgue.

«Granada, dice, tiene magníficos edificios que se levantan de un basurero: aquello no es Andalucía, es una mezcla de todas las provincias que pertenecían al reino de Castilla al tiempo de la conquista; así es que hay un poco de Andalucía, otro de Murcia, mucho de Galicia, bastante de la Mancha y no poco de Vizcaya; todo ello igualado por el olvido de las propiedades detergentes del agua que brota hasta del empedrado, por la cristiana costumbre de tener cochinos apiolados á la puerta de la casa, á fin de alejar toda sospecha; por el aborrecimiento de la *aljofifa* hasta en su nombre y por la fabricación de aguas de todas clases. Actualmente se está formando en el suelo otro terreno parecido en su dibujo al de los *glaciales* y en su consistencia no muy deseme-

jante á los *kökingmoddings*, el cual dará mucho que hacer á los futuros geólogos si causas imprevistas no lo desbaratan, pues por regla general toda calle ó camino tiene por medio un manso arroyo de negro calamar, que se alimenta de delgados hilos que destila la parte inferior de cada casa, y además por una banda y otra pegada á la pared, se ve y huele en ella una no interrumpida serie de *coprolitos* en embrión, cuyo número está en razón inversa del de puertas; es decir, que á más puertas menos *coprolitos* (1), pero más caudaloso arroyo y viceversa. Los *kökingmoddings* refuerzan á veces los depósitos central y lateral; pero donde suelen adquirir todo su desarrollo, mientras alguna partida de cochinos ó piadoso colector de basura no intervenga, es en los ángulos triedros, zanjias abiertas, solares, etc., donde sólo en cáscaras de naranja, peladuras de higos chumbos, tiestos de puchero y zapatos sin suela, tapa ni tacón, suele haber una futura riqueza geo-arqueológica. Hay calles anchas y de centro convexo, que tienen el privilegio de dar curso á dos arroyos morenillos y aromáticos, uno á cada lado, en lugar del único en el centro, pues jamás han conocido madre, madrina ni madrona.

»En cambio hay abundancia de agua muy buena por todas partes, menos en las fuentes y sitios, al parecer destinados á ella, cuyos pilares, pilas ó depósitos suelen contener objetos raros, más ó menos secos, ó si acaso exigua cantidad líquida, de la consistencia y propiedades de aquella con que querían lavar las barbas á Sancho en casa del Duque.

»Los nombres de las calles están generalmente en abreviatura, en un pequeño azulejo, sobre el cual se pegan los carteles y otras cosas. A cualquier hora se sacuden esteras, alfombras ó vestidos desde el balcón, ó se arrojan aguas, y hay casas que *sallan* un pescante ó botalón, y cuelgan toda clase de paños, más ó menos chorreantes y pingantes.

»Entre las varias libertades de que se goza en esta ciudad, es la del peinado y matanza al sol. Ni peinadas ni peinadoras, ni los perros, borricos, gallinas y chiquillos se extrañan de ver forasteros; las primeras miran, los segundos se sepa-

(1) No supo que los granadinos los llaman *jazmines*.

ran, los cerdos se bañan en la nigritina que la solicitud municipal les depara, y los chicos piden un *chavico*.

»El Ayuntamiento granadino, en lugar de lavar la cara al señor Dauro y dejarlo correr con ella limpia por entre dos verdes escarpes ó ribazos, ha echado sobre él un velo, porque de esta manera gana una gran extensión superficial que, como VV. pueden figurarse, será terreno para levantar las consabidas torres en que nos enjaulan.

»¡Oh manes del gallardo Osmín! ¡Aquí, al pie de esta ventana, donde tú, pulsando la guzla, tan enamorado como impaciente esperabas que la rosada mano de tu prometida Gulnara, asomando apenas detrás de la celosía, te dejara caer una blanca flor de azahar, como premio á tus afanes; hoy un cerdoso cuadrúpedo, cuyos inmundos jamones prohibió el Profeta, previendo en su sabiduría infinita la futura *triquina*, gruñe amarrado á la pihuela, en la expectativa de que las mugrientas manos de alguna Tomasa le viertan encima la espuerta de la basura! ¡Nobles abencerrajes! ¡Solapados cegríes! ¡Valientes gomeles! ¡Discretos Venegas! ¡Apagad, apagad, y vámonos!»

Dicho y hecho: vase de las calles á la Cartuja, cuya iglesia y blanquísima nave, por lo bien rizada y encañonada, puede servir de pechera á Frascuelo; á la catedral, donde lee el edicto: *Nadie se pasee, hable con mujeres, ni esté en corrillos en estas naves, pena de excomunión y dos ducados para obras pías*; va todos los días y aun las noches á la Alhambra, comentando, ilustrando y ampliando á Hernando de Baeza, Ginés Pérez de Hita, Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal, Wáshington Irving y hasta al poeta Zorrilla, sin perdonar su salada crítica el libro moderno de Contreras. Examina el palacio, que titula cocina económica de Carlos el de Gante, y los pegotes puestos al alcázar de los Nazaritas. Dejémosle explicar:

«Contemplo un indiferente patio, en cuyo frente meridional se ve una reja abalconada ó balcón enrejado que, según unos, daba al guarda-joyas de D.^a Juana, y según otros servía para guardar á la misma Reina, apellidada la Loca, á causa de su excesivo amor conyugal, por los mismos que si

lo hubiera pospuesto á otros amores, hubieran dicho de ella que era una loca. ¡Vean VV. si es fácil atinar! Sigo mi camino por dicho corredor moderno, aunque con columnas árabes; llego al antecomedor de Carlos V, sala con chimenea, por estilo de algunas que he visto en Medina del Campo, y como ya voy siendo de casa y conociendo los rincones, cojo tras de la puerta del corredor una llave de fabricación española y abro la puerta de lo que fué *mihrab*, es decir, un sitio abierto al Oriente, en el cual los Sultanes, que por lo visto era gente madrugadora, esperaba la salida del sol y murmuraba la oración matutina, y de lo que más tarde fué peinador de la Reina D.^a Isabel Farnesio, si mal no me acuerdo.

»Dicho *mihrab*, al que ahora no conocería la madre que lo parió, era el tope de un esbelto minarete ó alminar completamente aislado y coronado por un lindo templete con agudas almenas; pero vino, según parece, Madama Felipe V y quiso también peinarse al sol, y con buenas vistas, para lo cual empezó por ponerlo en comunicación con las habitaciones de D.^a Juana la Loca, como hemos visto; pasó luego á medio rellenar los ajimeces; siguió remontando las almenas; continuó exornando lo que fué templete con pinturas pompeyanas y marinas; coronó su obra con un tejadito, y finalmente, para que nada faltara, y para entretenimiento de los futuros arqueólogos, puso en el rincón SO. exterior una blanca marmórea losa, llena de agujeritos, que comunican con un tubo, por el cual, según unos, subían flúidos compresibles, y según otros, bajaban flúidos incompresibles, si bien todos están conformes en que ya fuera suspirador aromático ó sumidor mingitorio, dicha augusta señora solía cobijarlo á menudo bajo su guarda-infante.

Este tocador ó peinador de la Reina, desde el cual se descubren las casas de Albaicín, las murallas árabes del Obispo andante D. Gonzalo, el barrio del Hajariz, multitud de cármenes y de tunales, la ermita de San Miguel, la alcazaba vieja, el Generalife, y al pie el aún cristalino Darro, fué durante largos años el sitio predilecto donde los que visitaban el alcázar y se sentían acometidos por esa fiebre de dejar su nom-

bre á la posteridad, lo consignaban, ya grabándolo en el duro mármol, ya rayándolo en el mas dócil estuco, ya valiéndose de todos los medios que le sugería la sutileza del ingenio; así es como las columnas, las repisas y las pinturas que cubren las paredes, recuerdan claramente la visita de los López, los Garcías, los Pérez, los Jones, los Brown, los Smith, los Meyer, y otra multitud de personas conocidas, tanto nacionales como extranjeras...

»Si han descansado VV., bajemos y vamos á la torre de la Cautiva, que contiene una preciosa jaula, en que más de una castellana ha cantado, si es cierto lo que cuentan las historias. Esta jaula, que deja muy atrás á las doradas, perdió en 1810 los artesonados, las puertas y el vestíbulo, merced al *elan* de nuestros traspirenaicos vecinos, y luego, durante muchos años, fué residencia del tío Miguel, que arrancaba los azulejos en que había versículos del Korán para aplicarlos á modo de cataplasma y con más ó menos éxito en muchas y variadas enfermedades, y que se comió las columnas de algunos arcos y ajimeces no se sabe cómo, pero á quien después de todo hay que agradecer el que no se hubiese metido á arqueólogo ni á buscador de tesoros.

»Cuéntase que una de tantas pájaras que con sus gorjeos animaron esta deslumbradora estancia, fué una D.^a Inés, procedente de una correría hecha en las orillas del Segura, á la cual enamoraba por lo fino un Mohamad, que bien podemos llamar Barbarrubia, puesto que, vista la predilección que su cautivadora cautiva mostraba hacia los rubios, había dado en enrubiarse con *alcatán* simple ó compuesto preconizado por los perfumistas de aquel tiempo. Como en este mundo no hay dicha completa, hé aquí que una noche en que cautivo y cautiva se hallaban sentados mano á mano y frente á frente, aunque á respetuosa distancia, y en que Mohamad, hecho un almíbar describía con frase elocuente la inextinguible llama de la pasión que lo devoraba, mientras D.^a Inés, de labio remangado, mirada torva y respuesta monosílaba, zurcía, á grandes rasgos, un rico pañizuelo que aquella misma mañana había desgarrado entre sus manos en un raptó, si no de verdadera, de *bien seante* indignación, un

embozado se desliza por la honda cava hasta el pie de la torre, ocultando sus formas tras la sombra de un mal trabado y al parecer no mejor traído palafren. El embozado arrima el oído á la pared como quien se pone á escuchar en poste telegráfico; oye rumor; es ella. Deja caer la capa; sube inmediatamente al abordaje por una pared lisa y tajada como la cara y la peña de Martos; se agarra á la columna del ajimez; entra bonitamente, sin ser visto ni sentido, y aplica de babor á estribor tan tremendo revés al amartelado, que le hace dar la volteleta, á tiempo que D.^a Inés, sobresaltada, levanta la cabeza, y exclamando ¡brutooo! se desmaya sobre el brazo del intruso, que además de ser algo de lo dicho, era también su hermano Rodrigo, llegado á la estancia con tan buena intención como poca oportunidad. Rodrigo no pierde tiempo; la asegura en el brazo; retrocede al ajimez, se desliza con más facilidad que á la subida; monta á caballo; mete espuelas, y antes que Mohamad haya podido sacudirse el polvo y asomarse á gritar ¡perro cristiano! arranca, y ¡adiós moro! ¡Ponme un granito de sal en la cola! No dice la historia si D.^a Inés hubiese dicho lo mismo, aunque se sospecha que de buena gana hubiera mordido á su libertador.»

Al despedirse Murga de la ciudad de Boabdil, un empleado de la estación, mal lector y peor matemático, con calma imponderable factura el baul, bastante aligerado desde que salió de Madrid sin exceso de peso: sin embargo, acercándose, le dice al oído que en atención á que es un caballero, no ha querido cargarle *tres kilos* que sobran. «Gracias, contesta nuestro viajero en la misma forma; en atención á ser V. un hombre honrado, pienso aplicar el importe de los tres kilos á misas para bien de su ánima.» Con esto, regresando á Córdoba á la hora de la danza macabra, escribía:

«Pues señor, en Granada hay mucho que oler y mucho que estudiar.»

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.



LA JUVENTUD DORADA ⁽¹⁾

LA NOCHE EN EL MOLINO.



EMIGIO, para llegar al cuarto que Barthez le había destinado, tenía que seguir el mismo corredor donde estaba el de Camila; no podía entrar sin que ella le oyera.

En efecto, media hora después, el joven caballero se encaminaba á él.

Más que nunca, Camila escuchaba evidentemente con la natural curiosidad de una niña inexperta; sin embargo, á esa edad suelen ser precoces.

¿El Barón sabía que este cuarto tocaba con el suyo?

A fin de asegurarse pegó una oreja contra el tabique. ¡Horror! El que hacía poco le comparaba con un héroe de la Edad Media, venía á acostarse trivialmente.

¿Por qué esta indiferencia, bien natural, hizo subir á su frente el rojo color de la cólera? Ella misma no se daba cuenta.

Sin embargo, ella hubiera querido llamar la atención de su vecino, hacerle saber que estaba cerca de él.

Buscó mil combinaciones á cual más locas. La mejor y la más fácil fué la última que se presentó.

(1) Véase la pág. 303 de este tomo.

Tocar su guitarra y cantar, acompañándose.

Jamás había cantado delante de un extranjero.

¿Con quién mejor podía ensayar el encanto de su voz que con un desconocido?

Mientras más cansado esté, tendrá más mérito tenerle desvelado.

Cogió su guitarra, dando libre carrera á su voz espléndida, y comenzó un rondó de Clemant Marot, que estaba muy en boga en esa época. Jamás había cantado con tanta alma, nunca su voz tuvo inflexiones tan tiernas.

Al fin de cada estrofa, y ejecutando el *ritornello* que le habían enseñado, escuchaba.

No había terminado el primer trozo, cuando oyó al Barón levantarse de la cama y dirigirse á la ventana, que abrió, sin duda para ver de dónde venían esos sonidos armoniosos.

Animada por este primer éxito, ella desgranó sucesivamente muchos aires, y terminó por una romanza española que le habían enseñado recientemente.

Desgraciadamente, si ella tenía la potencia del órgano, carecía del acento español, de manera, que desnaturalizaba las palabras y las pronunciaba mal. Así fué interrumpida por dos puñetazos dados precipitadamente sobre la pared, mientras que Remigio gritaba:

—¡No es eso! ¡no es eso!

Ella se detuvo en seguida.

—¿Quién está ahí?—preguntó ella con una sorpresa admirablemente fingida.

—Yo, el Barón de Montbrún.

—¡Ah! dispense, señor—dijo Camila con una sonrisa irónica,—no sabía que estabais tan cerca de mí.

—No sintáis nada, señorita, porque sois la hija del molinero, y os conozco ahora; me habéis hecho oír la voz más fresca que yo conocía; y es lástima que estropeéis las deliciosas palabras que yo he detenido sobre vuestros labios.

—¿Conocéis, pues, esta romanza, señor?

—Sí, señorita.

—¿Es que cantáis?

—Un poco.

—¿Acompañando con la guitarra?

—Yo rasco pasablemente, señorita.

—¡Ah! señor, ¿por qué no lo habéis dicho antes en vez de buscar quimera á toda la casa? Yo os habría rogado que me cantarais esa romanza.

—Nada más fácil, señorita. ¿Vuestra ventana da á la plaza?

—Sí, señor.

—¿Está al lado de la mía?

—Se tocan.

—Entonces abrid: voy á pasar mi espada, usted atará su guitarra: yo cantaré, y os enviaré el instrumento por la misma vía. ¿Está convenido?

—Sí,—dijo gozosamente Camila.

Dicho y hecho.

En seguida oyó que él preludiaba con una habilidad que la asombró. Luego cantó á su vez, dando á las palabras el sentido y acento que ellas pedían.

Camila no se daba cuenta de lo que le pasaba. Ella, queriendo llamar la atención de Remigio, estaba encantada.

—¡Ah! ¡qué lástima que se vaya mañana!—suspiraba en voz baja.

Remigio callaba.

—Tened la bondad de recobrar vuestra guitarra.

Y el instrumento pasó, sin tropezar, por el mismo camino peligroso que antes había seguido.

Mas las dos ventanas estaban abiertas, y ellos asomados.

—¿Os han traducido en francés esta romanza?

—¡Jamás! señor.

—¿Queréis que os la escriba?

—Con mil amores, señor; pero temo abusar.

—¡Oh! No temáis—protestó vivamente Remigio,—estoy á vuestras órdenes.

—Pues bien, acepto.

—Dentro de un cuarto de hora estará hecho, señorita.

Apenas pronunciadas estas palabras, llamaron á la puerta del cuarto de Camila. Esta conversación á través del tabique, este cambio de rondós y de romanzas habían despertado al molinero. Iba á ver lo que eso significaba.

Su hija le confesó francamente lo que había pasado. Barthez se enfureció y la amenazó con enviarla á dormir con su madre. Camila se excusó como pudo. Había olvidado que el Barón estaba en la pieza inmediata; no le había oído entrar... creía poder entregarse á su diversión favorita. Mas prometía callarse, tanto más, porque se caía de sueño.

El molinero se retiró bien convencido de que su hija era blanca como el cordero pascual. Mas cuando cerró la puerta, ella echó el cerrojo y corrió á la ventana, suponiendo que Remigio haría lo mismo. No se equivocaba. Al cabo de algunos minutos, le pasaba silenciosamente un papel que había puesto sobre la punta de su espada.

Camila se acercó á la luz, abrió el papel, y se puso roja como una cereza.

Seguramente Remigio, cuando entró en su cuarto, no esperaba cantar mucho á través del muro, ni que sirviera la punta de su espada de correo por las ventanas abiertas.

Se había prendado de la belleza de Camila, de su gracia, de su distinción; pero no podía menos de reflexionar: ¡Cómo! ¡La molinera del Molino-Galante había aprendido la música y el canto!

Una imaginación de veintitres años, sobreexcitada por la fatiga, acostumbrada á las innumerables peripecias del camino, va de prisa en semejante circunstancia.

Remigio resolvió aprovechar una ocasión tan rara.

La candidez de la joven se prestaba admirablemente al proyecto que había concebido.

En seguida desató una hoja de sus tabletas, sobre la cuál escribió, palabra por palabra, la romanza española; cuando hubo acabado el primer texto, se puso á colocar la traducción en interlíneas que había guardado.

Terminada su tarea, hizo pasar á Camila esta elucubración, que esperaba con impaciencia.

La muchacha leyó ávidamente; pero desde las primeras palabras, un púdico rubor subió á su rostro.

Véase, en efecto, cuál era la traducción de la romanza:

«Es la primera vez que os veo, señorita, y, sin embargo, mi corazón se siente atraído por no sé qué atracción magné-

tica. Yo no trato de sustraerme á la dulce tiranía que sufro. Encuentro amándoos un encanto que no sospechaba todavía. Este sentimiento que me domina, no sé definirlo. ¿Es el amor? Yo así lo creo; mas ¿qué me importa el nombre, con tal que tenga la dicha de saber que participáis de esta impresión? Sí, mi bella señorita; veros, amaros, será desde ahora el único anhelo de mi vida; me siento capaz, por poseeros, de afrontar todos los peligros, de triunfar de todos los obstáculos. Por poco que me ayudéis, la victoria me será fácil.»

Por la primera vez, Camila sintió la travesura que había hecho. Así, aunque la traducción fuera fácil, resolvió cortar la correspondencia que Remigio había organizado. Prudentemente cerró las vidrieras de su ventana. Aun no estaba tranquila. ¡Un caballero que había tomado por asalto un molino, defendido por un molinero, tres mozos y veinte caballeros!

Se acostó firmemente decidida á dormir. Mas, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo encontrar el sueño que buscaba.

Dejemos á Camila cavilando, y veamos lo que pensaba Remigio.

III.

CAMINO DE PARÍS.

Preténdese que la noche lleva consejo. Así debe ser, porque Remigio, cuando se despertó la mañana siguiente, pasó revista á los acontecimientos de la víspera, y parecíale que había salido del paso mejor que merecía.

En fin, cuando la imagen de Camila vino á presentarse á su memoria, se convenció de que había procedido muy ligeramente con aquella joven.

Evidentemente ella se había apercebido del ardid á que había recurrido, so pretexto de traducción.

Su silencio probaba que estaba ofendida de la impertinencia que Remigio había cometido.

En otras ocasiones, durante su viaje, se había aprovechado. Esta vez, casi tenía remordimientos. Así, en el momento de salir, desgarró una segunda hoja de sus tabletas, sobre la cual trazó una palabra. Al pasar delante del cuarto de Camila, para bajar al patio, deslizó el trozo de papel debajo de la puerta, y continuó su camino.

La muchacha había dormido muy mal. A pesar del legítimo coraje de que estaba animada, la cara del joven Barón la había perseguido hasta en los cortos instantes del sueño que había gustado. Oyó á Remigio levantarse, proceder á su *toilette* y abrir la puerta.

—¿Qué va á hacer?—se preguntaba.

Apenas había acabado de hacerse esa pregunta enigmática apercibió el papel.

—¡Aún!—dijo frunciendo terriblemente las cejas.

Camila estaba furiosa por la audacia del caballero, y lo hubiera estado más si se hubiese ido sin dar señal de vida.

Se había jurado no recoger el billete, que no perdía de vista; pero, á medida que Remigio se alejaba, sentía fundirse su gran cólera y desvanecerse su heroica resolución.

Levantóse de la cama aceleradamente y se dirigió con los piés desnudos hacia la puerta.

Entonces, después de haber recogido con la precipitación de un ladrón el papel que le quemaba las manos, volvió á su lecho, abrió el billete, leyólo, y su rostro irradió.

Sólo decía: ¡Perdonadme!

A Camila le pareció que esa palabra contenía una serie de excusas y promesas nuevas.

—¡Qué pronto se ha ido!..—exclamaba;—pero si no me quisiera no habría hecho esa manifestación y aun la intención de volver.

Levantóse nuevamente, corrió á la ventana y entreabrió las persianas. En el momento en que se atrevía á mirar por una hendidura que había preparado, apercibió á Remigio que se volvía, saludóla cortesmente y con gracia y se perdió pronto bajo los árboles que sombreaban el camino. Camila se vistió; estaba triste, no se daba cuenta de lo que pasaba en ella; mas le parecía que alguna cosa le faltaba.

LUIS XIV.

Tan antipático le era Mazarino, que, lejos de sentir su muerte, se alegró, porque entonces comenzó á ser Rey.

La Reina madre, entregada á sus devociones, no se ocupó más de los asuntos del Estado. Hizo bien, pues su hijo no lo habría consentido. Mazarino, hablando de él, dijo: *Hay en este Príncipe materia para cuatro soberanos y un hombre honrado.*

Si era exacta la definición, vamos á verlo. Había el Rey presidido el Consejo en vida del Cardenal; cuando por primera vez se encontró entre ellos, les echó el siguiente discurso: «Señores: Os he reunido para deciros que si hasta aquí quise dejar al Eminentísimo Cardenal el despacho de mis negocios, tiempo es que yo me encargue de ellos: me ayudaréis con vuestros consejos cuando os los pida; mas el sello corriente, os ruego y mando, señor canciller, no sellar nada, ni un salvo-conducto, ni un pasaporte sin orden mía.

»A vosotros, mis Secretarios de Estado, prohíboos que echéis una firma sin mi permiso. Daréisme cuenta diaria de cada cosa, y os encargo no favorezcáis á nadie en vuestras listas mensuales. Todo ha cambiado; otros serán mis principios de gobierno, tanto en Hacienda y demás negocios que constituyen la gobernación del Estado, como los del extranjero, ó sean las negociaciones con los demás países.

»Ya sabéis, señores, mis intenciones, mi voluntad: tócaos ahora cumplirlas.»

Después de esta alocución, no es extraño, sino muy natural, que exclamara en plena Asamblea de los Estados generales: *El Estado soy yo.* Monarca absoluto hasta lo sumo, en su época sobraba la iniciativa que faltaba á Luis XIII, y su ardiente temperamento y consiguiente inclinación amorosa completaban el contraste.

Hombres como él, con sus cualidades, pueden ser buenos, excelentes padres de familia; maridos fieles, jamás.

María Teresa, bella y agraciada, cautivó á primera vista á su esposo, que, orgulloso, ufano, la mostraba á la inmensa multitud que se apiñaba en calles y plazas, el día en que, con gran pompa, entró en París la gentil pareja; jóvenes, hermosos, excitaron grandísimo entusiasmo. Luis XIV, cabalgando al lado de su esposa la Reina, sentada en un carro antiguo ricamente adornado, hacía una gallarda figura.

Terminadas las fiestas con que, no sólo la corte, sino las corporaciones civiles, las tropas, el pueblo entero, celebraron el acontecimiento, María Teresa, aconsejada por su confesor fray Antonio Vázquez, franciscano muy severo que sin cesar predicaba contra la juventud que S. M. tenía á su servicio (el cuarto de las camaristas era especialmente el tema de sus amonestaciones), hízose devota.

Esa estancia no era, en verdad, el santuario de Vesta: reuníanse un enjambre de beldades aguijoneadas por las seducciones de la corte; lo que podía suceder entre ellas ó con los caballeros, pajes y mosqueteros que allí se deslizaban, no era prenda de seguridad para el severo monje.

Así las cosas, no asistiendo casi nunca la Reina madre, cuya devoción aumentaba cada día, á las reuniones que había ya en el Palais-Royal, su residencia, ó en casa de la condesa de Soissons, donde acudían las personas más distinguidas, imitándola frecuentemente María Teresa, cuya timidez no era á propósito para hacer los honores en una corte alegre, aturdida, juguetona, ávida de emociones, aquella sociedad no se animaba con su presencia; rara vez cenaban y, en otro caso, hasta que se despedían no había las frases graciosas, chispeantes, verdes, que no inflaman menos que el champagne que las inspira. Luis XIV solía tirar la servilleta después de un festín y disponer un baile que duraba hasta la mañana. Al salir de estas orgías reales, los jóvenes señores iban, por gusto, á pie hasta su casa, rompiendo al paso vidrios, muestras de las tiendas, pegando á los transeuntes: todo con grandes carcajadas que repiten las víctimas, mal que les pese.

Importada en Francia la costumbre española de cenar la *noche buena*, sucedía también que á altas horas, los comensa-

sales, desde los salones se repartían en jardines alumbrados por algunas antorchas, que se apagaban en seguida. Diver-tíanse de varias maneras; jugando á las cuatro esquinas en grandes y pequeños grupos, extraviándose no pocas parejas.

Cuando la galantería es la esencia de las relaciones, la buena armonía no puede durar mucho; á los pocos días se notó frialdad entre las personas que concurrían al Palais Royal y á las Tullerías; se comprende: en una parte se reza-ba, en otra se reía y algo más. Las frecuentes visitas que el Rey hacía á Saint-Cloud, residencia de su hermano, dió lugar á murmuraciones; sospechábase que iba por Enriqueta, la viuda de Carlos I, casada en segundas nupcias con él.

Como el amor y el dinero ocultarse no pueden, pronto se supo por quién iba.

Luisa de la Valliere, una de las camaristas de la Delfina, enamorada secretamente de él, decía con frecuencia á una de sus compañeras, Mlle. d'Artigni: «¡Qué amable me parece el Rey! ¡lástima que sea de tan elevado rango!» Divulgado el secreto, llega á los círculos de la corte; embroman á S. M.; naturalmente, deseó conocerla, vióla, y sin quedarse atónito, deslumbrado, le gustó.

Era rubia, muy blanca, un poco marcada de viruelas, boca grande; pero sus labios rojos encuadraban unos dientes per-linos y bien unidos; de mediana estatura, delgada, su gargan-ta, sus brazos no prometían mucho. Así, pues, la impresión que causó en el Rey, su triunfo no lo obtuvo por la hermosu-ra, sino por su amabilidad, su viva inteligencia, su instruc-ción, que eran verdaderamente un prodigio. La primera con-versación que tuvo con S. M. en la antecámara reveló sus brillantes cualidades... El sentimiento de gratitud que le mo-vió á ver á la camarista trocóse en amor.

Crece la llama amorosa como las de voraz incendio; si á éstas las impulsa furioso aquilón, no es menos violento el huracán de las pasiones. Menudearon los viajes á Saint-Cloud, reprodujose el rumor de que hacía la corte á su cuñada, quan-do sólo breve rato permanecía con S. A. R., mientras horas enteras estaba en la antecámara ó en el cuarto de las don-cellas de honor. Al cabo de tres semanas de dulces coloquios,

Luis XIV, más tímido con esa mujer de humilde cuna que lo había sido con las Princesas, sabía que era amado; el precioso sí era el único trofeo obtenido en su galante campaña.

Paseábase en los bosques del castillo, triste, pensativo; el eco, el timbre de una voz que resonaba dulcemente á su oído, hízole detenerse, se acercó á un emparrado de donde salía, púsose á escuchar y oyó un diálogo encantador. Las que hablaban eran las Stas. de la Valliere y d'Artigni. Creyendo que no estaba tan cerca de su galán, se explicó de tal suerte, que el Rey, no acostumbrado á dominar sus pasiones, se presentó súbitamente, y cayendo á los pies de su amada, hizo mil protestas y juramentos. Asustadas las dos muchachas de tan brusca aparición, ruborizáronse luego porque las habían oído; una vez tranquilas, Mlle. d'Artigni, demasiado bella para desempeñar un segundo papel, se retiró poco á poco. Esta ocasión sirvió para comunicarse sus mutuos sentimientos; nada más, á pesar de que S. M. estuvo exigente. Después de dos entrevistas, igualmente honestas, á la tercera sucedió lo que debía suceder: Luisa de la Valliere era querida del Rey.

La felicidad de los amantes, ignorada durante tres meses, fué completa; pero á la calma sigue furiosa tempestad: una mujer celosa reveló el secreto; llena de ira, la princesa Enriqueta armó un escándalo; no contenta con irse desde Fontainebleau á Saint-Cloud, sin despedirse del Rey, ni de las Reinas, ni de su esposo, quejábase á gritos de que S. M. hubiera preferido á ella una mujer oscura, fea, flaca, coja, etcétera, etc. Excitada por Mme. de Soissons, que había perdido más que su alteza real, según ella misma declaraba, acudió á las Reinas denunciando la intriga de la Valliere.

María Teresa era dulce, pero se irritaba cuando se trataba de las queridas del Rey; así, recriminaciones, reproches, dictorios, como mujer perdida, sucia y otros más crudos, llovieron sobre la infeliz; Ana de Austria añadió, con toda la acritud de un alma devota encolerizada, numerosos sermones razonados con terribles amenazas. Humillada, inconsolable, hecha un mar de lágrimas, se metió en el primer coche que hubo á mano, y se fué al convento de Chaillot. La

abadesa, muy avisada, se apresura á abrir sus brazos á esta pecadora llena de dolor; cerró tras ella la verja del claustro.

Apenas supo Luis XIV la ausencia de su amada y las causas á que era debida, montó en cólera, trató sin ningún miramiento á la Reina é inmediatamente se fué á Chaillot; aunque algunas ancianas monjas, que no se curaban de agradar á los poderes terrestres, quisieron detener á S. M. á la entrada del locutorio, la superiora, más cortesana, convencida de que todo debía ceder al toque del cetro, se lo permitió. Bien ajena estaba la infortunada Luisa de que su augusto amante iría á buscarla á aquel sagrado recinto. Casi resignada, su alma cándida, creada para las dulces impresiones, se inclinaba á esa tranquila felicidad, creyendo que la oración le haría olvidar las pompas y vanidades mundanas.

Confuso rumor de pasos y de voces se oyó en el corredor, resonando sobre todas la del Rey; su eco, como mágico conjuro, hizo latir su corazón: á la divina gracia sucede, ó, mejor dicho, vuelve el amor profano. Sin embargo, cuando S. M. le dijo que iba por ella, suplicóle encarecidamente la dejase en su santo retiro, alegando que temía las iras de la Reina.

—La Reina—repitió S. M.—sabe que eres súbdita mía... Su ira no estallará.

Como aún insistiera, el Rey apeló á su soberana autoridad.

—Señorita, os he rogado que me sigáis; ahora os lo mando. No había más que ceder; entraron en la carroza real y marcharon.

Viendo que iban al Palais-Royal, se puso temblorosa; apercibióse el Rey, y la tranquilizó con estas palabras: «Des-cuidad, seréis recibida como merecéis.»

Llegados al Palacio, fueron en seguida al cuarto de la Princesa.

—Señora—dijo el Rey con tono cortés, pero imperioso;— os recomiendo mucho á esta señorita.

—Sí, señor—contestó Enriqueta,—la miraré como hija vuestra.

Entre los individuos que más figuraban por su lujo y vi-

ciosas costumbres en la juventud dorada, descollaba Fouquet, superintendente de Hacienda; á esto debió caer en desgracia. El Rey, á quien Mazarino había enseñado á no ver la grandeza más que en las pompas del trono y en la sumisión de los súbditos, no soportaba una rivalidad de fausto y de brillo; Colbert, cuyo espíritu reformista y económico no veía sin gran disgusto sus prodigalidades sin fin, su inútil y mal empleada generosidad, que aumentaba la penuria del Estado; Colbert, sometió á Luis XIV sus proyectos para aminorar las cargas que se imponían diariamente á la nación. El que quiere llegar á lograr un fin que se ha propuesto, no puede siempre escoger los medios. La escrupulosidad con que examinaba, por orden del Rey, las cuentas del superintendente, requería los justificantes que probaran en qué se habían invertido ciertos caudales; el resultado de sus investigaciones no fué, ni podía ser, favorable á Fouquet.

Para celebrar el nacimiento del Delfín, dió el mal aconsejado una magnífica fiesta en su castillo de Vaux; nunca se había visto nada tan rico, brillante, deslumbrador; el mismo Rey se asombró, llevólo muy á mal, naturalmente; pero cuando uno de los señores que le acompañaban le hizo notar la divisa esculpida en la monumental fachada del palacio: *¿Quo non ascedam?* S. M. se indignó. Pero á los pocos días y encerrado en la Bastilla, registráronse sus papeles.

Lo más curioso y propio de este libro fué: primero, entre los documentos oficiales una lista de los cortesanos á quienes pagaba asignaciones, que ascendían todas á cuatro millones cada año; segundo, un diario en que estaban inscritos cuidadosamente por sus nombres y apellidos todas las chicas ó mujeres de clase que había seducido. En ese registro mencionábanse, no sólo el día en que sucumbieron, sino las sumas invertidas para rendirlas. También se encontró un cofrecillo lleno de cartas de amor, de retratos, mechones ó trenzas de cabellos, negros, castaños, rubios, etitequetados con un orden que el Ministro no demostró más que en esto.

Artaguán, encargado de guardarle bien á pesar suyo, mosquetero, joven y galante, prefería servir en el *Louvre*, que le ponía diariamente en contacto con encantadoras mujeres.

Sabido es que Luis XIV no podía ser fiel; mas su constancia parecía aquilatarse con la Valliere; sin embargo, si la llama que inflamó su corazón no fué pasajera, extinguióse un día: su carácter y temperamento no se prestaban. La Marquesa de Montespán, amada al mismo tiempo que ella, señal fué de la desgracia de aquélla. Aunque S. M., según declaró á su nueva favorita, no podía ni quería romper los lazos que le unían á la pobre Duquesa, mandándole que viviesen juntas.

Las dos rivales sonreían delante de gentes y se detestaban en secreto. La fresca hermosura de la última gustaba más al Rey; pero la dulzura, la resignación de Luisa, contrastando con los bríos de la otra, equilibraban la balanza.

Poco duró; aunque Luisa se doblegaba hasta el punto de adornarla con sus propias manos y pie, ella decía á todo el mundo que no se hallaba á su gusto si la Valliere no había dado su última mano: la ingrata, traidora, calumniadora, insinuó que el Conde de Vernandois no era hijo del Rey, sino de Lauzán. Creyólo como cree todo amante, ciego de amor, lo que dice el objeto amado, y la confinó en un convento, separándola de sus hijos.

Lauzán no era un Adonis, ni mucho menos; pero tenía un *no sé qué* que seducía: la Duquesa de Montpensier, prima ó tía del Rey, le adcraba y él la maltraba hasta el punto que una vez, estando ella sentada en el suelo y él paseando por la estancia, la pisó un pie,

—¡Ay!—gritó ella.

¿Cree el lector que la consoló? ¡No! Lejos de eso, le dijo:

—Vos me habéis hecho sufrir, sin hacer caso de mis lamentos, ¡aguantaos!

Ni por esas rompió con ella: hay mujeres á quienes el mal trato las cautiva.

Lauzán, engréido con su próxima grandeza, en vez de apresurarse á clavar la rueda de la fortuna, quiso que la nupcial ceremonia se celebrase con gran pompa; los días que perdió haciendo preparativos, aprovecharonlos el Príncipe de Condé y su hijo. Echáronse á los pies del Rey, hiciéronle ver cuán deshonoroso sería para la real familia ese matrimonio; hirie-

ron, en fin, el punto vulnerable de Luís XIV, y la boda no se hizo.

La Marquesa de Montespán, belleza de primer orden, reunía á sus encantos físicos un peregrino ingenio, rica imaginación, elocuencia, escogido, brillante lenguaje, lleno de imágenes; un tanto libre, cínico á veces, pero que lejos de chocar, hacía gracia. Naturaleza ardiente, su mirada irradiaba lujuriosas chispas; era, sin embargo, muy religiosa, tenía cabal noción del deber cuando el juicio se sobreponía á los sentidos; un misterio, un enigma, como toda mujer, sin lógica, como todas; pero así y todo, sorprendió á la corte un rasgo, no común, excepcional.

La Montespán, rogando á su marido que la saque de la corte si ha de salvar su honra, después de haber pecado, es caso raro; no se curó él de complacerla, y mal le hubo, como á todo aquel que no se atiene á la máxima:

*Ce que femme vent
Dieu le vent.*

Cuando acordó, ya era tarde; sus gritos escandalizaron, divulgando su deshonor más y más; no contento con eso, fué á la corte en una carroza cubierta de paños negros; él también vestía de luto; era de cuerno la caja del vehículo. Como el Rey le preguntara por quién llevaba luto, contestó: —Por mi mujer, señor. Volvióle S. M. la espalda, y aquella misma tarde le desterró á uno de sus castillos, pero á él solo; la Marquesa permaneció en la corte.

Llegado al punto del destierro, el tesorero de la provincia le entregó 200.000 frs. en nombre del Rey; tomólos, y es fama que recitó este verso del drama *Amphitryon* de Molière:

Le seigneur Jupiter, suit dorer sa pilule.

Permaneció tranquilo en su castillo, cazando y divirtiéndose con otras mujeres, sin pensar más en la suya, que continuaba en relaciones con el Rey y con otros; el Monarca tampoco era fiel ni mucho menos; al mismo tiempo cortejaba á María de Mancini, sobrina de Mazarino; su pasión era una

de las más locas; inspiróle, cosa rara, un afecto puro, inocente, romántico; abandonada, alejóse llorando; llega á Italia y se consuela: se casó con el condestable Colonna, joven, amable ideal. Hizo en Roma una vida divertidísima. Bailes, comedias, cabalgatas, comidas en el campo; su marido nada le negaba, contraviniendo á las usanzas serias de la sociedad romana. Pero las travesuras y extravagancias de María de Mancini llegaron á escandalizar; hiciéronse caricaturas de ella, se pusieron pasquines; riñó con su esposo, escapóse por suerte de las galeras del condestable y se fué á los corsarios turcos; arribó así á Francia, é invitada por el Rey á irse á un convento, salió para Saboya, luego á los Países Bajos, donde fué arrestada por requisitoria del condestable. Pidió entonces venir á Madrid. Tenía á la sazón cuarenta años, pero no era más juiciosa. Tomó un amante horrible y que no hacía caso de ella, que quería hacer creer á una amiga suya (1) que era agradable y que tenía algo de gracioso en los ojos. En esto, su esposo la hizo encerrar en el Alcázar de Segovia, de donde se escapó, refugiándose en casa de su cuñada la Marquesa de los Balbases; después, temiendo ser entregada á su marido, fué á pedir un asilo á la Embajada de Francia; reprendida por la Marquesa de Villars y retrotraída á la casa de la de los Balbases, pidió que fuese desterrada.

Muerto Luis XIV, sucedióle su nieto Luis XV, joven, casi un niño, por lo cual, y estando el caso previsto, hubo de encargarse inmediatamente del gobierno de Francia, durante su menor edad, el Duque de Orleans, cual si los hados hubieran dispuesto demostrar al mundo que las aventuras galantes del difunto Rey no eran, ni mucho menos, el colmo á que llegar podían esos extravíos. Apuesto y gentil caballero, modelo de elegancia y de cortesía, valiente, generoso hasta la esplendidez, lleno de gracias, de talento é imaginación, en fin, un sér, un hombre de esos destinados á brillar en primera línea, aunque no fuera Príncipe, ni Regente.

Colocado, pues, en tan elevadísima posición, tendría necesariamente más ocasiones de pecar, más tentaciones, á las

(1) La Marquesa de Villars.

cuales no pudo resistir, hemos de convenir, y, en efecto, sucumbió siempre, es la verdad. Rodeado de numeroso séquito, la más selecta parte de él, esto es, la juventud dorada, le acompañaba en las famosas cenas con que solía obsequiar á las mujeres más hermosas y menos difíciles de aquella época clásica de la moderna galantería, á esas mujeres de la Regencia, erigonas desmelenadas, embriagadoras heroínas, encanto, animación de las orgías del Palais Royal y de las saturnales del Parque de Monceaux. A estas mansiones del placer iban lo mismo nobles damas que otras, cuya sola ejecutoria era la belleza, cualidad inapreciable, prestigiosa que en amor ha sido siempre y es la mejor, la primera de todas.

Llegado á su mayor edad, S. M. cristianísima, el Rey Luis XV, lejos de inaugurar su reinado abriendo una nueva era regeneradora de las costumbres, siguió las huellas de sus augustos antecesores, obedeciendo á los impulsos de su ardiente temperamento, á las lecciones que había recibido en la escuela del Regente, su tío, acaso imbuído en el espíritu epicurista de su época, ó quizás porque presentía la gran revolución de 1789, tremenda borrasca, horrible tempestad anunciada ya: primero, por una presión atmosférica, nunca hasta entonces sentida en aquella sociedad; luego, por ligeras nubes, que se divisaban allá muy lejos en remoto horizonte de cuando en cuando, nubes oscuras de esas que ora aparecen, ora se esconden tímidamente, no con esa timidez de la tórtola azorada huyendo del cazador, ni con la alegría de las golondrinas saludando gozosas las costas de Europa, cuyo templado ambiente buscan ansiosas esos pájaros, condenados á una vida errante por su delicada naturaleza; ¡misterios de la Creación! nacidas en la zona tórrida, necesitan, sin embargo, una dulce temperatura; sino como aparecen los buitres, cerniéndose en el espacio sobre un campo que será pronto de batalla, mucho antes de que los ejércitos beligerantes estén á distancia de cañonearse. Induce á creer posible tuviera ese presentimiento la respuesta que daba cuando alguien se atrevía á hablarle del porvenir: «sí, lo veo; mas yo puedo aún permitirme estos devaneos, y después de mí el diluvio.»

Era tan veleidoso é insaciable, que la única mujer con quien fué constante, la Marquesa de Pompadour, lo debió, no al mágico poder de sus encantos ni al dominio que ella sola ejercía en el ánimo del Rey, sino á una tolerancia sin ejemplo; la historia del amor no registra, que sepamos, otra alguna caya vanidad, prescindiendo de todo otro sentimiento, consintiera rivalidades sin cuento á sabiendas primero y llegando luego, al fin, á intervenir indirectamente en las intrigas amorosas de su real amante. Ella le conocía bien: impresionable, vehemente, su temperamento ígneo arrebatábale al extremo de creer figurarse que cada uno de sus infinitos caprichos era una pasión; engañábase, y desilusionado, volvía á los brazos de su amiga, cuyos halagos le consolaban hasta que otra nueva beldad le cautivaba por algunos días.

Como esto no tenía fin ni remedio, hubo de aceptar una situación violenta, pero necesaria, impuesta por las circunstancias; sabiendo que, así como en tiempo de guerra todo subyugaba el corazón de las mujeres, y así como la Europa era estrecho horizonte para satisfacer su ambición política, nunca tampoco creía bastante numerosas las virtudes rendidas al mágico prestigio de su real persona.

Inútil tratar aquí de ellas; las más célebres y á quienes guardó constancia, aunque no fidelidad, como la desgraciada Luisa la Valliere y la Marquesa de Montespán, por ejemplo, conocidas son de nuestros lectores por las memorias de aquel tiempo y por la novela; de la propia suerte que conocer pueden la que tuvieron otras muchas, la inmensa mayoría, no menos interesantes, aunque fueran de oscuro origen, leyendo las "Memorias de L'oil de Boeuf."

Sin embargo, mencionaré algunas que tuvieron influencia en los asuntos del Estado.

ADOLFO MENTABERRY.

(Se continuará.)



LOS VERDADEROS SOLDADOS ⁽¹⁾

De nuestra excelsa Patrona
Hoy es el glorioso día,
Y de la Fé, que encendía
Su pecho, el nuestro blasona.
Ella espléndida corona
Vió su frente circundar;
Nosotros, al aclamar
Su nombre, en la lid más ruda
De ella esperamos ayuda,
Y otra corona alcanzar.

Corona cuyo esplendor
Nada puede oscurecer,
Y que no es dado obtener
Sin virtud y sin honor.
El sufrimiento, el valor,
La rígida disciplina,
Sin la cual ni se imagina
Que existir puedan soldados,
Son los florones preciados
De joya tan peregrina.

(1) Esta composición ha sido escrita para ser leída en la conmemoración de la Santa Patrona de un Cuerpo Militar.

«Los que no marchan conforme
 »Á obediencia y sujecion,
 »No son soldados, que son
 »Bandidos con uniforme.»
 Dijo un Vate, y el que forme
 De la Pátria en las Legiones,
 Las magníficas razones
 De quien como el Sol lucía,
 Tenga por Norte y por guía.
 ¡No más torpes rebeliones!

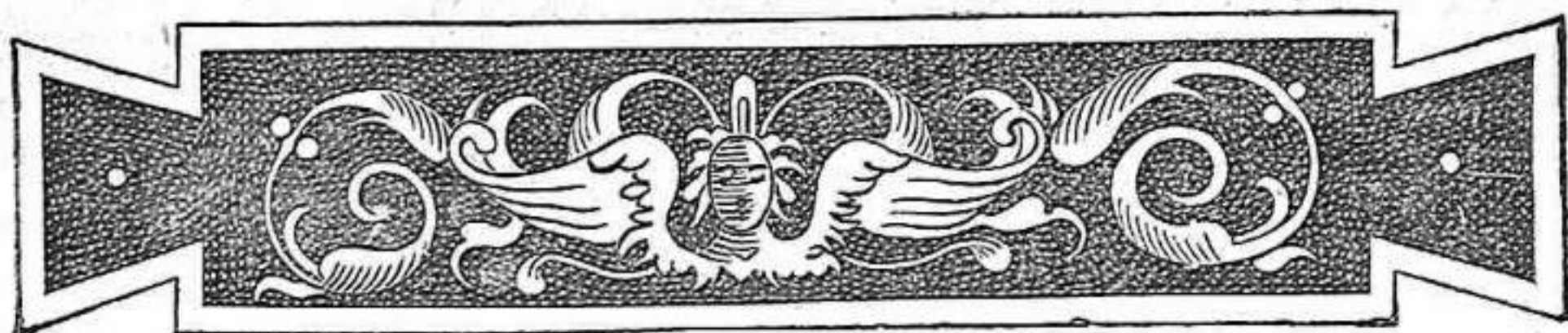
La Cruz, Enseña Divina,
 Que en LAS NAVAS y en LEPANTO
 Fué del Musulman espanto
 Y de su Império ruina;
 La Cruz, á cuya doctrina
 Su dignidad debe el hombre,
 Y la mujer, que su nombre
 No signo de esclava séa,
 Y que aquel por ella créa,
 Y gloria anhele y renombre,
 Es la Insígnia que miramos
 En nuestro Pendon brillar,
 La misma con que, al triunfar,
 Nuestro pecho honrar ansiamos.
 La paz con ella alcanzamos
 Al retumbar del cañon,
 Y débenos la Nacion
 Su honor, su prosperidad;
 El hogar su inmunidad,
 Su culto la Religion.

¡Viva España! ¡Viva el Rey!
 Es nuestro grito de guerra,
 Grito que un tiempo la Tierra
 Oyó cual suprema Ley.
 Ser de la Española Grey
 Firme, impenetrable escudo,
 Lograr que, de asombro mudo,
 El Orbe en nosotros véa

Alto esfuerzo en la peléa,
Nunca al vencido sañudo,
Es la ardiente aspiracion
Que nuestro entusiasmo excita,
La que conmueve y agita
Nuestro fuerte corazon.
De esta preclara Nación,
Nuestro pátrio amor quisiera
Que un día dado nos fuera
Los lindes ver dilatados,
Y morir, sinó, abrazados
Á la Cruz de su Bandera.

FERNANDO DE GABRIEL Y RUÍZ DE APODACA.





MOALLAKAS⁽¹⁾

(CONTINUACIÓN.)

VI.

EL PRÓDIGO.

I.

TARAFÁ.—SU GENEALOGÍA.—FACULTADES POÉTICAS.—DES-
VENTUROSO VATICINIO QUE LE HIZO EL POETA MOTELAMMIS
—SU CRAPULOSA ADOLESCENCIA.—ODIO DE MALIK Y SU MOA-
LLAKA.—SU VIAJE Á LA CORTE Y SUS SERVICIOS CERCA DE
CABOUS.



ENTRE los poetas árabes de primer orden, surge un nuevo numen que llena de esplendor esa fecunda naturaleza oriental. *Tarafa*, autor de uno de los Moallakas, era hijo de Abd, éste hijo de Sofyan, hijo de Dhobaya, proveniente de Bacerwail. Disposición preferida de los árabes la facultad y estro poético, apenas se dejaba entrever en algunos de sus individuos, pues no muy crecido Tarafa, hubo de manifestarles desde su infan-

(1) Véase el tomo XLIII, pág. 406.

cia facultades privilegiadas para la poesía y el germen de un talento poético que ilustró su nombre, proclamábanla como una de sus justas glorias.

En viaje desde niño, con personas de su familia, propúsose aprovechar un alto que hicieron cerca de una cisterna para cazar con el lazo algunas alondras; mas no presentándose ninguna después de haber esperado gran parte del tiempo de su jornada, vióse obligado á proseguir su marcha con sus compañeros, y no bien echó á andar, una nube de alondras se le aproxima, prorrumpiendo él en los siguientes versos:

«Entusiastas alondras que revoloteáis sobre esta inmensa llanura, libre es el espacio, aovad, cantad,

Picotead cuanto os plazca, y gozaos á vuestro gusto, porque el cazador se va.

El lazo ya no está puesto y nada habéis de temer. Pero un día llegará en que seréis sorprendidas. Esperadle.»

Igualmente se cita de Tarafa, siendo niño, una palabra que descubre la vivacidad de su espíritu y la finura de su gusto. Un poeta, que algunos dicen era Motelammis y otros Mocayyb, hijo de Als, recitaba cierto día, ante numeroso auditorio, una pieza de versos, en que describía su camello, diciendo:

«Cuando el celo viene á sorprenderme, lo disipo
montando un camello corredor, que lleva sobre
su cuello el distintivo de la nobleza de su raza;
un camello de piel roja, cuya carne está compacta;
ó bien una camella himyarita, de marcha
rápida, que hace volar los guijarros bajo sus pies,
deshechos por la aspereza del suelo.»

Jugaba en aquel momento Tarafa con otros muchachos de su edad, pero atento su oído á la voz del poeta. Notando este brusco cambio del objeto de la descripción, alentóse irónicamente: «Ved el camello transformado en camella,» palabra que llegando á ser de una acepción proverbial, se explica de todo cambio inconsiderado de propósito, que arroja la confusión en el discurso.

Contrariado el poeta, llamó á Tarafa y le dijo: «Saca la lengua;» obedecióle Tarafa; su lengua era de oscuro color: «Hé aquí una lengua—dijo el poeta—que hará desgraciado á este niño;» predicción desventurada y que llegó su realización.

Según los historiadores, aislado en su niñez, dueño luego de sus acciones en su juventud, entregóse al vino, al juego, al amor y al desarrollo completo de las pasiones. El valor que manifestaba después en los combates no podía oscurecer los desórdenes de su conducta personal, y era mal visto por sus parientes más próximos, que le rechazaban del seno de su familia. Tenía un hermano llamado Mábad, y apacentaban alternativamente los camellos que tenían de mancomún. Cuando tocaba á Tarafa ir al campo, dejábalos sueltos vagar libremente, y entonces se dedicaba á hacer versos. Su hermano Mábad reprochábale el descuido.—¿Por qué no sigues á los camellos? ¿Crees que si nos los roban tus versos nos los devolverán?—Sí, respondió Tarafa; en lo sucesivo los vigilaré menos aún, para darte ocasión de que reconozcas, si los han preso, que mis versos pueden devolvérselos: no tardó mucho la ocasión, y los camellos fueron robados por un árabe de Modhar. Tarafa entonces se dirigió á un primo suyo, llamado Malik, pidiéndole recursos para rescatarlos; rechazóle Malik indignamente, y entonces fué cuando Tarafa compuso su moallaka, en la cual hacía muchas alusiones al rigor de Malik ante su ruego.

Otro de sus primos, llamado Amr, hijo de Marthad, hombre rico y poderoso, sabiendo que había compuesto tan notable poesía, entusiasmado de una de sus mejores improvisaciones en que su nombre era citado,

«Si tal era la voluntad de Dios, gozaré de todas las ventajas de que están colmados los Cays, hijo de Khalid, y Amr, hijo de Marthad;

Como ellos poseeré inmensas riquezas, y recibiré los homenajes de los niños generosos, hijos nobles de un noble padre.»

Mandó buscar á Tarafa, y le dijo: «Hijo de mi hermano, hijos sólo Dios te los puede conceder, pero riquezas puedo yo dártelas; quiero ponerte á igual altura que mis hijos.»

volver á su pueblo y abandonar la corte, les daría cartas de recomendación; respondido afirmativamente, mandó se extendieran las cartas en el sentido secreto que ordenaba al Gobernador Abou-Carib, del país de Hedjor, en el cual habitaba la familia de Drobaya: en camino Motelammis y Tarafa con sus respectivas cartas, la prudencia del ánimo ó el conocimiento del corazón humano suscitó en el primero la curiosidad del contenido de ambos documentos; ninguno sabía leer; pero era ya generalmente extendido el uso de escribir, y como en el camino hallaran algunos jóvenes, les rogaron la lectura de las cartas, con lo cual descifraron el atentado: arrojó Motelammis la carta, pero no así Tarafa, que tampoco desistió de llevarla á su destino; predeterminado ya por el Rey, el Gobernador mandó á su llegada se le enterrara vivo, muriendo así á los veinte años de edad el celebrado Tarafa. Salvóse Motelammis pasando á Syria, refugiándose entre los Príncipes de la familia Djafna.

III.

MOALLAKA DE TARAFÁ.

Los vestigios de la habitación de Khaula, sobre el terreno pedroso de Thahmad, parecen como las marcas impresas por el *taouaje* sobre la superficie de la mano.

Mis compañeros de viaje han detenido en este sitio sus camellos y me han dicho: «Recobra tu valor, no te dejes dominar por el dolor.»

En el día de partir mi amada, cuando las literas, llevando las mujeres de sus tribus, pasaban el Valle de Dad, cambiando por la mirada en un mar, parecían á grandes vajeles.

Obra de los hijos de Aoul, donde los navíos del hijo del Jaman, que los nautonieros tan pronto alejan ó ya dirigen en línea recta;

Mientras que la proa corta las aguas, como la mano del niño que juega al fiál parte el montón de tierra.

Hay en la tribu una belleza joven, cuyo cuello está adornado de un doble rango de perlas y topacios; graciosa como

su hermana, querelosa de su marido, hizo contra su cuñado el verso.

«No hay otro mérito más que el de ser rico, y de tener una talla en la que pueda admirarse la fuerza, cuando se está de pies.»

Sátira aún más punzante, y por la cual produciría el doble efecto que había de esperar de ambas expresiones. Era Abd-Amr hombre muy obeso, de enorme vientre; excitaba hilaridad; estando un día en el baño con el Rey, díjole: «era preciso que te viera Tarafa como yo, para que celebrara lo esbelto de tu talle.» Ofendido Abd-Amr, replicó: «Tarafa es un impertinente, cuya causticidad no molesta á nadie, como á vuestro mismo hermano.» «¿Qué ha dicho contra mí?» preguntóle el Rey, y el cortesano recitó el verso

«Plegue al cielo que antes de entrar al servicio de Amr...»

Amr, ofendido, sin manifestar fe á la autenticidad del referido verso, formó desde entonces el propósito de castigarle, aparte de otros motivos que además tenía contra él. Cierta día convidó á su mesa á Motelammis y Tarafa; mientras bebían, presentóse la hermana de Amr, hija de Hind, y Tarafa, que era fatuo, viendo á la Princesa, exclamó:

«Honor á la belleza, ornada de brillantes pendientes de las orejas, graciosa como joven gacela,

Quien, sin la presencia de su Rey, me daría su hermosa boca á besar.»

Ofendióse el Rey de tal atrevimiento, y eran muchos los casos análogos que, á su presencia augusta y soberana, permitíase Tarafa algunas libertades, ante un Rey tan grave, de quien además se decía no se le vió nunca reir; algunos actos de Tarafa eran además indecentes, por cuyo motivo trató ya de castigarlo, pero de una manera cruel, envolviendo en la misma suerte á Motelammis, no fuera en venganza del asesinato, que el Rey premeditaba en el nieto, á suscitar mayores y más trascendentales sátiras en labios del abuelo; para lo cual nada ideó el Rey como darles cartas, como la de Urías, menos dignas y más execrables, por las que ordenaba que se les diera muerte.

Ante su presunción, el Rey preguntóles que si querían

Entonces hizo venir Amr á sus hijos y tres nietos, y mandóles que le dieran cada uno diez camellos, y los nietos llamados también á este concurso de generosidad, se gloriaban diciendo: «Nuestro abuelo nos ha tratado como á sus propios hijos.» Hecho así dueño de un centenar de camellos, justificó su suerte y previsión, no tan lleno de fundamento que se precaviera para lo sucesivo. Arruinado poco después, fué con su abuelo maternal, Djavir, hijo de Abdelmacîh, oriundo de Dhobaya, poeta conocido con el nombre Motelammis, el solicitador, á la corte del Rey de Hira, Amr, hijo de Hind y de Moundhir III, con la esperanza de obtener alguna benevolencia y acogida.

Efectivamente recibióles Amr con atención, y los empleó en acompañar á todas partes á su hermano Cabous, como él, hijo de Hind, el inmediato sucesor en la corona de Hira. Era Cabous, á su vez, un Príncipe abandonado á la bebida y á los placeres; pasaba jornadas enteras en la caza, llevando consigo poetas, que entreteníanle cuando era fatigado; ya se encerraba en la tienda, y bebía desde el alba hasta la anochecida, dejando á la puerta á Motelammis y Tarafa, sin permitirles entraran á verle. No tardaron mucho los dos poetas en disgustarse de sus funciones, y así lo manifestó Tarafa en unos versos:

«¡Plegue al cielo que antes de entrar al servicio de Amr, estuviésemos ante una piara de vacas, mugiendo alderredor de nuestra tienda!

Ciertamente, Cabous, hijo de Hind, será un Rey imbécil.»

II.

SU ESTILO SATÍRICO Y DIATRIVAS CONTRA LA FAMILIA REAL.
—VUELTA Á SU PATRIA.—CARTAS DEL REY Á ABOU-CARIB, GOBERNADOR DE HEDJOR.—MUERTE DE TARAFÁ.

Del propio modo desarrolló su sátira contra Abd-Amr, hermano político suyo, rico y que gozaba de la gracia real; era de los admitidos en la sociedad íntima de palacio, y estaba casado con una hermana de Tarafa; éste, por vengar á

la gacela, que tiene los párpados y labios negros y que se alimenta con los frutos del *arce*.

Que ha dejado su cervatillo por ir con sus compañeras á los entusiastas bosques, donde ella desbotona y come el joven *Béris* y se cubre del ramaje de los árboles.

Cuando esta hermosura sonríe, sus labios, entreabriéndose, descubren tan blancos dientes como la olorosa manzanilla, floreciendo sobre un terreno húmedo, que se eleva en medio de un campo dulce y puro.

El sol le ha comunicado su brillante esplendor; pero este brillo no se extiende más que á sus suaves encías, teñidas con el polvo de antimonio, que ha tenido el esmero de no tocar con los dientes.

El sol despojóse de su tocado luminoso, para adornar su cara de terso y límpido cutis.

Cuando un proyecto ilusiona mi espíritu, lo sé completar con ayuda de una camella vigorosa, que la tarde y mañana prosigue su carrera rápida, sin pedir reposo.

Ella tiene el paso seguro. Su cuerpo es como un largo cofre. Emprende su marcha sobre un camino cuyas trazas paralelas, cumplidas por el pasaje de los animales, le hacen parecido á un manto rayado.

Tiene toda la fuerza de un caballo perfecto; su carne es firme; corre como el avestruz, ligero, que se lanza por delante de un macho de plumón fino y color ceniciento.

Rivaliza con los camellos más generosos y más vivos; su pié alcanza á su mano con rapidez incesante en un camino bien batido.

Ha pasado la primavera en las dos colinas, con las compañeras á quienes la consunción de la leche hacía las ávidas del pasto. Pastaba entre ellas la hierba de un valle, rociado por frecuentes lluvias, cuyo suelo es dulce y excelente.

Obedece á la voz que la llama. Detiene los transportes del macho ardoroso, de pelo oscuro, oponiéndole una cola, bien guarnecida de crines.

Al verla se cree que las alas de un buitre están adheridas á los costados de su regazo con aguja de sillero.

Agítase en todos sentidos, y hiere tanto lo alto de su gru-

pa, ya mueve pechos desecados, marchitos, privados de leche, parecidos á un viejo odre de cuero.

Sus muslos bien formados y nutridos de carnes son como dos batientes de la puerta de una ciudadela vasta y elevada.

La espina dorsal es tupida y robusta, sus costados son como los arcos, su cuello compuesto de vértebras que se embuten unas en otras fuertemente.

Sus dos largos sobacos semejantes á dos retiros formados por los animales salvajes al pie de un gran árbol. Bajo sus vigorosos riñones, sus huesos se redondean en hemiciclo.

Sus codos apartándose del cuerpo, y cuando marcha, sus pies delanteros son como los brazos de un nervioso aguador que tiene un cubo en cada mano.

Su estructura tiene la solidez de la bóveda de un puente romano, en el cual, el arquitecto había jurado hacer trabajar numerosos obreros hasta que todas sus partes estuviesen unidas por un cemento indestructible.

Los pelos de su pecho son rojos, su talle es robusto, arroja velozmente su pie posterior haciendo un paso largo, y balancea su mano antes de posarla en la tierra.

Los nervios de sus brazos son bien fundidos y presentan la imagen de cuerdas muy torcidas; sus brazos se inclinan bajo su cuerpo semejante á un techo sólidamente construído.

Corre con energía, tiene la viveza del torrente. Su cabeza es fuerte; sus largas espaldas, remóntanse hacia un dorso elevado como una montaña.

Las marcas señaladas por las cinchas en sus costados, parecen como dos senderos que descienden de una roca lisa sobre un terreno duro al que parcelan.

Estas señales son ya unidas y agrupadas, ya apartadas entre sí como bandas de tisú blanquecino, con las cuales se habría compuesto un hábito estropeado.

Su cuello se herguie con vivacidad; cuando lo tiene derecho, figura el mástil de un navío que navega sobre el flujo del Tigris.

Su cráneo tiene la dureza de un yunque, la cima angulosa donde se reunen los huesos superiores, es parecida á la arista de una lima.

Sus mejillas son suaves al tocar como el papel de damasco; sus labios como el cuero modulado del yaman, cuyos bordes esmeradamente cortados no ofrecen irregularidad alguna.

Sus ojos tienen el brillo de dos espejos, las cavidades huecosas que les contienen, parecen dos preciosas grutas de roca donde mana una agua límpida.

Sus párpados saben rechazar todo cuanto puede perjudicarlos. Tienen la misma expresión que los ojos bordados de negro del antílope, alarmado por su tierno hijuelo.

Sus orejas finas y siempre atentas, distinguen igualmente en un camino nocturno un débil ruido y luz más tenue.

Su afilada forma indica la excelencia de su raza. Tiene el oído tan sutil como el toro salvaje que vive solitario en la colina de Haumal.

Su corazón, que la menor cosa agita, late con vivacidad entre sus largos costados, como una bola de piedra golpeando contra *lajas* sólidas.

Su labio superior, que se parte en dos, la extremidad medulosa de su nariz pendiente para recibir un anillo, llevan el carácter de la nobleza. Alguna vez en su marcha, baja la cabeza hasta la tierra para arborear el sol y entonces redobla su vivacidad.

El temor que le inspira una fusta compuesta de lanas muy retorcidas, le hacen á su vez detener ó precipitar sus pasos, según mi voluntad.

Cuando mi mano le manda, eleva su cabeza á la altura del pomo de la silla y echa sus piernas adelante á la manera del avestruz que huye.

Tal es la camella sobre la cual he traspasado los desiertos donde alguna vez, mi amigo exclamaba: «¡Plegue á Dios que pueda yo sacarte de aquí y salvarte y salvarme á mí mismo!»

El temor lleva en su corazón un miedo extremoso, creíase perdido, aunque no tenía emboscado enemigo alguno en las sinuosidades del camino.

Si mis compañeros dicen «¿cuál es el bravo que realizará esta empresa?» creo que ellos me designan: entonces me reanimo y nada detiene mi coraje.

Tomo mi camella con el látigo; ella vuela mientras que

masas vaporosas y sutiles cubren el pedroso terreno y brillan á lo lejos.

En su gracioso fulgor, seméjase á la joven esclava que, en medio de una compañía, para calmar las miradas de su dueño, se balancea, dejando flotar la extremidad de su larga túnica blanca.

No soy de aquellos que ocultan su mansión en los sitios bajos é ignorados, por temor de que se reclame su asistencia. Me muestro siempre á servir presto á los que acuden á mí.

Si tú me buscas en una grave asamblea, allí me hallarás: entre los bebedores, me tendrás allí también.

Desde la mañana, cuando te presentes, te ofreceré mi copa llena de vino: si hubieras dejado ya de saborear este licor á largos sorbos, no importa, comenzaráslo conmigo.

En toda mi tribu reunida no puede hallarse persona que pertenezca á una familia más ilustre que la mía y cuya generosidad se haya puesto más veces á prueba.

Los compañeros de mis placeres, son jóvenes nobles, cuyas blancas caras resplandecen como estrellas. Cada uno trae una cantadora vestida de túnica rayada y de un manto azafranado que viene á embellecer nuestra sociedad:

Su vestido está abierto sobre su garganta y deja sus manos amorosas andar libremente sobre sus atractivos. Su cutis es dulce, y sus formas redondeadas.

Cuando se la invita á cantar, comienza con un tono lento y tierno sin dar á su voz toda su extensión.

Refuerza luego las inflexiones y las varía con una expresión tan conmovedora, que se creería oír las quejas de las madres desoladas, lamentando la pérdida de sus hijos.

Yo me he entregado al vino y á los placeres, vendido lo que poseía, he disipado los bienes que había adquirido por mí mismo y cuantos había heredado.

Hasta que, por fin, toda mi tribu divorcióse de mí. Se me ha aislado como se aparta á un camello atacado de una enfermedad contagiosa.

Mas, si los míos me rechazan, los extranjeros me buscan; yo me veo amado del pobre sin asilo y del rico que habita suntuosa tienda.

Canor que criticas mi pasión por los placeres y los combates, ¿tienes el medio de hacerme inmortal?

Si tu sabiduría no puede apartar de mí el instante fatal, déjame entretanto prodigar todo por el placer, antes que la muerte me sorprenda.

Yo no me inquietaré, lo juro, del momento en que mis amigos abandonaran mi lecho mortal, si yo no amase tres cosas, que son, según yo entiendo, la calma y entusiasmo de la vida.

Ambiciono prevenir la vigilancia de estas mujeres que quieren corregirme, bebiendo antes de la aurora un licor rojo que espumea cuando se le mezcla una agua limpia.

Cuando un hombre en peligro me llama, ansío volar en su socorro, montado en un corredor cuya mano ulterior está bien abierta (1), cuyo hálito es parecido al del lobo que una súbita alarma arroja de las proximidades donde viene á calmarse.

En fin, ambiciono abreviar las horas y la duración de los días lluviosos, tomando en mis brazos, bajo una elevada tienda, una belleza de formas redondeadas.

Cuyos miembros tienen una flexibilidad tal como sus *Khal-khals*, y sus brazaletes parecen unidos á las ramas flexibles del ricino, que la mano jamás ha ofendido.

El hombre que tiene generosas inclinaciones se embriaga á grandes sorbos durante su vida. Mañana, censor riguroso, cuando hayamos muerto ambos, veremos cuál de nosotros será consumido por una sed ardiente.

La tumba del sórdido avaro que ha rechazado todo goce, y la tumba del pródigo que se ha entregado á sus pasiones, no difieren entre sí.

Son dos pequeños montecillos de tierra recubiertos de algunas piedras llanas justapuestas entre sí.

(1) *Mouhannab* presenta dos sentidos, entre los que dudan los comentaristas; entienden el caballo de partes muy separadas sin tropiezo alguno, conformación muy estimada de los árabes. hasta el punto de haberse entre ellos conservado como apotegma, de que el caballo que es *mouhannab*, no se hiere los pies en la carrera, ni tampoco se corta, según dice otro comentarista, lo cual explica uno y otro sentido de esa palabra.

Si el destino parece que escoge las almas nobles para apartarlas del mundo, ¿no arrastra también con preferencia al avaro, lo que este mira y tiene de más valor?

La vida es un meteoro que disminuye cada día; lo que el tiempo acorta debe terminar en seguida para ser destruído.

Ciertamente el hombre, mientras la muerte difiere hacia él sus pasos, es como el animal unido con una cuerda lasa que le deja libertad de pastar, pero que su señor tiene la punta en su mano.

¿Por qué mi primo Malik me invita y se aparta de mí cuando me acerco á él?

El me reprende y no comprendo por qué puede reprocharme. Así es que he sido en mi tribu objeto de injustas censuras de Cort, hijo de Abad.

Malik me niega toda esperanza á heredarle, toda petición que yo le haría sería tan inútil como si la hiciera á la tumba de un muerto.

Yo no le he ofendido por mis discursos; ¿y es una ligereza recobrar súbitamente los camellos de mi hermano Mábad?

Por mí, no olvido ¡oh Malik! los lazos de parentesco que nos unen; y lo juro, en las ocasiones difíciles, me hallarás listo á socorrerte.

Si me llamas á una empresa peligrosa, iré á ayudarte poderosamente. Si el enemigo viene á asaltarte, te defenderé con todos mis esfuerzos.

Si se ataca tu honor por propósitos injuriosos, haré beber al calumniador una agua tomada en la fuente de la muerte, y el castigo precederá á la amenaza.

No he cometido crimen alguno, y entretanto se me ultraja, se me acusa, se quejan amargamente de mí y se me rechaza como á un culpable.

Si mi primo fuera otro hombre diferente, me habría sacado del trabajo, ó al menos me habría ofrecido algún ligero alivio.

Mas su odio me oprime sin descanso, sea que alabe su generosidad, y que reclamo los resultados, bien que yo me someta á todo para apaciguarle.

¡Ah! la injusticia que se sufre de los próximos causa un dolor más cruel que la herida del hierro cortante.

Déjame, oh Malik, vivir según mis gustos, y deja de perseguirme; te guardaré un reconocimiento que me seguirá en los lugares más apartados donde lleve mi vivienda, y aun sobre la montaña Dharghad.

Si tal era la voluntad del Todopoderoso, gozaré de todas las ventajas de que están colmados Cays, hijo de Kalid, y Amr, hijo de Marthad.

Como ellos poseeré inmensas riquezas y recibiré los homenajes de hijos generosos, nobles hijos de un padre noble.

Soy diestro y activo; todo el mundo me reconoce estas cualidades. Tengo toda la vivacidad petulante que se ve en los movimientos llenos de fuego de la cabeza de la serpiente.

He jurado que mi ceñidor será siempre armado de un machete indiano de dos afilados cortes.

Gumia terrible, cuyo primer golpe asegura mi venganza, sin necesidad de redoblar, cuya hoja no es de aquellas que se emplean en los viles usos de un instrumento del leñador.

Está bien probada; jamás hiere en vano. Cuando se me dice ¡detente! puedo detener mi brazo, y decir: Mi resentimiento está satisfecho.

Cuando el enemigo se presenta, y mis compañeros vuelan á las armas, soy invencible desde que mi mano ha empuñado el pomo de mi gumia.

Los camellos, sentados el vientre sobre la tierra, reposan apaciblemente; me acerco á ellos, desnudo el sable, el temor les hace huir apenas los miro.

Una camella gruesa, de alta talla, con pendientes pechos, ha pasado delante mí. Era el bien más precioso de un anciano gruñón, cuyo cuerpo enflaquecido parecíase á un abigarrado bastón.

¡Desgraciado!—exclamó viéndome cortar la pierna de una camella;—¿no conoces la indigna acción que cometes?

En seguida, dirigiéndose á las gentes que le acompañaban: «¿Como—les dijo—reprimir el exceso de este hombre, entregado al vino, que se entretiene en atormentarnos?

Que se le deje—prosiguió,—que él gozará de su presa; pero si no recogéis los camellos que se han espantado, nos arrebatarán todavía algunos otros.»

En seguida las mujeres esclavas hicieron cocer en la ceniza el pequeñuelo que la camella llevaba en sus flancos y nos sirvieron los trozos delicados de la molla cargada de carne.

Cuando haya perdido la vida, oh hija de Mâbad, anuncia mi muerte, pagando á mi memoria el tributo de los elogios que me es debido; destroza tus vestidos en signo de dolor.

Guárdate de confundir conmigo un hombre cuyos sentimientos no tengan la elevación de los míos, que no sepa como yo triunfar de los obstáculos y afrontar los peligros.

Un hombre insensible tiene odio á las grandes cosas, árdoroso sólo para las viles acciones, un poltrón acostumbrado á recibir golpes y ultrajes.

Si hubiese sido débil y sin corazón, debería yo sufrir igualmente de la enemistad del que tiene numerosos amigos, y del que no tiene otro apoyo que el suyo.

Mas renaciendo mi corazón, mi audacia, mi resolución y la nobleza de mi origen, son los fuertes que rechazan todos los ataques.

Nunca, no, jamás circunstancia alguna embargará mi espíritu, ni me ha hecho pasar el día en la inquietud, ni ha convertido la noche en una lentitud eterna.

¡Cuántas veces, al furor de la batalla, para defender mi vida y mi honor, he sabido cerrar mi alma al temor de los peligros, á la impresión de los gritos amenazadores de los enemigos!

Sobre un campo de batalla donde los más bravos temían hallar la muerte, y el guerrero incorporado á la multitud en la inmensa presea de los combatientes, sentía temblar los músculos de sus espaldas.

¡Cuántas veces también, sentado cerca del fuego con una compañía de jugadores, esperaba el lot que debía atribuirme una flecha, mientras presentado el palo á la llama, había tomado un tinte rojo, y en tanto me hacía de la posición, que había ganado á un hombre que nada había intentado arriesgar en el juego!

El tiempo te instruirá de lo que ignoras, nuevas te serán comunicadas por mensajeros sin que tú los suministres provisiones de camino.

Sin que tú adquieras para ellos su equipo de viaje y fijas una época á su retorno.

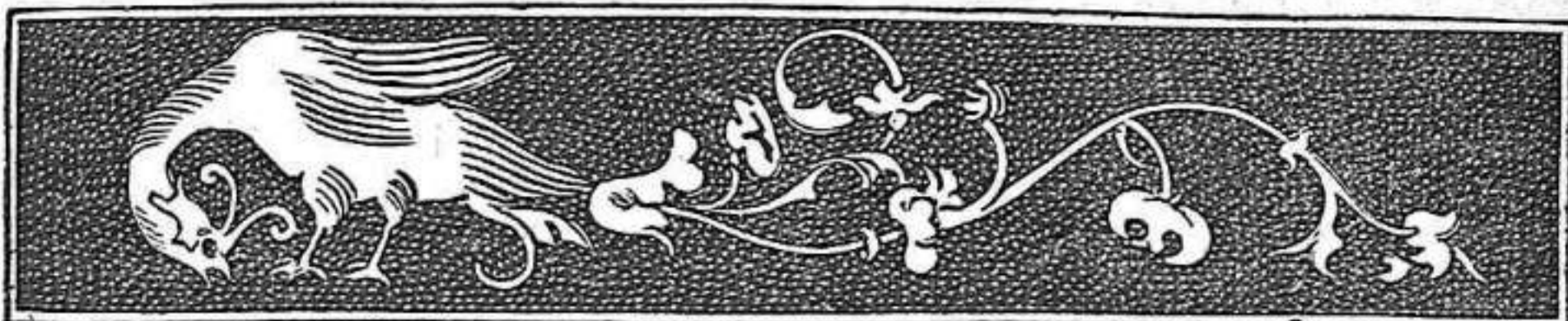
Si poseemos la vida á título de préstamo, procuremos hacer nuestra conveniencia con las ventajas que pueda ofrecernos.

No preguntes cuál es el carácter de un hombre, pero examina su compañía; como es su amigo, así debe ser él.

(Se continuará.)

VICENTE TINAJERO MARTÍNEZ.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Banco de España.—*Memoria leída en la junta general de accionistas, en los días 6 y 11 de marzo de 1883. —En 4.º 59 páginas.—Imprenta de Miguel Ginesta.*

Las 12 primeras páginas de este trabajo están consagradas á enumerar las personas que forman la administración y consejo de gobierno de dicho establecimiento y sus sucursales. Después viene lo que propiamente puede denominarse Memoria, ó sea la serie de acontecimientos de todas clases que se han sucedido en el Banco durante el año de 1882, y que en sucinta relación pueden expresarse así:

Conversión de las deudas del Estado y del Tesoro en la amortizable al 4 por 100, y aumento del capital hasta el límite que señala la ley. Reforma de los estatutos y reglamento; adquisición de una finca donde pueda levantarse edificio apropiado y conveniente; recaudación de nuevos impuestos; pago de los intereses de la

deuda perpetua; circulación general de los billetes, y creciente desenvolvimiento de todas las operaciones.

Tales son los hechos más importantes que se han realizado en tan corto plazo en el primero de nuestros grandes establecimientos de crédito.

La casa donde se ha de levantar el nuevo edificio, y que, como saben nuestros lectores, era la antigua morada del Marqués de Alcañices, ha costado al Banco 3.187.500 pesetas.

La circulación de billetes ha superado notablemente á la de años anteriores, debido, sin duda, en gran parte, á la generalización que se ha dado á los de 25, 50 y 100 pesetas, los cuales ascienden al concluir el año á 128.542.300.

Si, como se afirma en la Memoria, esta medida se extiende á todos los billetes de mayores cantidades, los resultados favorables no se harán esperar.

Las cantidades que á cambio de billetes han salido de las cajas, en metá-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

lico, se elevan á pesetas 438.399.100, de las cuales corresponden á la de Madrid 73.385.925, y á las de sucursales 365.013.175 pesetas, superando á las salidas durante el año anterior en pesetas 150.194.005.

El préstamo de 50 millones de pesetas hecho al Banco por la casa Rostchild quedaba reducido en fin de año á 30 millones, y se sigue rápidamente reembolsando.

El aumento del capital se está llevando á cabo con orden y sin contrariedad ninguna, y en cuanto al tipo de descuento, el Banco, á pesar de las primeras alarmas de 1882, no pasó del 5 por 100, volviendo en breve al 4 $\frac{1}{2}$, y admitiendo garantías por el 80 por 100 del valor efectivo, después de haberse fijado en 75 por 100 tan sólo durante dos meses.

Consignados estos puntos generales, entra la Memoria á ocuparse de las operaciones con el Tesoro. Ya no se hacen anticipos sobre contribuciones y otras garantías. Todo lo pendiente en fin de 1881 se liquidó por el importe de 186.378.943 pesetas, recibiendo á cambio de ello el Banco 219.269.000 nominales del 4 por 100 amortizable. Esta operación da la medida de lo que era la deuda flotante, por fortuna no reproducida hasta ahora. Si á esa operación se agrega la de los demás valores convertibles que tenía el Banco en cartera, con las resultas del contrato de 10 de diciembre de 1881, aparece ingresado en títulos de 4 por 100 amortizable un nominal de 562.330.000 pesetas. Rebajando 7.185.000 pesetas, que se han amortizado, resulta un ingreso de 555.145.000 pesetas, que valoradas á 85 por 100, dan un efectivo de pesetas 471.873.250.

Esta misma suma es la que aparece consignada en el balance de fin de año, como activo, á saber: 429.373.250 pesetas por la amortizable en cartera, y 42.500.000 por la dada en garantía á la casa de Rostchild; al todo 471.873.250. Esto revela que en la contabilidad del Banco sigue figurando la amortizable con valoración de 85 por 100, sin duda con la esperanza de que recobre este valor, aunque por el momento quede encubierta la pérdida.

Por uno de los estados que acompañan á la Memoria, se conocen los efectos de la primera conversión.

El total de la deuda de 4 por 100 amortizable, aplicada á cange, reembolso, saldos á metálico y deuda flotante, importa nominalmente pesetas 1.690.291.000. Sólo se pidió el reembolso en efectivo de 25.074.073 pesetas, y los saldos á metálico importaron 6.285.339.

El premio de cobranza de contribuciones, que íntegro ha pasado á la cuenta de ganancias y pérdidas, ascendió en 1882 á 2.518.311,72 pesetas.

Respecto de operaciones mercantiles, tomadas en conjunto, resulta para 1882 un aumento de cerca de tres millones en Madrid y de 36 en las sucursales respecto de descuentos, y en cuanto á los préstamos con garantía de efectos, aparecen 460 millones más entre Madrid y sucursales, lo cual representa un progreso de 50 por 100.

El conjunto de todas las operaciones mercantiles de 1882 asciende á 1.467.276.851 pesetas.

En giros ha habido en 1882 baja de 23.913.524 pesetas por letras expedidas, y 16.855.239 por las tomadas. Esta disminución de los giros se explica por la circulación general de los billetes pequeños.

La disminución en cuentas corrientes ha sido muy notable, según la Memoria. El movimiento general de entradas y salidas da 4.109 457.848 pesetas, y el saldo de fin de año era de 156.840.091 pesetas.

También los depósitos en efectivo han disminuído en 46.609.195 pesetas por entradas, y en 27.961.630 por salidas. Los de efectos en custodia han crecido, por el contrario, aumento debido á las operaciones de conversión.

Se ha observado que sale de Madrid para provincias mucho más metálico que el que se recibe. Por diversos medios se han extraído de la Caja central durante el año 200 millones de pesetas en metálico.

Como dato curioso, diremos que hay 3.912 poseedores de 157.155 acciones en Madrid, y 1.519 en las sucursales con 42.845 títulos.

El dividendo repartido en el primer semestre de 1882 ha sido de 90 pesetas por acción, habiéndose capitalizado 137 $\frac{1}{2}$ pesetas también por cada una, distribuyéndolo en acciones á la par como complemento de las utilidades del año, que han ascendido, según la cuenta que hace el Banco, á pesetas 51.740.985 como líquido, de lo cual se han dado 18 millones en efectivo á los accionistas y 27 $\frac{1}{2}$ en acciones suplementarias, correspondiendo lo demás á impuestos del Tesoro y un pequeño sobrante.

La Memoria concluye con este párrafo altamente lisonjero para cuantos se interesan por la suerte y el porvenir de tan útil y acreditado establecimiento:

«En resumen: el Banco de España sigue su movimiento ascendente, creciendo cada día en importancia y operaciones. Con el capital aumentado,

hasta el límite legal, tomará más alto vuelo y podrá prestar mayores auxilios al comercio, extendiendo los beneficios del crédito por toda la Nación; que sobre ésta refluye naturalmente el aumento de riqueza que la mayor circulación produce.»

A la Memoria siguen los apéndices, en que aparecen numerosos estados comprobantes indispensables de los hechos que en aquélla se enumeran.

*
*
*

Salvador Cerón.—*Estudio sobre los materiales y efectos usados en la marina.*—Cádiz, 1883. Un volumen en 4.º de 652 págs. y 6 láminas grandes, que representan 75 grabados.

El distinguido ingeniero jefe del cuerpo de montes, autor de la notable obra cuyo apunte bibliográfico queda hecho, es ya bastante conocido en el mundo científico para que tengamos necesidad de recomendarle á la consideración de las personas estudiosas que cultivan las ciencias. Después de estampar su firma al pie de diversos trabajos, tan útiles como nuevos, publicados en ocasiones varias en la *Revista de montes*, con motivo de sus curiosas investigaciones acerca del *cultivo de los navazos y arenas voladoras* de la costa meridional de Andalucía, el Sr. Cerón dió á luz su curioso libro sobre la *Industria forestal agrícola*, que fué premiado en la Exposición regional de Cádiz con medalla de oro, lo cual basta para hacer el elogio de tan interesante trabajo.

Hoy, cediendo á sus aficiones de propaganda y demostrando evidentemente que su actividad se desarrolla más y más por el continuo ejercicio del trabajo, vuelve á la arena de la

publicidad, presentando su *Estudio sobre los materiales y efectos usados en la marina*; obra de carácter técnico-enciclopédico, cuya penosa preparación se revela desde las primeras páginas, y cuyo mérito puede apreciarse con sólo pasar la vista por alguno de sus numerosos é interesantes artículos. ¿Qué se ha propuesto el autor al publicar esta obra? Reunir en un volumen todos los conocimientos que son precisos para el reconocimiento exacto de los efectos navales. Él mismo lo dice en el prólogo, añadiendo que, en vista de la magnitud de la empresa, se limita á presentar «con claridad el cuadro ó catálogo de los preceptos, más prácticos que teóricos, debidos á meditados estudios y observaciones experimentales de científicos eminentes y de ingenieros versados en los diferentes ramos del saber;» añadiendo que el conjunto de su trabajo puede considerarse como una cartilla, donde todos los cuerpos de la marina hallarán ordenadamente coleccionados los procedimientos que han de emplearse al aceptar y recibir los efectos navales, para no ser sorprendidos ó engañados.

¿Responde el libro á los propósitos del autor? A nuestro juicio, no sólo llena este objeto, sino que lo sobrepaja, puesto que hay en él una serie de datos y descripciones, relativos á artículos diversos, que casi constituyen verdaderas monografías, es decir, que con el *estudio* del Sr. Cerón á la vista, no sólo se puede aprender lo más práctico é indispensable para los fines del reconocimiento y recibo de productos, sino que se puede conocer también la historia, el proceso científico y otros muchos antecedentes monográficos de reconocida utilidad é interés.

En cuanto á la extensión de la obra, bastará decir que comprende todo lo relativo á los productos naturales de los tres reinos de la naturaleza y á los manufacturados que de ellos se derivan, utilizándose para las descripciones los trabajos más reputados de los autores modernos.

Para mayor facilidad en el rebusco, están dispuestas las materias en el texto por orden alfabético, lo cual es muy conveniente, cuando, como en el presente caso sucede, la obra debe servir, no para el estudio cotidiano, sino para consulta.

Para que los lectores se formen un juicio exacto del alcance del trabajo del Sr. Cerón, les recomendaremos por la extensión, exactitud científica, descripción de procedimientos modernos y exposición de datos de toda clase, los artículos que tratan de la panificación, maderas, jarcias, pinturas, hierros, alimentos varios, y tantos y tantos otros como comprende la obra, digna de ser considerada como una de las mejores de su clase. Pasan de quinientos los materiales, objetos, productos y operaciones distintas descritas en dicho libro, al cual acompañan una serie de láminas y figuras perfectamente grabadas, que representan los aparatos y máquinas más importantes, las enfermedades de las maderas y otros objetos necesarios para comprender mejor las explicaciones del texto.

Creemos nosotros, en vista de lo expuesto, que la obra del Sr. Cerón, considerada en su carácter enciclopédico y bajo el punto de vista de la propagación y difusión de los conocimientos útiles, es de un notable mérito, y que viene á llenar un vacío en la serie de los medios de instrucción, que agradecerán, sin duda, como

se merece, las ilustradas clases de la marina á la cual está dedicada. En confirmación de esta idea, diremos tan sólo que por real orden de 21 de marzo del año último, el Ministro de Marina acordó la adquisición de cien ejemplares del libro de que se trata, en virtud de lo propuesto por la Junta Superior Consultiva de la Armada, que examinó la obra en cuestión, añadiéndose además que se consideraba el libro como *obra de consulta*.

Con esto basta y sobra para hacer el elogio del trabajo del Sr. Cerón, al cual felicitamos cordialmente por esta nueva prueba de su saber, laboriosidad y entusiasmo por la propagación de los conocimientos científicos.

*
* *

Tratado del ganado vacuno.—
Por D Manuel Prieto y Prieto, catedrático de la Escuela Especial de Veterinaria de Madrid, etc., etc.—*Dos tomos en 4.º de cerca de 400 páginas cada uno, conteniendo la obra 101 grabados.*—*8,50 pesetas en Madrid; 9 en provincias.*—*Madrid, 1883.*—*Librería de la Sra. Viuda de Cuesta é hijos.*—*Carretas, 9.*

Costumbre añeja es, en la Península, conocer la ciencia en sus acciones inmediatas y en sus derivaciones aplicadas por los libros y Memorias escritas y confeccionadas en el extranjero, como si España careciese de inteligencias y capacidades aptas para toda clase de estudios y en disposición de distinguirse en todos los ramos del saber humano.

El libro del Sr. Prieto y Prieto que tenemos á la vista, recientemente publicado, así lo demuestra, libro que trata de todo cuanto concierne á la cría, progreso, multiplicación y mejora del ganado vacuno.

TOMO XLIV.—VOL. III.

Conocido es el autor de esta obra, ya por sus conferencias públicas de carácter pecuario, ya por su larga práctica en la enseñanza, ya también por sus artículos científicos y *El Manual del Veterinario, Inspector de mercados públicos*, dada á luz también por la conocida casa editorial de la Sra. Viuda de Cuesta é hijos.

El *Tratado del ganado vacuno* es una obra verdaderamente completa, en la que, en lenguaje claro, comprensible y hasta elegante, se ocupa el Sr. Prieto y Prieto de todos y cada uno de los caracteres zoológicos, anatómicos y fisiológicos de las reses vacunas, en cuanto al ganadero compete conocer, lejos términos científicos técnicos, de que por cierto no abusa el autor.

El práctico así como el aficionado, pueden fácilmente enterarse de cuanto concierne á los cruzamientos, aclimatación de las reses vacunas, producción nacional, defectos y bellezas de las españolas; higiene general y particular de los rumiantes vacunos, importación, exportación de tipos, Exposiciones pecuarias, y otros extremos concernientes a la determinación de progreso del ganado español.

Trata esta obra además de las condiciones y particularidades de las razas vacunas españolas de lidia y también de las de trabajo, de cebó y lecheras, así españolas como extranjeras.

Cita los tipos que de estas tres últimas existen en la Península, ocupándose en el análisis de las carnes, las leches, quesos y abonos procedentes de este ganado; precios de los vacunos, productos, sistemas de alimentación, de tiro y de examen de las regiones y órganos productores de grasa y leche; manifestaciones de resistencia al trabajo, medio de aumen-

tar la producción de la especie vacuno en España, aclimatando á rumiantes tan útiles como el *yack*, el *búfalo* y el *bisonte*, y también de las enfermedades que pueden padecer.

El autor, que domina perfectamente la materia de que se ocupa, hace consideraciones de gran importancia, referentes á multitud de extremos conexos con la cría y mejora de estas reses, fijándose sobre todo en el pequeño número que de las mismas poseemos, y lo poco aptas que son muchísimas para el desempeño de las funciones productoras que debían realizar en la Península, como en otras naciones, funciones que forman la base de la riqueza de muchos pueblos civilizados.

Mucho vale la teoría efectivamente, en la explicación de los hechos científicos; pero la teoría sin la práctica es realmente letra muerta, y por esto la necesidad de la unión de ambas.

Esta ventaja campea en la obra del Sr. Prieto y Prieto, que está llamada á prestar notables servicios á la industria pecuaria nacional, por lo que recomendamos la adquisición del *Tratado del ganado vacuno* á los ganaderos y aficionados á los estudios prácticos de la explotación de los animales domésticos.

No concluiremos esta brevísima reseña del libro que nos ocupa sin añadir, que tanto la impresión como los grabados y el papel, demuestran el esmero con que ha publicado esta obra la antigua y acreditada casa editorial de Cuesta un día y hoy de la Sra. Viuda de Cuesta é hijos.

*
* *

Memoria leída el día 1.º de octubre de 1882 en el Instituto provincial de segunda enseñanza de Almería en

la solemne inauguración del curso académico de 1882 á 1883, por don Andrés Díaz Saldaña, catedrático numerario por oposición y secretario de dicho establecimiento.

Este trabajo, como todos los de su clase, obedece á un precepto legal que el Sr. Saldaña ha cumplido dignamente, reseñando con claridad y método cuanto ha ocurrido de importante en la marcha científica y económica del Instituto en que presta sus buenos servicios.

Después de manifestar las variaciones que en el personal ha habido, durante el año á que la Memoria se contrae, pasa á exponer el número de alumnos matriculados y examinados y el fruto de la enseñanza.

El resultado total de la matrícula de estudios generales alcanza 443 alumnos y 997 inscripciones; número superior al de años anteriores, en los cuales aparecía un alumno por cada 1.809 habitantes, siendo hoy la proporción de uno por cada 701. De suerte que, hallándose la provincia de Almería en 1878 á 1879 en último lugar, se encuentra ahora entre las veinticinco primeras provincias de España. Y si tan extendida resulta la enseñanza en tan corto plazo, los frutos de ella también han aumentado, viéndose crecer los alumnos sobresalientes y menguar los aprobados, y confiriéndose veinte premios y cinco menciones honoríficas, número á que desde su fundación no había llegado nunca dicho establecimiento. Los bachilleres, en el último curso, han sido también muchos más que en los anteriores, en los cuales no pasaron de 37, habiendo llegado hoy á 55.

También se detallan en la Memoria las reformas y mejoras materiales introducidas en el local que el Insti-

tuto ocupa, así como los aumentos que se han realizado en la biblioteca. Por último, la situación económica del establecimiento, si bien no resulta todo lo desahogada y próspera que fuera de desear, presenta condiciones de mejoras que sinceramente celebraremos ver realizadas, á fin de que el personal que tanto trabaja en pro de la enseñanza, sea atendido como se merece en el pago de sus haberes, ya que éstos no alcancen toda la importancia que su elevada misión requiere.

* * *

Instituto de Toledo.—*Memoria del curso de 1881 á 1882.*

De índole enteramente igual á la anterior Memoria, es la de que ahora se trata, relativa al Instituto de Toledo, escrita por el ilustrado catedrático y secretario del mismo, D Saturnino Milego é Inglada. En ella se detallan los siguientes resultados: 380 alumnos matriculados y un total de inscripciones de 687, cuyos números se descomponen de esta suerte: enseñanza oficial, 178 alumnos con 423 inscripciones; enseñanza privada, 114 con 286, y enseñanza doméstica, 88 con 158. Además, formalizaron matrícula sin efectos académicos 43 alumnos en la cátedra de dibujo.

De 641 exámenes que en totalidad se verificaron en la época ordinaria, se concedieron 56 notas de Sobresaliente, 77 de Notable, 160 de Bueno, 258 de Aprobado y 70 de Suspenso; no habiéndose presentado á sufrir exámenes en 226 inscripciones: lo cual da un resultado de 316 matrículas no aprobadas en junio. Con este motivo hace algunas muy atinadas observaciones el Sr. Milego, descargando principalmente sus justas cen-

suras sobre los padres ó encargados de los escolares, que poco escrupulosos en el cumplimiento de sus deberes, apenas si se cuidan de los adelantos que aquéllos hacen ni de la manera como realizan sus estudios; siendo por otra parte su único afán el que se matriculen en el mayor número de asignaturas que la ley consiente, á fin de que cuanto antes terminen la carrera.

Respecto de los ejercicios para el grado de bachiller, fueron en totalidad 117, de los cuales han resultado, 5 Sobresalientes, 101 Aprobados y 11 Suspensos.

Cuanto á premios y pensiones, es triste ver que solamente un alumno de dicha escuela se presente á solicitar tan honroso y lucrativo galardón. En cambio se han otorgado 11 premios ordinarios y dos pensiones honoríficas.

Se han hecho obras de cierta importancia en el edificio del Instituto y adquisiciones de algún valor para el material científico y la biblioteca. Por último, la situación económica del establecimiento aparece por demás lisonjera, gracias á la puntualidad con que se asegura paga sus atenciones la Diputación Provincial y al celo con que el director del mismo cumple todos sus deberes, lo cual celebramos mucho.

* * *

L. Cantón Salazar.—*Los restos del Cid y Jimena y sus diferentes traslaciones.*—2.^a edición.—Burgos 1883.

El objeto de este erudito opúsculo, como su título indica, no es otro que reseñar con datos sacados de documentos auténticos las no escasas variaciones que han tenido las sepulturas donde yacían los restos de Rodrigo Díaz, Señor de Vivar, y su esposa

Jimena, desde la muerte de aquél en Valencia en 1099, hasta la última traslación de los huesos de ambos verificadas en 1842, desde el Monasterio de Cardeña, cuyos bienes habían sido vendidos, á Burgos y á su casa consistorial, en cuya capilla se colocó la caja que contenía tan preciosas reliquias y en la cual permanecieron hasta que en 2 de diciembre de 1843 se depositaron en la urna en que hoy se hallan, construída por el maestro D. Gregorio Moreno.

A pesar de tantas traslaciones, tan ilustres despojos, como con razón se asegura en dicho opúsculo, aun no han encontrado lugar de reposo definitivo; pues solamente puede considerarse como provisional en el que hoy yacen.

En distintas ocasiones se ha pensado en erigir un monumento en memoria del ilustre castellano: pero esta es la hora en que tal pensamiento no ha pasado de la categoría de proyectos más ó menos acertados.

*
* *

La espada y la lira.—Epístola al coronel Marqués de Casa-Arizon, por Fernando Gabriel y Ruiz de Apodaca. Nueva edición.—Madrid, imprenta de Diego Pacheco, 1883.

Probar en castizos y armoniosos versos que entre las armas y la poesía ha existido siempre en España felicísimo consorcio, es el objeto de la epístola que el Sr. de Gabriel dirige al Marqués de Casa-Arizon, su amigo, y como él, á un tiempo mismo militar y poeta.

La bien adquirida fama que el señor de Gabriel goza como predilecto de las musas, excusa nuevos elogios á propósito de esta composición poé-

tica, hace tiempo publicada y hoy de nuevo impresa, aumentada en calidad y cantidad y con un discreto prólogo-artículo del Sr. D. Federico Villalba, justamente laudatorio que vió la luz en el periódico *El Cronista* cuando por vez primera apareció la epístola de que tratamos.

De más de cuatrocientos versos consta, y casi todos ellos comprenden en habilísimo resumen cuantos preclaros ingenios han brillado y brillan en armas y poesía, desde

...«el de Aragón orgullo,
Jaime el Conquistador, el no vencido,»
.....

«Y el que reinó en Castilla
Décimo Alfonso, de renombre excelso.»
.....

Y.....

....«el que á la gente mora
Bravo Infante don Juan humilló fiero.»

y el tierno Manrique y el cantor de la
Vaquera de la Finojosa, y otros
cién más hasta Bretón

....«cuyas plácidas comedias,
Por su ingenio y su chiste siempre urbano,
Y el dominio admirable
Del espléndido idioma castellano,
Lugar le dan ingente
En el teatro hispano.»
.....

«De *El Trovador* el laureado vate.»

«Fernández y González, que decoro
Y timbre es de Sevilla y de Granada,
Y cuya voz cantando al *Cid* y á *Acuña*
De nadie fué igualada.»

Y otros muchos que cita, ya en los mismos versos, ya en la *Advertencia* que á ellos precede.

No titubeamos, pues, en recomendar la lectura del erudito y amenísimo trabajo del Sr. de Gabriel, á quien felicitamos por la nueva y aún más valiosa edición que de él ha hecho.

*
* *

**Obras completas de D. Adelar-
do López de Ayala — Teatro. —
III. — CONSUELO. — LOS COMUNE-
ROS. — Madrid, imprenta de A. Pérez
Dubrull.**

Apenas acabábamos de dar cuenta á nuestros lectores en el número anterior de las obras completas de don Marcelino Menéndez Pelayo, cuando ya la *Colección de escritores castellanos* contaba con otro volumen más, el III de las obras de Ayala, que comprende la zarzuela en tres actos y en verso *Los Comuneros*, y su última obra, la joya, sin duda, de más precio de su inmortal corona de autor dramático, *Consuelo*, donde ha dejado impreso con caracteres indelebiles el modelo más perfecto y acabado del teatro moderno.

Con el nombre de Ayala y con el de las producciones que el tomo III encierra, basta para que quede hecha su mejor recomendación. El favor con que el público viene acogiendo la colección de escritores castellanos es prueba evidente de su importancia y de su mérito. Véase el anuncio en el lugar correspondiente de este número.

M.

* *

**Víctor Suárez Capalleja. — Es-
tudios sobre Longfellow. — Imprenta
de Manuel G. Hernández. — Precio,
2,50 pesetas.**

Los lectores de nuestra REVISTA conocen el interesante estudio que el Sr. Suárez Capalleja ha hecho sobre la vida y obras de Enrique Wardsworth Longfellow, gran poeta que acaba de morir y que es sin duda el más digno representante de la literatura y la poesía de los Estados Unidos.

Basta recorrer con la vista las páginas del trabajo que nos ocupa, para comprender que el Sr. Capalleja no sólo ve en Longfellow un poeta vigoroso, sino también un corazón enérgico, un paladín esforzado que lucha contra el pesimismo reinante que el Sr. Capalleja ataca duramente, sin duda porque su espíritu se encuentra dotado de poderosa energía. Esto es, sin duda alguna, una envidiable condición; pero... ¿puede exigírseles á todos los hombres?

Nosotros creemos en primer término que la poesía no tiene rumbo conocido. Por todas partes se va á Roma y por todos los caminos se puede sentir y exteriorizar la belleza con lo cual el poeta cumple su misión. Leopardi y Campoamor son pesimistas y son dos grandes poetas.

¿Acaso el alma sólo es grande cuando lucha? ¿No lo es también cuando se siente poseída por el dolor y atribulada por el desconsuelo?

Créanos el Sr. Capalleja; el poeta sólo es pesimista cuando lo es su época, su sociedad y su tiempo. El poeta, como el legislador, es fiel reflejo del mundo que le rodea. Sólo así se explica que para la inmensa mayoría de los mortales sean un misterio una gran parte de los poetas de la antigüedad clásica.

Como dice en un prólogo el señor Gutiérrez «el carácter viril de Longfellow, tan opuesto al flexible del autor de las *Doloras*, se revela en sus poemas épicos y líricos, inspirados los más en la idea cristiana de que la vida es una batalla y el premio de los vencedores está en el cielo.» El Sr. Capalleja, inspirado por estas ideas, se deja seducir á cada paso por el poeta, estudiándolo principalmente bajo su aspecto filosófico,

y de aquí que su entusiasmo sea mayor todavía al ver reflejadas en todas las composiciones el modo de ver y sentir propio de la filosofía cristiana.

Así, pues, el Sr. Capalleja, que no es sólo hombre de claro entendimiento, sino también de excelentes ideas, ha hecho un importante trabajo, dándonos á conocer de esta suerte la vida y obras de Longfellow, por lo cual su libro se recomienda por sí solo á todas las personas aficionadas á este linaje de estudios.

* *

José Antonio y Alfredo del Río.—*Marinos ilustres de la provincia de Santander.*—Un tomo.—Imprenta de J. M. Martínez, Santander.—Precio, 20 reales.

El autor de este libro se propuso que fuesen de todos conocidos algunos ilustres personajes que honran á la provincia de Santander.

Sobre unos existen datos interesantes que aparecen consignados en las historias sobre la marina española; sobre otros es muy poco lo que se sabe, y puede decirse se encuentran ignorados de la generalidad.

Dice el autor de este libro:

«Cornejo, Velasco, Colina, Barreda, Bustamante, Guerra, Alsedo y Bustamante, Cagigal, Corbera, ¿no son figuras sobresalientes que merecían un libro cada uno de ellos, en vez de la biografía reducida que, cuando más, se les dedica?»

Y estos son precisamente los nombres de los célebres marinos de la provincia de Santander, que el autor trata de biografiar en este libro.

Son los estudios de esta índole excelentes auxiliares, que entran como provechosos elementos de la ciencia

histórica. Sucede en ciertos casos, que es de todo punto imposible juzgar la importancia, la significación de un acontecimiento, sin descender á cierto género de pormenores que revisten un carácter pura y exclusivamente personal, y en este sentido el trabajo biográfico es útil y en ocasiones indispensable para la investigación histórica.

El libro que á la vista tenemos está hecho sobre datos fijos y auténticos. Los nombres de los personajes que en el mismo figuran merecen figurar al lado de los más respetables de nuestra marina, y el autor de la obra ha logrado hacer agradable la lectura de estos estudios biográficos que deben llenar de legítimo orgullo á la provincia de Santander.

* *

Bernardino Martín Mínguez.—*Datos epigráficos y numismáticos de España*—Un tomo.—Imprenta de Rodríguez—Valladolid.

El objeto de este libro es dar á conocer á modo de resúmen ciertas nociones de epigrafía española, en sus secciones egipcia, celtibérica y romana. Además, encontramos en este trabajo, traducidas rigurosa y analíticamente, cuantas leyendas se contemplan en nuestra valiosa numismática.

Se trata, pues, de un estudio de verdadera importancia, para el que es indispensable recoger una infinidad de datos y emplear largo tiempo. El trabajo del Sr. Martín Mínguez merece en este concepto toda especie de elogios.

Desgraciadamente en nuestro país se ha revelado hasta ahora muy escasamente la afición á este género de estudios. Es triste confesarlo, pero

aún no se ha publicado en España un tratado completo de numismática, lo cual da más valor al presente libro y á algunos otros que sin duda merecen muy especial mención, como el del Sr. D. Antonio Delgado sobre *Clasificación de las monedas autónomas* de España.

Tiempo es ya de que, tomando el ejemplo de naciones más prósperas y cultas que la nuestra, consagremos

nuestros afanes á este género de trabajos, que tanta luz arrojan para la investigación y el esclarecimiento de los hechos históricos.

Nosotros felicitamos por ende cordialmente al Sr. Martín Mínguez por su notable trabajo, y quiera Dios que su buen ejemplo encuentre algunos imitadores.

H.





LAVRETZKY

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1)

EL viejo egoísta se le mostró de repente al desnudo. El joven Lavretzky se disponía á partir para Moscou, á fin de prepararse á cursar en la Universidad, cuando una nueva desgracia, más inesperada que las otras, vino á afligir á Iván: de la noche á la mañana se quedó ciego, sin esperanza de curación.

No tenía gran fe en la ciencia de los médicos rusos, y trató de conseguir un permiso para pasar la frontera; pero fué rechazada su demanda. Entonces cogió á su hijo y con él exploró toda la Rusia durante tres años, yendo de un médico á otro, de villa en villa, reduciendo por su impaciencia y por su debilidad de carácter á la desesperación á su hijo, á los médicos y á todos sus criados. Cuando por último volvió á Lavriki, no era ya más que un niño llorón y caprichoso.

Entonces comenzó una serie de días tristes y penosos,

(1) Véase la pág. 239 de este tomo

todos tuvieron que sufrir las ridiculeces del anciano, que solamente se tranquilizaba durante la comida; nunca había comido con tanta voracidad; en lo restante del tiempo no dejaba reposar á nadie, ni aun á sí mismo. Rogaba á Dios, murmuraba de su suerte, maldecía la política, de su sistema y de todo lo que antes constituía su orgullo y el objeto de sus creencias, de todo lo que había puesto por ejemplo á su hijo; repetía sin cesar que no creía en nada, y después volvía á ponerse á rezar; no soportaba ni un instante la soledad y exigía que le acompañasen continuamente de día y de noche, al lado de su sillón; que para distraerle le contasen cualquier cosa, que él interrumpía á cada instante con exclamaciones como éstas:

—¡Qué tontería! ¿Qué cuento es ése?

Glafyra era su víctima más que nadie, pues no podía pasarse sin ella, y se sometió hasta el fin á los caprichos del enfermo.

No siempre osaba responderle en seguida, para no demostrar con el sonido de su voz la cólera que la ahogaba.

Pasó así dos años, siempre perdiendo, y murió en los primeros días de mayo, en el momento en que acababan de colocarle en el balcón para que tomase el aire.

—¡Glafyra, Glafyra, caldo, pronto, caldo!

—¿No oyes, vieja loca?—murmuró su lengua ya trabada, y sin acabar la última palabra, calló para siempre.

Glafyra que acababa de coger la taza de caldo de manos del mayordomo, se detuvo de repente, miró fija á su hermano, hizo muy despacio la señal de la cruz y se alejó en silencio.

Teodoro, que se hallaba también á dos pasos de distancia, no dijo tampoco nada, se apoyó en el balaustre del balcón y quedó por mucho tiempo allí inmóvil, contemplando el jardín, todo embalsamado y verde, resplandeciente con los rayos del dorado sol de primavera. Entonces tenía veintitres años. La vida se abría ante él.

XII.

Después de ver enterrar á su padre, el joven Lavretzky confió á la eterna é inmutable Glafyra la administración de sus propiedades y la vigilancia de sus intendentes, y partió para Moscou, á donde le llamaba un mal definido sentimiento, pero irresistible. Se daba ya cuenta de los defectos de su educación, y resolvió remediar algún tanto el tiempo perdido. En los cinco años últimos había leído mucho y visto algo el mundo, y multitud de pensamientos se agolpaban en su cabeza; más de un profesor hubiese podido envidiar tal vez alguno de sus conocimientos, y sin embargo, él ignoraba la mayor parte de lo elemental que es familiar á cualquier estudiante. Lavretzky se creía un sér aparte, lo que le quitaba la libertad de todo. El medio-inglés había hecho un mal servicio á su hijo; la educación caprichosa que había recibido daba su fruto.

Por largo tiempo se había sometido á la tiranía paterna, y cuando, al fin, comprendió á su padre, el mal ya estaba hecho y adquiridas y arraigadas las costumbres; no sabía vivir con los hombres, y á los veintitres años, con el corazón turbado por una ardiente sed de amar, no osaba poner los ojos en una mujer. Para esto era preciso que con su talento claro y sano, aunque pesado, con su tendencia á la terquedad y á la contemplación, á la pereza, se arrojase muy pronto en el turbión de la vida, y, por el contrario, le habían circunscrito en una soledad ficticia. Y cuando aquel cerco mágico se rompió, quedó clavado en el mismo sitio, inmóvil y como replegado en sí mismo.

Parecía ya extraño á su edad ponerse el traje de estudiante; pero él no temía las burlas; su educación espartana le daba la ventaja de hacerle indiferente al qué dirán. Así es que se puso el uniforme sin pestañear. Dirigió sus estudios á las ciencias físicas y matemáticas.

Silencioso, robusto y barbudo, producía una singular im-

presión en sus camaradas: ¿cómo podían sospechar aquellos jóvenes que bajo el aspecto grave de aquel hombre, que seguía asiduamente las clases de la Universidad, se ocultaba el corazón de un niño? Para ellos, sólo era un pendiente, un original, con el cual no se cuidaban de contraer relaciones. El, por su parte, también las evitaba. Durante los dos primeros años que pasó en la Universidad, sólo intimó con un estudiante que le daba lección de latín. Este escolar, llamado Michalevitch, era gran entusiasta y poeta, tomó á Lavretzky un vivo afecto, y fué muy pronto la causa fortuita de un gran cambio en su existencia.

En aquella época estaba en el apogeo de su gloria el actor Motchaloff; y Lavretzky no perdía ninguna de sus representaciones.

Una noche que se encontraba en el teatro, vió á una joven en un palco de primera fila. Aunque toda mujer que pasaba por su lado le hacía estremecer, nunca había experimentado una emoción parecida. La joven estaba inmóvil, apoyada en la barandilla de terciopelo del palco; la vida y la juventud animaban las graciosas facciones de su rostro, algo moreno; la inteligencia brillaba en sus ojos, cuya dulce y atenta mirada se ocultaba bajo sus largas pestañas, se revelaba en la picante sonrisa de sus labios expresivos, en la misma postura de su cabeza, de los brazos y del cuello. Tenía un traje muy lindo. A su lado estaba sentada una señora de cerca de cuarenta y cinco años, escotada, peinada con un tocado negro, sonriendo neciamente y con aire preocupado. En el fondo del palco se ostentaba con aire majestuoso un hombre envuelto en una vasta levita, y con una ancha corbata. La expresión de sus ojos pequeños era insinuante y sospechosa á la vez; tenía bigote y patillas teñidas, una enorme frente y mejillas arrugadas; todo en él manifestaba un General retirado.

Lavretzky no separaba su mirada de la joven, cuando, de repente, se abrió la puerta del palco y entró Michalevitch. La aparición de aquel hombre—el único, por decirlo así, que conocía en Moscou—al lado de aquella joven, que absorbía su pensamiento, le pareció un hecho extraño y significa-

tivo. Continuó mirando al palco, y observó que todas las personas que allí estaban parecían tratar á Michalevitch como á un antiguo amigo.

Cesó ya de interesar á Teodoro lo que pasaba en la escena, y el mismo Motchaloff no hizo sobre él la misma impresión á pesar de estar aquella noche muy animado. En los sitios más patéticos de la pieza, Lavretzky se volvía involuntariamente á la joven, que se había inclinado hacia adelante: su rostro echaba fuego bajo la incitante mirada del joven; sus ojos, fijos en la escena, se bajaban lentamente hacia él.

Toda aquella noche no cesó de mirarla. El dique tan hábilmente construído se había roto al fin; temblaba, estaba sofocado, y al día siguiente fué en busca de Michalevitch, y supo por su amigo que la joven se llamaba Bárbara Pavlovna Korobyne, que las dos personas que estaban sentadas en el palco eran su padre y su madre, y que Michalevitch hacía ya cerca de un año que las conocía, durante su estancia en casa del Conde de N..., vecino suyo en el campo, en donde había estado como ayo. El poeta hacía grandes elogios de Bárbara.

—¡Ay, amigo mío!—exclamaba con el acento compungido y cantante que le era propio.—Esa joven es un sér admirable: tiene el fuego sagrado, es artista por naturaleza en toda la extensión de la palabra, y además, ¡es tan buena!

Las múltiples preguntas de Lavretzky hicieron comprender á su amigo la impresión que Bárbara había producido en su espíritu. Le propuso presentarle á ella, añadiendo que era amigo de la casa, que el General no tenía orgullo ninguno, y que la vieja madre no tenía sentido común. Lavretzky se ruborizó, y balbuceando una cosa ininteligible, se fué.

Luchó durante cinco días con su timidez, y al sexto vistió nuestro joven espartano un frac nuevo, y se puso en manos de Michalevitch, que como era, por decirlo así, como de la casa, se contentó sólo con arreglarse algo el pelo, y los dos se fueron á ver á Korobyne.

XIII.

El padre de Bárbara Pavlowna era un mayor retirado que se llamaba Pavel Petrowitch Korobyne. Había pasado su vida en San Petersburgo en el servicio militar y tenido en su juventud reputación de buen oficial y hábil bailarín. Careciendo de bienes de fortuna, tuvo que resignarse por mucho tiempo á las funciones de ayudante de campo de dos ó tres Generales de poca fama, y acabó por casarse con la hija de uno de ellos, que le trajo en dote cerca de veinte mil rublos.

Había estudiado hasta en los más íntimos secretos las combinaciones más trascendentales de maniobras en la milicia, consiguiendo después de veinticinco años de este inteligente oficio llegar á General. Al frente de un regimiento pudo descansar é ir redondeando despacio su fortuna, de lo que había concebido esperanzas hacía ya tiempo; pero quiso ir demasiado deprisa, é imaginando un nuevo sistema, pronto y seguro, de hacer prosperar en provecho suyo el dinero de la Corona. Este medio, al parecer, era excelente; pero no supo el inventor ser generoso á tiempo y fué denunciado, siendo esto para él no solamente un negocio desagradable, sino que resultó una historia muy fea. El General salió bien ó mal, no sin trabajo, pero perdiendo su carrera militar, pues le obligaron á que dejase el servicio.

Continuó por dos años en San Petersburgo esperando hallar una colocación civil y que fuera lucrativa, pero no la halló. Su hijo acababa de salir del colegio y los gastos iban en aumento cada día... y el General resolvió, aunque con gran sentimiento, adoptar la vida de Moscou, que es más barata. Alquiló en la antigua calle de las Cuadras una casa pequeña y baja, adornada con su escudo de armas, que tenía una vara de alto más que el techo, y comenzó la vida de General retirado en Rusia, con sueldo al año de 2.750 rublos de plata.

Moscou es una ciudad eminentemente hospitalaria y don-

de encuentra buena acogida el primero que llega. ¿Cómo no habían de recibir bien á un General? El aspecto marcial de Pavel Pétrowich surgió muy pronto en los principales salones de la capital. Su frente calva, sus escasos mechones de pelo teñido, su banda de Santa Ana sucia y estropeada, su corbata color de ala de mosca fueron muy pronto conocidos de esos jóvenes pálidos que huelgan tristemente ante la mesa de juego durante un baile.

Pavel supo introducirse perfectamente en la sociedad; hablaba poco y algo gangoso, por antigua costumbre militar, excepto delante de sus superiores; jugaba á las cartas con prudencia, comía con moderación en su casa, y como seis en las de los demás. No había casi nada que decir de su mujer, que se llamaba Calliopa Carlowna; siempre le lloraba el ojo izquierdo, y en virtud de esto y como era de origen alemán, se creía una mujer sensible; tenía constantemente aire inquieto y temeroso; llevaba siempre vestidos de terciopelo muy ajustados, adornos de encaje y brazaletes de oro mate huecos. Su hija única Bárbara tenía diez y ocho años; había salido del colegio, en donde pasaba por ser la discípula más inteligente, si no la más bella, y la música más consumada, habiéndola premiado con la distinción de la Cifra. No tenía todavía diez y nueve años cuando la vió por la primera vez Lavretzky.

XIV.

Las piernas del espartano temblaban al ser presentado por su amigo en el triste salón de los Korobyne. Este primer sentimiento de temor se disipó muy pronto, pues á la amabilidad natural de los rusos se unía en el General la manera de ser, llena de ese deseo de obsequiar que es propio de las gentes de poco trato. En cuanto á su mujer, apenas se notaba su presencia. La joven era afable con tanta seguridad que cualquiera que se hallaba á su lado se encontraba, por decirlo así, como en su casa. Toda su graciosa persona, sus ojos sonrientes, sus moldeados hombros, sus manos de un rosa

mate, su aire descuidado, el sonido de su lánguida voz, todo esto revelaba un encanto púdico, difícil de expresar, pero que le daba cierto perfume de voluptuosidad y hacía nacer sentimientos nada parecidos á la timidez.

Lavretzky habló del teatro, de la representación de la víspera; ella dirigió en seguida la conversación sobre el talento de Motchaloff, y sin hacer caso de las exclamaciones de los demás ni á los suspiros, formuló juicios muy justos y que demostraban un talento muy sutil.

Michalevitch habló de música; ella, sin afectación, se puso al piano y tocó una mazurca de Chopín, que comenzaba entonces á estar de moda.

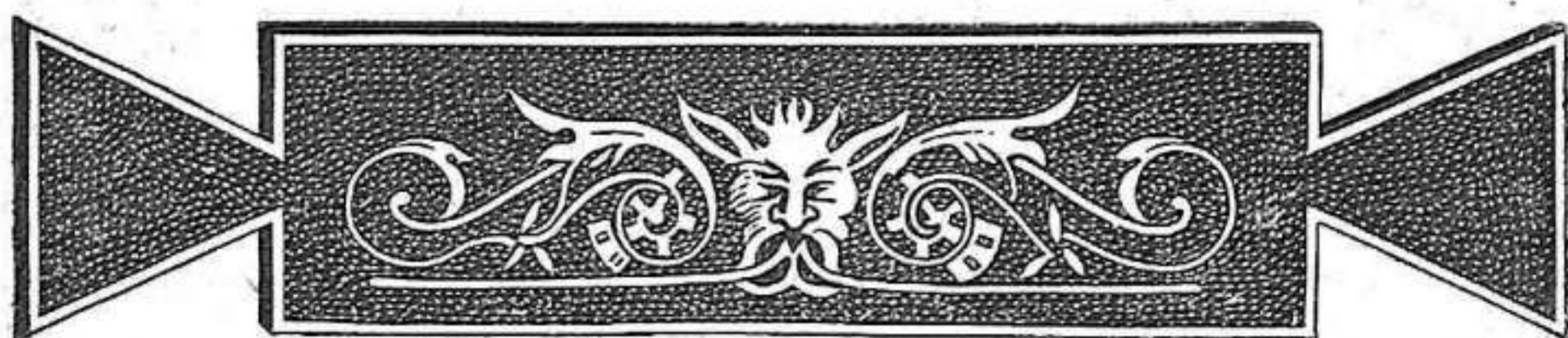
Vino la hora de comer y Lavretzky quiso retirarse, pero le detuvieron á la mesa y le obsequió su huésped con un excelente *laffite* que el criado corrió á comprar á la tienda.

Lavretzky volvió muy tarde á su casa y se quedó mucho tiempo sentado y sin desnudarse, con la mano puesta sobre los ojos, inmóvil, encantado. Le pareció que sólo desde aquel día comenzaba á comprender lo que constituía el valor de la vida; todos sus planes, todas sus resoluciones, todo este vacío y la nada de otras veces desapareció de repente; todo su sér se reconcentró en un pensamiento sólo: el deseo desenfrenado de dicha, de amor, del dulce amor de una mujer. A contar de aquel día, hizo frecuentes visitas al General, y seis meses después formuló su declaración á Bárbara y pidió su mano. Su pretensión fué bien acogida, pues el padre hacía ya tiempo, si no desde la primera visita, que se había informado por su amigo del número de sus siervos, y la misma Bárbara conservó su serenidad y la igualdad de humor durante el tiempo de las asiduidades del joven, y tal vez hasta en el momento en que le abría su corazón no perdió ni por un instante de vista la fortuna del pretendiente.

—*Meine Tochter machteine Partie* (mi hija hace una buena boda)—dijo para sí Calliopa Carlowna.

Y se compró una gorra nueva.

(Se continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

No hace mucho lo decía un periódico ministerial á raja tabla: van corridos muchos meses desde que las Cortes reanudaron sus tareas, y las sesudas deliberaciones de los padres no han dado á la *Gaceta* una sola ley importante ni la opinión imparcial motivo ni aun pretexto para aplaudir la eficaz iniciativa de los hombres que forman el Gobierno. Sin embargo, no faltan cuestiones que resolver entre las que están llamadas á realizar el programa de la situación. En estos últimos días el juramento, el Jurado, la ley de imprenta, han ocupado la atención de los representantes del País.

Resuelto en el Senado el primero de estos interesantes temas, claro es que perdió, si no la importancia propia de su natural transcendencia, por lo menos el interés del momento, puesto que todos los partidos, con una sola excepción, se mostraron dispuestos á aceptar la fórmula acogida. El giro de la discusión puso, sin embargo, la palabra en labios de un eminente tribuno, el Sr. Cánovas del Castillo, de quien escuchó la Cámara uno de esos discursos tan admirables por la brillantez de sus períodos como por la profundidad de sus conceptos. En el dictamen de la Comisión, igual en un todo al que convertido en artículo del reglamento rige ya en la alta Cámara, se establece la alternativa de jurar ó prometer fidelidad y obediencia al Rey legítimo de las Españas D. Al-

fonsó XII. ¿Qué alcance tiene el adjetivo legítimo aplicado al actual Monarca? ¿Es que implica la condenación por ilegítimos de cuantos representantes distintos haya podido tener la monarquía en nuestra Nación? Si así fuera, un antiguo Ministro de D. Amadeo de Saboya, el Sr. Montero Ríos, no sancionaría con su juramento esa protesta contra aquel á quien sirvió fidelísima y honradamente.

El jefe del partido conservador desvaneció con su autorizado testimonio semejante interpretación:

«*Legítimo*, dijo, ni ha significado ni puede significar más que aquello que se conforma con la ley, en todo tiempo y de cualquier manera que se pronuncie la palabra.

»Que esta palabra se ha usado en Francia ó se ha tomado en Francia en un sentido que no es rigurosamente, esto es, verdad; pero no por eso ha dejado de tener la significación propia á principios de este siglo, habiendo cesado la lucha entre la monarquía y la república, que era la lucha fundamental, y habiendo reaparecido en Francia la monarquía; pero no siendo la monarquía que estaba prevista y regulada en las antiguas leyes del Reino; los que defendían estas antiguas leyes, comenzaron á llamar ilegítima á esta monarquía, y los que la habían creado la llamaban á su vez legítima. Esto es ni más ni menos lo que sucedió, pero sin quitarle al dictado de *legítimo* su sentido genuino. En España se usó, como no podía menos de usarse esta palabra dos veces: en primer lugar, contra la monarquía de José Bonaparte, que aunque fuera monarquía, violentaba fundamental y esencialmente las leyes del Reino, y en segundo lugar, se usó todavía (y de esta suerte aparece en el juramento previsto en el reglamento vigente) en esta Cámara, cuando don Carlos, tío de D.^a Isabel II, la disputó el trono de España pretendiendo que á él legalmente le correspondía, en cuya ocasión todos los partidos liberales, fundados en las verdaderas leyes de sucesión de la monarquía, aclamaron á D.^a Isabel Reina legítima contra D. Carlos.

»Por lo demás, una vez aceptado el trono, una vez reconocida la soberanía del trono con las Cortes, una vez reconocida la soberanía nacional tal como está en nuestra Constitución y tal como la entienden todos los hombres monárquico-constitucionales, á nadie, absolutamente á nadie tengo yo por enemigo: le tendré por no estar conforme con mi doctrina, por enemigo jamás.

»Pero al mismo tiempo que he manifestado de todas las

maneras que me ha sido posible, y que si se necesitara lo repetiría en este momento, que por las opiniones no tengo antipatías de ningún género y que más bien me animan las más vivas simpatías, debo declarar que tengo, sí, lo confieso, una grande antipatía por las benevolencias republicanas hacia la monarquía, por las benevolencias republicanas que no dejan de dirigir ataques más ó menos indirectamente al trono, y que sin embargo no escasean los halagos á los delegados de ese poder.»

«Con este motivo, añadió más adelante, recuerdo el sarcasmo, verdaderamente el sarcasmo con que el Sr. Castelar al abrirse estas Cortes y en algunas ocasiones después, estableciendo ó queriendo establecer diferencias más profundas de las que existían, que ya eran grandes, entre la situación anterior y la presente, y queriendo justificar su aproximación á la actual situación, declaraba que todo eso lo decía porque ya había llegado el tiempo de poderse declarar aquí franca y abiertamente republicano, porque ya había llegado el tiempo en que no se le obligaba á prestar juramentos contrarios á su conciencia, porque ya había venido una especie de redención con el Gobierno actual contra la tiranía á que hasta el advenimiento de este Ministerio había estado sometido.

»Esto lo decía el Sr. Castelar porque todavía no había reconocido su señoría, como noblemente ha reconocido hoy, que ha sido infantilmente engañado, adverbio que yo me hubiera guardado muy bien de emplear respecto de su persona, pero que lo empleo porque me lo encuentro dicho en su discurso.

»Decía yo: el Sr. Castelar padece una ilusión. En otro tiempo, durante los Ministerios que tuve la honra de presidir, había el sistema de oponerse constantemente á que nadie declarara, como S. S. declaró aquí, que su objeto de sentarse en ese banco era procurar la restauración de la república por todos los medios legales, entre los cuales contaba su palabra en el Parlamento.

»Ahora esto no acontece de igual manera; pero observe S. S. que padece una ilusión si cree que ha ganado en esto gran cosa, porque si bien se le tolera que se llame republicano y que diga que viene aquí á trabajar por la restauración de la república, la verdad es que no se le tolera, porque no se le puede ni se le debe tolerar por ningún Gobierno digno y sinceramente monárquico como el Gobierno actual; la verdad es que no se le tolera que entre aquí sin prestar la sumisión debida á la Constitución del Estado, á la ley de las leyes, al principio fundamental de toda nuestra legisla-

ción, dentro de la cual vive y tiene que vivir todo lo legal, fuera de la cual todo es ilegal.

»Todo esto lo dije sin ánimo de mortificar al Sr. Castelar y en justa defensa mía, porque nadie podrá negar que un día y otro se me ha estado echando á mí en cara esta doctrina haciendo nacer de ella la clasificación de los partidos en legales é ilegales; que esto se ha hecho valer como el mayor título para ciertos actos y ciertas apreciaciones, y que esto se ha ostentado como la mayor condenación de mi política.

»Siendo esto así, y habiendo llegado el caso de decirlo, he manifestado que el Gobierno de S. M., cumpliendo en esta cuestión con sus deberes, si bien ha apoyado una modificación de la fórmula del juramento, que facilita que estén aquí honradamente todos los partidos monárquicos, acto al cual yo he ayudado y cooperado voluntariamente con mis amigos; si bien, digo, ha estado dispuesto á esto, que era para mí el cumplimiento de su deber, no ha titubeado en exigir de las personas que no reconocen la Constitución del Estado un juramento ó una promesa que les pone en el caso ó de dejar de sostener lo que han pretendido defender hasta ahora ó de faltar al juramento prestado.»

El Sr. Castelar, haciendo de la cuestión del juramento un nuevo motivo para exhibir las galas de su fastuosísima oratoria, pronunció también un discurso digno de ser leído como valiosa obra de arte:

«La verdad es, dijo, que aquí en España, la costumbre da acatamiento externo á la religión, que contrasta con la interna indiferencia de las almas. Personaos en la casa ó familia del más racionalista, de un hegeliano, de un ateo. No creará en la eficacia del bautismo, pero bautiza con devoción á todos sus hijos; se burlará de las disposiciones cuaresmales y echará su correspondiente china en la mesa donde humea el potaje ó el bacalao á la arqueológica publicación carnavalesca de la bula y á la bula misma, pero se guardará de comer carne en viernes por amor á la mujer, por atención á las hijas, por respeto á la madre, hasta por miedo á la suegra; prescindirá de ir á comulgar en Pascua florida, si puede así evitarse una profanación, pero sonsacará de seguro al sacristán ó monaguillo de la parroquia para que le procuren por cualquier precio una papeleta que colocar en el devocionario de la familia ó que ofrecer al señor cura en el día de la visita Pascual; trabajará en el Congreso y en el Senado, en el Ministerio mismo, porque la enseñanza pública sea libre, civil el matrimonio, láico el cementerio, pero luego se casará

con el padrino á su derecha, el sacerdote al frente, la vela en la mano, el yugo sobre la espalda, la Epístola de San Pablo al oído, dejará en su testamento que lo entierren bajo la cruz cuya sombra guarda el sepulcro de sus predecesores, y por los ritos de una religión que si bien abandonada por sus ideas, ha penetrado hasta sus huesos por las costumbres y le ha hecho sentir con sus *Dies iræ* y con sus lamentos de Job los terrores de la muerte, y con sus salmos y con sus plegarias, las esperanzas en la inmortalidad. Dados nuestros hábitos, los míos y los vuestros, los de todo el mundo, hasta los de aquellos más exaltados y firmes, entre los mismos libre-pensadores, ¡ah! estad seguros de ello, no habéis hecho nada con la promesa; todo el mundo elegirá el juramento, como una fórmula más externa y menos obligatoria todavía que la palabra de honor. Y pedid al cielo esto último, para que no caiga promesa tan válida como la palabra honrada en el descrédito y menosprecio en que ha caído por la imposición de los de arriba y el abuso de los de abajo, fórmula tan respetable como el juramento católico.

»No comprendo, no puedo comprender que personas sinceramente piadosas pugnen por conservar esa especie de sortilegio verbal y se resignen á ver cómo lo prestan y por ende profanan aún aquellos que no guardan al catolicismo el interior homenaje de su fe. Si hay alguna objeción que merezca estimarse, de cuantas dirigen las escuelas luteranas al culto católico, es la objeción de su exterioridad. Pretenden nuestros rivales en religión, que dirigiéndose á los sentidos, principalmente, la fe católica resbala en ellos y no penetra hasta el fondo de la conciencia y no mueve los senos interiores del alma. Y es verdad; el hábito de oír una misa en que sólo toma parte la atención de los fieles; y la frecuencia de sacramentos cuyo sentido se olvida ó se ignora por la repetición habitual, concluye convirtiendo la religión católica en una especie de mecánica, como es mecánico el prestar con los labios un juramento externo, el cual, en absoluto, á nada obliga ni moral ni materialmente por el desuso en que ha caído hasta recordarlo, quedando reducido, por tanto, á una ceremonia sin ninguna consecuencia moral y sin ningún sentido religioso. Y urge, señores, urge mucho dar, en cuanto eso puede darse, un sentido moral y un carácter íntimo al sentimiento religioso y á la idea religiosa en nuestra España. Decidme, ¿no habéis notado, cual yo, con pena, el desacato con que tratan á los Obispos hasta los más exaltados tradicionalistas, cuando se oponen á cualquiera de sus intentos políticos, al más relacionado con las prácticas religiosas, á los jubileos y á las peregrinaciones? ¿Y qué prueba esta irre-

verencia, la cual llega en ocasiones al ultraje y á la blasfemia? Pues prueba que aquí la religión católica no es una fuerza pura y espiritual, sino una fuerza coercitiva como la burocracia, como la policía, cuando más como la magistratura y el ejército. Pues remediad esta enfermedad moral, y remediadla no por leyes, que ninguna eficacia tienen y que ningún resultado alcanzan, por palabras sinceras y por ejemplos morales de universal autoridad. Combatid, sobre todo vosotros los católicos sinceros, combatid la exterioridad religiosa, que no es lo que debe ser la religión, si así puedo hablar, médula del alma.

»No deis á imprevisor olvido la grande analogía entre nuestro siglo y el siglo décimosexto. Y entonces, la heregía, que ha dividido á la Europa occidental, antes una, en dos, brotó de la materialización á que llegaron los dogmas religiosos. Cuando Lutero, que llevaba contra Roma el odio de Arminio, á pesar de haberse criado en los claustros monásticos y al pie de los altares romanos, vió en su viaje á Italia los largos intercolumnios de los monasterios lombardos, cuajados de mármoles y ceñidos de flores como un harem; vió las Vírgenes recién salidas de las paletas paganizadas, con sus cortejos de ángeles parecidos á faunos, y sus peanas de grotescos relieves, arrancadas á los altares idólatras; vió las reliquias adornadas materialmente, y las indulgencias vendidas por dinero; vió aquellos ciceronianos que hablaban de los dioses como los oradores antiguos y hacían de la religión el terror de los plebeyos y el escudo de los patricios en la ciudad de Pedro, como en la ciudad de Júpiter; condenó todos aquellos ritos, con todos aquellos dogmas, y sustituyéndoles un libro interpretado por el oráculo interior de la emancipada conciencia, fundó sobre la gracia divina y sobre la palabra revelada contra la religión material y externa y política de los romanos, la religión del pensamiento y del espíritu, que ha producido á Suiza y Holanda, que ha dado la dirección de Alemania hoy á la Prusia protestante sobre el Austria ortodoxa, que ha opuesto la cultura de Sajonia y de Suavia y de Weimar á la cultura de Viena y de Munich, que ha lanzado en los mares á los puritanos, los que fundaron en las selvas de América con su hacha y su Biblia, no sólo aquella gran República modelo de la democracia moderna, sino el templo santo donde se adora el Dios espiritual que invocaba Wáshington cuando sustituía el derecho á razón del Estado, y Lincoln cuando destrozaba las cadenas de los esclavos para sustituirlas con la igualdad humana, y Franklin cuando arrancaba el rayo á los cielos y el cetro á los tiranos en aquella epopeya viva de la libertad.»

El Sr. Castelar, en quien la Iglesia católica ha perdido un apóstol irremplazable, se elevó á las más altas cumbres de la elocuencia, al hablar de Dios.

«Después de todo, terminó diciendo, si queréis levantar el sentido religioso, levantando la solemnidad del juramento, yo, señores diputados, no tengo en ello inconveniente. Yo no tengo inconveniente alguno en jurar por Dios; no lo tengo, porque lo veo como vida en la naturaleza, lo escucho como armonía en las esferas, lo siento como hermosura en el arte, lo adoro como bien supremo en la moral, lo adivino como providencia en la historia, lo reconozco y proclamo como verdad en la religión y en la ciencia; es más, yo no tengo inconveniente alguno en jurar por los Santos Evangelios; no lo tengo, porque después de haber leído el *Timeo* y el *Banquete* no he hallado libro tan sublime y consolador como ese libro, porque después de haber estudiado y oído á todos los grandes oradores, no conozo ninguna oración en el mundo tan pía, tan divina, tan verdaderamente religiosa como el sermón de la Montaña; pero si queréis una gran transacción, dejaos, ante la santidad del juramento, de vuestras supersticiones políticas, no juremos lo transitorio y fugaz, juremos fidelidad á lo que es dentro de la condicionalidad humana eterno, á lo que nos reúne á todos bajo el mismo sol y sobre el mismo suelo; juremos por Dios y los Santos Evangelios, poniendo la mano sobre nuestro pecho y los ojos en nuestra conciencia, eterna fidelidad á la Patria. Yo no prestaré jamás otro juramento.»

El proyecto se aprobó, y los diputados como los senadores pueden ya elegir entre jurar por Dios ó prometer por el honor, según á su conciencia ó á sus particulares aficiones mejor convenga. El Sr. Montero Ríos, dando una prueba de buen gusto, ha puesto á Dios por testigo de su respetuoso acatamiento á las instituciones vigentes.

*
* *

El Jurado. Existió en España, y tal fué el cariño con que lo acogieron los legos llamados á intervenir en la administración de justicia, que el censo de los jurados se convirtió bien pronto en alarde de causas criminales por abandono de funciones públicas. ¿Sucederá lo mismo al implantarse de nuevo entre nosotros? Cuatro notabilísimos discursos de los señores Cárdenas (D. Francisco), Mena y Zorrilla, Silvela (don

Manuel) y Vizconde de Campo Grande, han tendido á demostrar la inconveniencia de su restablecimiento.

«¿Creéis, decía el primero de los citados oradores, que un tribunal, obra exclusiva de la suerte ciega, os ofrecerá más garantía de idoneidad, de rectitud, de imparcialidad, que un tribunal compuesto de magistrados encanecidos en la administración de justicia; de magistrados que han seguido una carrera científica, necesaria para el desempeño de su cargo; de magistrados que tienen una posición que defender, un crédito que conservar y una responsabilidad que eludir? ¿Creéis que será preferible á estos tribunales ese otro que la suerte puede depararos? ¿Eligiríais para el menor de vuestros negocios al individuo que os deparara la suerte? Si estuviérais enfermos, ¿elegiríais el médico metiendo en una urna los nombres, no ya de los indoctos que no profesan la ciencia, sino de los profesores de medicina del país, y sacaríais por la suerte el que os hubiera de curar? Pues este es el procedimiento del Jurado, con la circunstancia de que no son los doctos ni los jurisconsultos los que entran en suerte, sino los que no lo son.

»Resulta de lo dicho que el Jurado con esta organización no puede menos de adolecer de estos vicios gravísimos: impericia é inexperiencia. Impericia, muchas veces; inexperiencia, siempre. Impericia, porque dependerá de las personas á quienes haya cabido en suerte formar parte del Jurado; inexperiencia, porque estos cargos recaerán casi siempre sobre aquellos que no tengan el hábito de juzgar. De estos defectos del Jurado resultan sus caracteres más comunes, que son la impresionabilidad inconsciente que oscurece sus juicios y le hace errar, ligereza de juicios ó timidez en los juicios. Unas veces es ligero por efecto de esta misma impresionabilidad, y otras es tímido, porque siendo imperito no conoce bien la materia de que se trata, no tiene el hábito de apreciar los hechos que se debaten en el tribunal y teme juzgar, y naturalmente sus juicios adolecen de este defecto. Lo es otras veces, porque siendo impresionable, se deja con gran facilidad arrebatar por los discursos patéticos y exuberantes de los defensores; en ocasiones siente gran dificultad para descubrir la verdad, cosa bastante ardua en el laberinto de los debates judiciales.

»Tiene gran facilidad para dejarse impresionar por las circunstancias de la localidad, por las preocupaciones y pasiones del momento en la misma localidad, y todo esto es el resultado que la experiencia enseña en los países en que existe el Jurado después de mucho tiempo. El Jurado es im-

presionable porque carece de la poderosa abstracción que se necesita para sustraer al juicio de la solicitud poderosa del corazón y de las grandes influencias que en tales ocasiones le oscurecen.

»Tímido el Jurado, y tímido porque ignora, generalmente absuelve, ó por lo menos disminuye la pena, porque con el temor de errar, en la duda, se abstiene; ligero, condena á veces cuando no procede condenar y absuelve cuando no procede absolver, como que se deja arrebatado por las impresiones del momento; é inexperto, cree que generalmente el último que habla es el que tiene razón. Así, recuerdo haber leído en los informes de las Audiencias que existen sobre la mesa uno de la de Sevilla, en el cual se decía que había oído decir á un jurado: «cuando concluyó el fiscal, condené; cuando concluyó de hablar el defensor, absolví, y cuando acabó su resumen el presidente, dije: «pues ya no sé qué hacer.»

El Sr. Silvela agregaba por su parte:

«El Jurado fué un inmenso progreso en los tiempos en que se formaron aquellas nacionalidades con los restos de la civilización romana y la nueva sangre de las naciones del Norte, y en que se establecieron los juicios de Dios y las venganzas de la Edad Media, como por ejemplo, cuando los caballeros, con arreglo á las costumbres de su país, juraban por el cerrojo de San Vicente de Avila odio y venganza. En este período, que no imperaban las ciencias, fué un inmenso progreso el juicio de los pares; es decir, el de unos cuantos hombres indoctos, como eran la generalidad, salvas algunas lumbreras de la Iglesia, que se encargaban de resolver las diferencias entre los particulares.

»Digo más; donde esta institución arraiga, ha sido en Inglaterra, porque el espíritu de disciplina de aquel pueblo durante un año y otro y porque los hombres indoctos son dirigidos por el juez de derecho, estando acostumbrados á aceptar sus indicaciones; tanto, que en infinidad de casos quien administra la justicia es verdaderamente el juez de derecho: en esa Nación, con la fuerza inmensa que da la tradición, puede existir el Jurado. Comprendo que un inglés sea amante de esta institución, porque en las condiciones con que allí se halla establecido, es aceptable; pero en el resto de Europa, donde los ciudadanos no se someten á la dirección del hombre instruído, como los ingleses; donde cada vez se extiende más el estudio del derecho, ya en pleno siglo XIX, no veo que el Jurado sea un progreso, ni que el juicio del indocto pueda ser más claro que el de un hombre

preparado por el estudio del derecho penal, afinado cada día por la práctica de su facultad.»

El Ministro de Gracia y Justicia, admirador entusiasta del Jurado, lo defendió con entusiasmo, gozándose en multiplicar citas de autores que, como él, lo encomian y apadrinan. A estas horas el proyecto no ha salido aún de la alta Cámara.

*
*
*

Contradicciones del Presidente del Consejo y sus amigos:

El Sr. Esteban Collantes, cuya especialidad parlamentaria consiste en sorprender renunciados, se congratularía de verles defensores de la Constitución de 1876, después de haber dicho que nacía muerta, que no tenía la gracia de Dios, ni gracia alguna, y que le faltaban los principios liberales; de verles respetuosos con el trono, á pesar de las amenazas que desde la oposición le dirigían; de verles reconocer que el vientecillo de Sagunto ha sido el movimiento más unánime de la Nación; pero como la opinión es maliciosa, ha observado que estas rectificaciones coinciden con un interés personal ó de Gobierno. Un día el Sr. Sagasta porque no le convenía romper con los republicanos y con los radicales, se levantó y dijo que el juramento era cuestión reglamentaria, en lo que los Gobiernos no debían inmiscuirse, y que el Gobierno actual era completamente indiferente á la supresión del juramento; después ha sostenido todo lo contrario, asegurando que el juramento es esencial, y que su reforma sólo podía tener resultados prácticos cuando intervenía el Gobierno.

Otro día, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros arremetió contra la Constitución de 1869, y porque aquello desagradó á los republicanos y á sus propios amigos, vino á las veinticuatro horas á decir que en la Constitución del 69 estaban sus ideales, sus aspiraciones, y que si no en su letra, á lo menos la aplicaría en su espíritu. ¿Quién no le ha oído decir que el sufragio universal es fuente de la soberanía nacional, y al día siguiente que el sufragio es el triunfo de la ignorancia; que él no trata á la mayoría como borregos, y al día siguiente que para cuando no tiene razón es para cuando quiere á sus amigos, porque cuando la tiene no le hacen falta?

Y sin embargo, el Sr. Sagasta puede contestar como contestaba Galileo: *E pur si muove governa*. ¿Qué le importa lo demás?

R.



REVISTA EXTRANJERA



A prensa europea se ocupa preferentemente de las alianzas de Italia. Un discurso del Sr. Mancini en el Parlamento italiano ha dado nueva vida á esta cuestión, agitada ya de antiguo.

No es la primera vez que en Italia se discute la necesidad ó conveniencia de una alianza con las grandes potencias europeas, impelidos los oradores por esa apasionada franqueza, que en más de una ocasión ha creado dificultades á los hombres de Estado en sus relaciones diplomáticas. Se han defendido en las Cámaras italianas diferentes alianzas, como provechosas á la grandeza de Italia; se ha defendido alternativamente la conveniencia de una alianza con Alemania, con Inglaterra, con Francia y con el Imperio ruso, con tendencias opuestas y sentido contradictorio de diez años á esta parte. Existe en los hombres públicos de aquella península la ingenuidad enemiga de grandes circunloquios de lenguaje y de tradicionales reservas.

¿Sentirá Italia, hoy más que nunca, verdadera necesidad de aliarse? ¿Se cree amenazada en el exterior y echa acaso de menos auxiliares poderosos? ¿Intentará tal vez ser conquistadora y ha de verse precisada á contar con el apoyo de esta ó de la otra potencia?

Es lo cierto, y las declaraciones terminantes del Sr. Mancini no dejan duda alguna, que Italia se ha decidido al fin, aliándose definitivamente con los Imperios de Alemania y Austria-Hungría. Se ignora qué derechos y qué deberes han estipulado los contrayentes, y no están comprobadas las miras idénticas que para el caso de ciertas eventualidades ponen hoy de acuerdo á Italia, Alemania y Austria.

No es fácil penetrar en el secreto de esta nueva alianza, que lo mismo puede tener un carácter ofensivo que defensivo. Dícese que Alemania y Austria se han aliado para proteger su *statu quo* territorial contra la eventualidad de agresiones extranjeras. Problemático es que este sea el exclusivo fin del pacto. Lo que no admite duda es que Italia ha debido comprometerse á reprimir con mano fuerte, á favor del Austria, los incesantes manejos de la *Irredenta*. La energía con que el Sr. Mancini condena á ese partido subversivo, permite esperar que los irredentistas serán duramente combatidos y no podrán ya acogerse á la benevolencia de las leyes existentes.

Difícil es calcular el alcance de esta alianza de Roma, Berlín y Viena. La prensa francesa, recordando las divergencias entre el Gobierno del Rey Humberto y el de la República, abre ancho campo á las discusiones y no se explica una alianza de Italia con las potencias centrales, limitada á eventualidades absolutamente improbables hoy en el continente. Pero una verdadera alianza ofensiva y defensiva no se explica tampoco, y muchos se inclinan á creer en un simple acuerdo para el mantenimiento de la paz, sueño pertinaz y exclusivo del Príncipe Bismark de algún tiempo á esta parte. Alemania, dicen, ha querido impedir una guerra entre Austria é Italia, guerra provocada por la conducta de la *Irredenta*, y Austria quiere obrar libremente en el Adriático y sin peligro alguno. Pero en este caso, ¿qué busca Italia? ¿Compensaciones coloniales quizás?

Esta gran cuestión diplomática preocupa también muy seriamente á los políticos de Inglaterra. Lord Granville, que ha hecho concesiones sin número á Rusia, y que probablemente ya se arrepiente de ello, ve con inquietudes una alianza que

Lord Beaconsfield había destruído el día en que rasgó el memorándum de Berlín. ¿Ha llegado la época de la revancha de Rusia?

*
*
*

Así como los franceses se alarman ante la actitud de Italia y la denuncian como supeditada á las inspiraciones de Bismark y juguete del gran diplomático de Prusia, cuyo objetivo desde 1870 es aislar á Francia, los ingleses sueñan ver por todas partes á Rusia en la brecha contra Inglaterra. La ven en el Danubio, en Alejandría, en el Bósforo, en el Asia Menor y hasta en el kiosco del Sultán combatiendo la influencia y las miras británicas.

Es un hecho que los intereses mercantiles é industriales y hasta ciertas afinidades políticas ligan al Gobierno francés con la corte de San James; ¿pero serán bastante fuertes esas innegables atracciones para contrarrestar las alianzas que en el horizonte aparecen?

Hay causas permanentes que vienen debilitando á Inglaterra. Mientras en el interior no se ve la Gran Bretaña libre de turbulencias, crece el descontento en las Indias y los rajahs vuelven á levantar la cabeza, cansados ya de una larga sumisión de diez años.

Inglaterra se acerca á Francia; pero la aparta de Rusia, de la que sólo parece haber heredado la dinamita y los procedimientos del nihilismo. Podrá abrirse ó no el túnel que ponga en comunicación directa á los ingleses con el continente; pero este túnel tendrá en caso afirmativo salida en la costa francesa, y no son los aires republicanos bastante puros para dar á los pulmones británicos todo el vigor y eficacia que necesitan para correr hacia soluciones favorables y anticiparse para prevenir á tiempo las contradicciones que suscita su política.

Los primeros cañonazos disparados contra Alejandría fueron el preludio de nuevas dificultades en las eternas y complejas cuestiones de Oriente. Alemania, Italia y Austria se alían para las eventualidades del porvenir. Francia sólo

puede contar en ciertos casos con la dudosa simpatía de Inglaterra: Rusia no buscará la amistad de sus antiguos enemigos en Crimea.

El corolario de los anteriores teoremas pudiera ser la definitiva preponderancia de la política alemana.

Hoy por hoy el triunfo de Bismark es lo probable.

*
* *

Los ministeriales de la vecina República nos han anunciado que el clericalismo ha recibido en Francia uno de los más rudos golpes que la suerte le deparaba. No creemos, sin embargo, de tanta trascendencia la muerte de Luis Veuillot.

La fe ardiente y los atletas de las ideas religiosas tuvieron siempre animosos sucesores y nunca dependieron de una personalidad dada.

Pero es cierto que todos los periódicos sensatos de Europa, sin distinción de matices, tributan en estos momentos un recuerdo ante la tumba del ilustre y brillante escritor, rudo é incansable polemista durante los cuarenta últimos años.

Muchos se descubren hoy ante el féretro del finado, saludando no sólo al sabio periodista, sino también al gran plebeyo, imagen de verdadero pueblo, siempre en la brecha, como hijo y sucesor de los antiguos cruzados reclutados entre las masas, entre los siervos de la gleba.

«¡Adiós!—escribía hace pocos años Luis Veuillot con la arrogancia que le distinguía.—En la hermosa distribución de los dones que constituyen un artista, escaso lote me ha correspondido. Tal como es, sin embargo, y hasta en el ingrato terreno en que se ejercita mi instrumento, igualmente ingrato, más de una una vez he sentido las alegrías del arte. He conocido que yo también servía, he conocido que amaba, he conocido que habría almas y corazones y que en ellos dejaba algo bueno. Y otras veces he visto que algún enemigo injusto se retiraba, llevando alguna señal vengadora; y creo, en verdad que no cambiaría yo por rentas victoriosas esa pobre pluma que no siempre fué para mí ingrata.»

Esa pluma ha caído, sin embargo, de la mano de Veuillot, entrando para siempre en el reposo eterno.

Luis Veuillot nació en 1813 en Boynes-en-Gatinais, del departamento de Loiret. Era hijo de un pobre tonelero, que faltó de trabajo en su pueblo, fué á París en 1818 y abrió una pequeña tienda de vinos en la calle de Bercy.

Prontó sintió despertarse sus instintos literarios. Pero su educación periodística estaba por hacer. Empezó la tarea con valor, y á los diez y nueve años se hallaba en aptitud de ganarse la vida con el trabajo de su pluma.

Entró en la prensa é hizo sus primeras armas en el *Esprit public*. En 1832 era redactor del diario ministerial el *Echo de la Seine Inférieure*, y se distinguió por su ardor. Del *Echo de la Seine Inférieure* pasó al *Memorial de la Dordogne*, de que fué director. Durante este tiempo se batió en duelo varias veces.

En 1837 fué llamado á París para colaborar en la *Charte de 1830*, diario del Gobierno, y de dicha redacción pasó á la dirección de la *Paix*, diario moderado.

En 1838 hizo en compañía de un amigo suyo, Mr. Olivier Fulgence, un viaje á Italia. Hasta entonces Luis Veuillot no había sido, como él mismo dice, más que uno de los *condottieri* de la prensa. Tenía el estilo brillante y vivo, hasta acerbo, pero se sentía más bien inclinado á la literatura ligera que á la seria; en política y en religión era todavía escéptico. Su viaje á Italia, la Semana Santa en el Vaticano y una audiencia que obtuvo del Papa, le convirtieron en acérrimo y convencido defensor de los intereses católicos.

Veuillot se ha pintado magistralmente á sí mismo en una de sus últimas producciones.

«Hay dos razas en este mundo desde Abel y Caín, dice; dos razas adversas y enemigas: la una hecha para creer, para respetar, para amar y adorar, para llevar humilde y valientemente los yugos del deber; la otra incrédula, llena de odio, impía, que blasfema, se mofa y no se somete más que á la fuerza, hacia lo que siente menos odio que al deber, y que en el fondo se rebela contra la sociedad, es decir, contra el hombre lo mismo que contra Dios. Gracias á la educación

que la sociedad impone á los hijos del pueblo, y que cualquier desgraciado y yo hemos igualmente recibido, hubiera yo podido ser también un revolucionario; pero no como otros. No somos de la misma raza. Yo no habría encenagado mi alma en la imbecil esterilidad de la blasfemia. No nacen esclavos más que en los pueblos á los que se quita á Dios, y no es en ellos donde me habría albergado si mi razón hubiese cedido ante los problemas que me presentaba el espectáculo del mundo.

» Yo aspiraba á la libertad y á la justicia, y no había de ir á buscar esas hijas del cielo en el barro, ni había de creer que Dios me dejaba la tarea de inventar la libertad y la justicia. La fe católica, enseñándome que las naciones son curables, me ha preservado de la peligrosa locura de querer rehacer la especie humana, y del crimen de despreciarla.»

Estas palabras explican el carácter enérgico y firme, al mismo tiempo que el odio que excitó Veuillot, y la influencia que ha ejercido en las luchas políticas y religiosas de nuestro tiempo.

El principal mérito del periodista que nos ocupa fué el de presentarse en el mundo como un cristiano de la sociedad y no del claustro, como un cristiano siempre fiel á los deberes de la Iglesia, pero ni tímido ni preocupado, ni ambicioso, ni hipócrita. Su virtud primera fué la franqueza de sus actos. «Soy católico, decía á su contendiente, y esto os parece extraño; vos sois fracmasón, y os compadezco: cada cual tiene sus gustos. Si queréis podemos discutir como personas bien educadas; me citaréis sin duda alguna á Torquemada, y yo tendré el gusto de deciros cuatro palabras sobre Robespierre. Si no tenéis educación, habremos de contentarnos con algunas injurias.»

Nadie discute hoy el alto mérito de ese soldado de la fe, la sinceridad de ese creyente ni el patriotismo de ese ciudadano.

Este último lado de su alma aparece particularmente en la época de la guerra de Crimea y durante el sitio de París.

Justo es el tributo que el periodismo casi en masa, dejando por un momento á un lado los ideales, tributa al ilus-

tre hijo del pueblo que, con justicia y merced á sus propias obras, consiguió elevarse muchísimo sobre el nivel de las inteligencias vulgares.

*
* *

El socialismo sigue su campaña de terror y se manifiesta cada día más animado en sus feroces procedimientos. No pasa día sin que el telégrafo nos anuncie nuevas hazañas de los fenianos de Irlanda, de la anarquía francesa y de los nihilistas de Rusia. Hasta de América nos llegan noticias de explosiones siniestras. ¿Querrán reproducirse y generalizarse en los últimos años del siglo XIX los deplorables excesos y sangrientas escenas que produjeron en Francia los ideólogos en la última década del siglo pasado? Finales de siglo recuerda la historia señalados con un sello fatal en varias naciones.

Sin embargo, los Gobiernos fuertes se han propuesto reprimir, y la resistencia contra el crimen es legítima y parece de éxito seguro. Obsérvase que el nihilismo pierde sus antiguos bríos, muy á pesar de los simpatizadores y alarmistas de San Petersburgo, y el Gabinete que preside Lord Gladstone presenta á las Cámaras proyectos de ley enérgicos y decisivos.

Las reivindicaciones sociales han elegido mal camino, y sus apóstoles cosmopolitas no han pensado quizás que todos los esfuerzos ilegales sólo pueden cobrar momentáneo aliento en países libres, al influjo de una debilidad manifiesta ó de una imperdonable condescendencia.

S.